

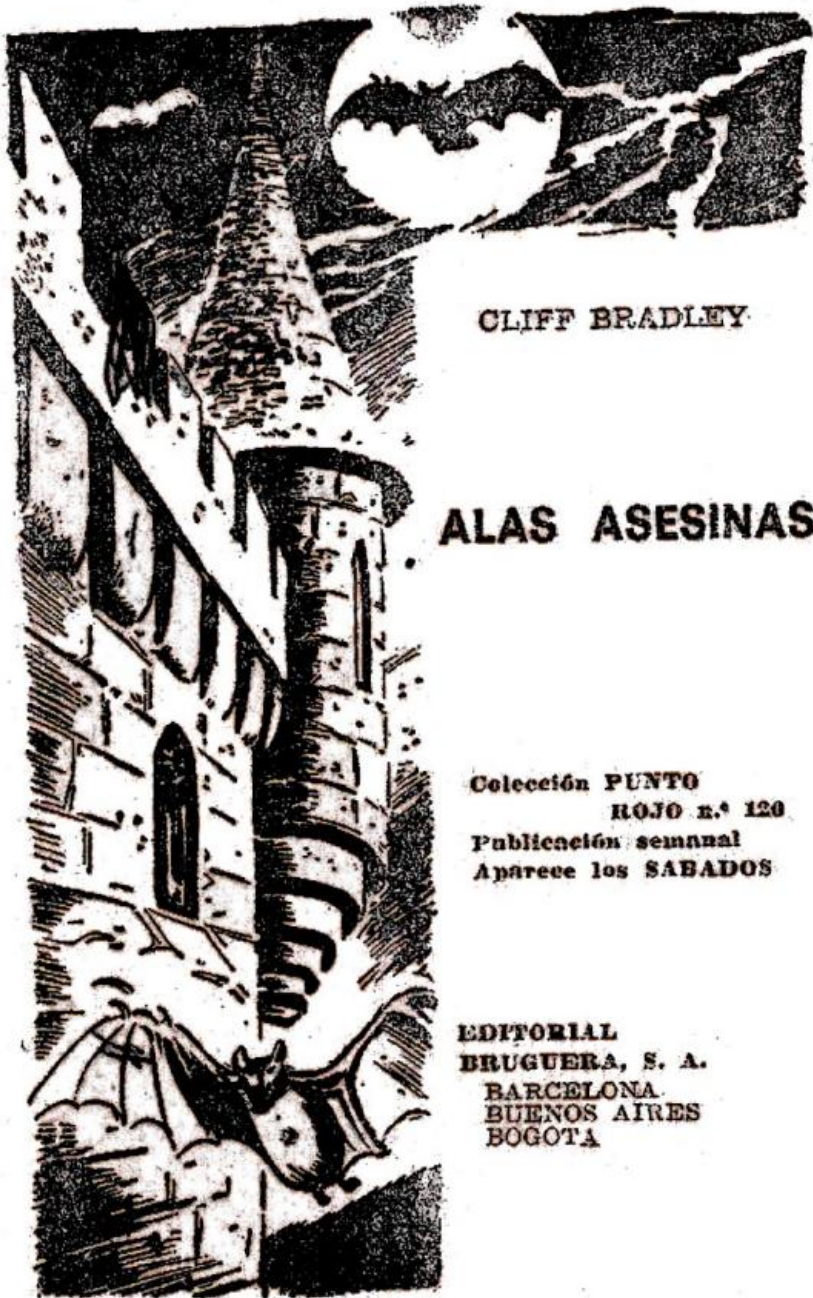
PUNTO  
ROJO

# alas asesinas

cliff bradley



BB



**CLIFF BRADLEY**

## **ALAS ASESINAS**

**Colección PUNTO**

**ROJO N.º 120**

**Publicación semanal**

**Aparece los SABADOS**

**EDITORIAL**

**BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA**

**BUENOS AIRES**

**BOGOTÁ**



DEPÓSITO LEGAL B 22772 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA.

1.<sup>a</sup> edición: setiembre - 1964

© CLIFF BRADLEY - 1964  
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© JAIME PROVENSAL - 1964  
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 4602/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

872 — El que sabe matar.

En Colección BÚFALO:

523 — Polvo, rocas y viento.

Si Colección SERVICIO SECRETO:

603 — El pasado amenaza.

En Colección ASES DEL OESTE:

221 — Donde los ríos nacen.

En Colección BRAVO OESTE:

94 — Donde morir es fácil.

En Colección COLORADO:

301 — Oro y plomo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

86 — Ronda de ladrones.

En Colección TEXAS:

339 — Harto de luchas.

Er. Colección KANSAS:

300 — Siete granujas sin tacha.

## CAPÍTULO PRIMERO

El teniente Tom Halloran, de la Infantería de Marina estadounidense, cruzó la llamada Puerta de las Once Mil Lunas. A sus espaldas, en su ciudad nativa, bullía la China... Era la víspera de Año Nuevo y al día siguiente habría de comenzar el Año del Cerdo, Por eso la alegre y alocada confusión de las festividades había ya comenzado en Shanghái entre la enorme y maloliente población nativa y un ensordecedor estruendo llegaba desde esta al tranquilo barrio de las Legaciones.

Una vez pasada la puerta, Halloran se detuvo, contemplando el lugar que tan bien conocía. Era aquí, en aquel rincón occidental de la mayor metrópoli de China, donde él había nacido veintiocho años atrás, y ahora, aunque imprecisas, podía recordar bastantes de sus primeras impresiones del lugar.

Aquel había sido entonces un sitio bullanguero y pacífico dentro del siempre inquieto mapa de la China milenaria y desgarrada por discordias internas. Un lugar apacible y grato para vivir...

Mas todo aquello era ya cosa del pasado. La guerra había desolado China durante largos años y cada vez resultaba más desagradable la vida allí para los blancos. Y ahora, la guerra estaba llamando de nuevo a las puertas de Shanghái...

Para él, Tom Halloran, la guerra no era cosa nueva. Sonrió, recordando el día, diez años atrás, en que ingresó en el Cuerpo, vistiendo su uniforme. Su padre había sido oficial en el mismo, y para Tom, llegar a ser como su padre, constituía la meta de todos sus sueños.

Pero los primeros meses la milicia le había resultado muy monótona, Había guerra en muchos sitios, en China incluso, pero los Estados Unidos vivían en paz con todo el mundo, No fue hasta 1940 que sus superiores recordaron que el joven Halloran había nacido en China y hablaba el chino y varios dialectos como cualquier nativo, Entonces lo enviaron a Chungking con la graduación de cabo. Y fue desde entonces cuando, casi sin ninguna interrupción, estuvo viendo “acción” por todas partes. Primero fue en China y luego, después de Pearl Harbour, en Birmania, Australia y la contraofensiva de Mac Arthur en el Pacífico: Guadalcanal, Tarawa, Saipán, Leyte, Iwo-Jima, Okinawa... Más tarde, después de la rendición del Japón, habían venido unos días lentos, monótonos, de escasas novedades, sirviendo en la guardia de la Legación. Y ahora, de nuevo volvían la guerra y el peligro, Las divisiones de Mao Tsé-Tung estaban arrollando en todas partes a las desmoralizadas tropas nacionalistas y la oleada roja se

acercaba al Yang-Tsé a toda prisa. La cosa se estaba poniendo fea...

—No por lo que te haya podido afectar realmente, muchacho — murmuró casi en alta voz—. Se trata de la vida que tú mismo elegiste, la que a ti agrada...

Inconscientemente volvió los ojos a la bocamanga de su guerrera. Ahora era teniente, pero dentro de otros treinta días justos añadiría un galón más en ella, y entonces habría alcanzado los que luciera su propio padre... y podría casarse con Susan. Habían quedado ambos de acuerdo en que tal cosa sucedería cuando él ganara el ascenso a capitán, y él, Tom, ya tenía preparada la solicitud de permiso para trasladarse a Indianápolis, donde la muchacha le esperaba trabajando en un periódico local.

Sonriendo ligeramente al pensarlo, levantó la vista. Y entonces la sonrisa se borró de su cara mientras se quedaba completamente inmóvil... tanto que apenas si su mano derecha acertaba a moverse hacia la potente automática de reglamento que llevaba al costado.

Lo que acababa de sorprenderle, arrancándolo de sus pensamientos, era un sonido como el de un tambor nativo golpeando con suavidad, el ruido producido por el golpear de caballos sobre el asfalto endurecido. Aquel ruido no encajaba allí, estaba fuera de lugar dentro de los límites pacíficos del barrio de las Legaciones.

Halloran avanzó despacio, mirando a lo largo de la calle bordeada de árboles. Aquel golpear de cascos fue apagado por una nueva explosión de fuegos artificiales, una sucesión de gritos y todos los mil estallantes ruidos provenientes de las “hutuhgs” donde los chicos celebrasen la entrada del nuevo año según su costumbre.

Al fin aparecieron los jinetes, mostrándose por entre los manchones de luz arrojados por los faroles eléctricos de la calle bien iluminada. Eran dos, el primero un hombre corpulento que cabalgaba agachado sobre el cuello de su caballo haciendo restallar su látigo a medida que avanzaba. Al reconocerle, una maldición sorda y suave escapó de los labios de Halloran, porque aquel jinete era el coronel Fraser, jefe de la guardia de la Legación. El que le seguía era, desde luego, Cardigan, su ordenanza...

Que ambos hubiesen salido a dar el acostumbrado paseo que hacía el coronel todas las tardes, tomando por el sendero que se extendía más allá del campo inglés de maniobras, al extremo del barrio, era cosa lógica y normal. Pero el hacer avanzar a un caballo herrado a semejante paso por sobre un pavimento de asfalto resultaba cosa sumamente peligrosa; hasta un infante de la Marina podía verlo...

—¡Teniente!

El coronel le había visto. Resultaba sorprendente para su edad lo penetrante de su mirada y sobre la montura del gran caballo chino parecía tener ahora todo el vigor de otros tiempos. Frenó al animal y este se afirmó sobre sus cuartos traseros, resbalando sobre la lisa superficie del asfalto y

dejando escapar no pocas chispas azules de sus herraduras, para pararse justo al borde de la acera, temblándole todo el cuerpo. Halloran se cuadró, saludando.

—¡A la orden, señor!

Con rápida mirada, los penetrantes ojos del coronel notaron lo imaculado del uniforme de su subordinado y su cara de rasgos enérgicos bajo la visera de la gorra.

—¿Hace cuánto salió?

—Escasamente una hora, señor. Estuve en el puerto para recoger algunas cosas y enviar unos regalos a mi prometida...

—¿Ha visto al capitán Norton?

—Cuando yo salía, señor, él se encontraba en el cuartel. Probablemente debe continuar allí.

—¿Está usted seguro?

—No podría estarlo, señor —lo que si estaba era comenzando a preocuparse. Aquella actitud del coronel, y el maldito depósito que guardaban... —. Hace más de una hora que salí de aquí...

El coronel no contestó directamente. En cambio hizo algo que en él resultaba poco corriente: de sus labios escapó un seco juramento, Unas palabras cargadas, explosivas... E inclinándose sobre el cuello del caballo, tendió al teniente una pequeña y arrugada hoja de papel.

—¿Puede leer esto, Halloran? Usted conoce el chino.

—Ciertamente, señor...

Halloran tomó la hoja de papel, alisándola; se inclinó sobre ella y se entretuvo en deletrear los menudos y prolijos caracteres chinos a la amarillenta luz de uno de los faroles.

Era un mensaje tan breve como sorprendente. Alarmante, en tales circunstancias... Lo tradujo en voz alta con rapidez.

“La muerte atacará esta noche. Hay que vigilar. Quizá sea demasiado tarde”.

Con lento ademán, volvió a doblar la hoja de papel y la levantó hasta la mano extendida del coronel, mirando en derechura a sus ojos. Este viejo coronel Fraser y él, Halloran, se entendían bien. Su padre había sido compañero del coronel en la Guerra Europea y él mismo había servido a sus órdenes desde hacía varios años sin interrupción. Ahora podía leer perfectamente lo que había en sus ojos y no se anduvo con subterfugios.

—¿Cree usted que ellos... los que sean... van detrás del tesoro? — preguntó, añadiendo—: Yo puedo decirle, señor, que el capitán Norton recibió esta tarde un mensaje idéntico a este en todo. Él...

—Sí, también yo he visto ese mensaje —le cortó ceñudo su jefe—. Este me fue arrojado desde el otro lado de la muralla, atado a un palo, mientras

yo cabalgaba por el sendero. Mi asistente lo recogió, pero fui yo quien lo vio primero.

Se volvió hacia el lugar donde se alzaba la Legación americana. Alrededor de su boca y ojos se ahondaban las arrugas. Luego se dirigió a su asistente, ordenándole:

—Desmonte, Cardigan, Halloran, monte y sígame.

El ordenanza saltó con presteza de la plana montura inglesa, tomando los paquetes que llevaba Halloran, y este se izó sobre el gran caballo con cierta torpeza, hincándole los talones para seguir al coronel.

Este había iniciado un ligero galope, pero Halloran no lo hizo porque le constaba que hallándose montado sobre una de aquellas endiabladas sillas inglesas no se sentía muy seguro. Una mula resultaba mucho más cómoda para él, y aun le parecía que sus piernas se mantenían mejor pegadas al suelo. Mas por el momento se olvidó de sus aprensiones, mirando hacia la ancha espalda del coronel y escuchando el sonoro golpear de los cascos de los caballos mientras seguía preguntándose el motivo y la importancia que pudieran tener aquellos mensajes escritos en chino.

Desde luego, la cosa no era ninguna broma. Ni el mensaje al coronel, ni el otro, que Norton, su futuro cuñado y jefe del destacamento de marines que prestaba guardia en la Legación, había recibido a la hora de la comida, arrojado por la abierta ventana para que cayera justo a su lado, sobre la mesa. No, los hombres no gastaban bromas semejantes en China... y menos en Shanghái. Había una causa y esta era el gran rubí conocido en toda China por “El Ojo de Buda”, junto con el resto de lo más valioso del tesoro imperial chino, que ahora se encontraban depositados en el interior de una habitación especial en los cuarteles de la Infantería de Marina.

Sí, esa y no otra era la causa de los dos mensajes... La gran joya imperial, de la que hasta los “coolies” hablaban en sus chozas, era famosa toda la inmensidad de China. Aquel enorme rubí era algo más que una piedra de incalculable valor, era casi el símbolo de la China eterna, Por espacio de dos mil años había sido el símbolo perfecto del Imperio del “Hijo del Cielo”, ardiendo como un fuego viviente sobre el pecho de cien emperadores que vivieron, murieron y fueron olvidados, y ni siquiera cuando llegó la revolución, ni cuando llegaron las guerras civiles y los choques sangrientos entre los crueles y ambiciosos señores de la guerra, el famoso rubí había perdido su lugar de veneración y respeto, en los corazones de las gentes. Cuando el Japón invadió China, los patriotas pusieron a salvo la gran gema en el corazón del Yun-Nan y fue cual la representación de la resistencia y energía de la China eterna. Día llegaría en que las guerras asoladoras y el hambre terrible habían de terminar. Para entonces el “Ojo de Buda” mostraríase de nuevo a las gentes y la justicia y el bienestar volverían a la tierra. Al menos, así lo creía el pueblo...

Pero grandes y poderosas fuerzas se movían ahora sobre China, Fuerzas

que nada reverenciaban y cuyo credo era la conquista del poder por todos los medios. Y otras fuerzas, bandidos y granujas de toda laya laboraban también en las sombras, Si unos u otros vencían, el “Ojo de Buda” le sería robado a China, vendido en el extranjero, por una mísera suma de dos o tres millones de dólares, o regalado en prenda de gratitud a gobernantes extranjeros que jamás se desprenderían de él. Si eso ocurría, si tales manos sacrílegas llegaban a posarse sobre la gema incomparable...

Por eso, en tal situación extrema, las serenas cabezas del tambaleante gobierno chino, o al menos el poco seso que en ellas quedaba, se habían vuelto hacia los “Diablos Extranjeros” en busca de protección para el gran rubí y lo último que restaba de los tesoros imperiales. La amistosa conducta de Norteamérica durante la guerra contra el Japón, e incluso ahora, contra los hombres de Mao, no podía ser olvidada por los estadistas chinos y hacia ella se habían vuelto. Las negociaciones lleváronse a cabo por intermedio de los respectivos ministerios de Asuntos Exteriores y así fue cómo, sin ser sabido por casi nadie en China, el “Ojo de Buda” y otras maravillosas gemas estaban desde un año antes ocultos secretamente y bajo guardia constante en la sede de la Legación americana.

Pero los secretos mejor guardados llegan a ser conocidos. Probablemente había traidores incluso en el Ministerio chino de Asuntos Exteriores. Mao Tsé-Tung conocía ahora el paradero del rubí... y sus secuaces se disponían a recuperarlo para su causa robándolo de la tan vigilada Legación. O tal vez no fuesen los comunistas, sino otros. Cualquier bandido audaz. En China todo es posible...

“Tal y no otro, era el secreto de aquellos mensajes misteriosos”, se dijo, mientras intentaba ponerse a la par con el coronel. Estaban llegando ya a la Legación...

El centinela presentó armas mientras el coronel frenaba a su caballo casi encima de él.

—Llama a un sirviente para que recoja los caballos.

Obedeció el centinela, saliendo enseguida un criado chino del cuerpo de edificios a la derecha, mientras por el lado opuesto y desde el de la guardia llegaba corriendo hacia la puerta el cabo de guardia, Pero el coronel ya había desmontado y estaba avanzando a toda prisa hacia los cuarteles, llevando la fusta como si se tratase de una espada.

Halloran llegó unos segundos más tarde, saltando a tierra y echando a correr tras de su superior. Entonces vio aparecer por la abierta puerta de los dormitorios de oficiales a su propio comandante de compañía, el capitán Norton... y al verlo aminoró la marcha, dejando escapar un suspiro de alivio. Si Norton estaba allí era que todo andaba perfectamente.

## CAPÍTULO II

Entre Halloran y su capitán existía algo más que esa camaradería corriente entre oficiales. Jack Norton había sido el primer comandante que Halloran tuvo en Chung-king. Juntos escaparon hasta Australia, juntos combatieron en toda la guerra del Pacífico, juntos habían desembarcado en docenas de playas bajo el fuego enemigo, peleando cuerpo a cuerpo, arrastrándose por entre las alambradas y cazando tanques.

Juntos habían seguido en el Japón y ahora en China... También juntos iban a ascender ahora. Y no una vez, sino muchas, la vida del uno había dependido por completo de la rapidez y puntería del otro, Es a través de ocasiones tales cuando los hombres llegan a sentirse más vinculados que si fueran hermanos por lazos de sangre. Además, Jack era el hermano de Susan...

Ahora mismo, cuando el capitán le divisó, sus labios se abrieron en ancha sonrisa. En el aspecto oficial existía siempre la severa línea de la disciplina entre los dos, pero una vez lejos de la compañía se comportaban como hermanos, con un mutuo afecto tan hondo y sincero como acaso ni el mismo astuto coronel llegaba a sospechar...

De alguna parte, el cabo de guardia había sacado una potente linterna eléctrica. Sosteniéndola en alto, iluminó las dos notas que se encontraban en las manos del coronel y el capitán. Cuando Halloran se les aproximó, la voz clara de Norton estaba diciendo:

—Sí, señor, tiene usted razón, las notas son idénticas. Están escritas con el mismo pincel y trazadas por la misma mano. Es fácil notar los finales curiosos y similares de algunos caracteres. Y, desde luego, las ha escrito un hombre inteligente y educado. No ha podido ser un “coolie” pillastre, con muchas ideas y poco seso.

—¡Hum! Lo mismo creo... ¿Qué hay de la cosa, Norton?

—¿La cosa? Bueno, pues todo está debidamente controlado. Holden monta ahora guardia, hará cosa de tres o cuatro minutos que lo he dejado. Ya sabe, señor, que él es un buen soldado y sabe tener los ojos y los oídos muy abiertos. Le mostré esta nota y aunque piensa que se trata de alguien con ganas de broma, no por ello está descabezando un sueño recostado contra la pared.

Cesó de hablar, mientras los ojos de todos iban de un modo tácito hacia el pequeño edificio cuadrado que se hallaba al fondo, a su derecha. El lugar estaba un poco separado de las restantes edificaciones de la Legación y los cuarteles.

Era una de las construcciones más antiguas del barrio, edificada antes de la rebelión de los “boxers”, y había sido usada hasta un año antes, más como depósito para cosas diversas arrojadas por las esposas del personal de la Legación, que para otra cosa cualquiera. Pero sus paredes tenían cinco pies de espesor, sus pisos eran de cemento armado y todo el edificio había sido reforzado a raíz de una orden consular dada un año atrás.

En el piso alto había una sola habitación, que en cierta ocasión fue utilizada por un tiempo como encierro para soldados castigados por alguna falta. Una sola ventana daba aire y luz aquella habitación, una abertura muy alta en la pared, debajo casi del alero, y resguardada por sólidos barrotes de acero.

Aquel edificio había sido escogido como el más idóneo para guardar la riqueza china. Se le efectuó una detenida reparación, reforzando paredes, piso y techo y tapiando la planta baja de modo que por allí no pudiese efectuarse el menor intento de escalar el piso superior.

Un corto tramo de escalones externos conducía al pequeño pasillo que llevaba, a la cámara del tesoro y allí estaba siempre un centinela de la Infantería de Marina montando guardia, teniendo al lado un buen puñado de armas blancas y una bien provista pistola de reglamento.

De acuerdo con las instrucciones, el centinela debía permanecer siempre dentro de la estancia, directamente sobre el tesoro, guardado en cajas de acero lacrado. Y el soldado que ahora montaba la guardia era el cabo Holden, un veterano con dos alistamientos en filas.

El coronel quebró el silencio que se produjera. Las profundas arrugas de preocupación habían casi desaparecido de su boca y ojos.

—Amenaza o no amenaza, me parece que este lugar continúa siendo todavía muy difícil de ser atacado —dijo—. Cualquiera que lo intente, se verá en un muy serio aprieto para salir con bien de aquí. Pero si alguien lo consiguiese, Norton, tanto sus orejas como las mías no iban a valer un maldito dólar chino, así que disponga que se coloque otro centinela al pie de la escalera, tanto para vigilar como para efectuar un control sobre Holden. No imagino, es claro, que puedan robar la cosa, pero llevo bastante tiempo en China para saber que un chino nunca envía un mensaje como este si no es que piensa hacer algo. Las gentes de poca monta, los que no pueden hacer mucho daño, no envían mensajes de ninguna especie. Estos hombres, quienes quiera que sean, deben estar muy segu...

Calló de pronto... y un segundo más tarde estaba echando a correr hacia la escalera que llevaba al interior del cuarto del tesoro. Mas a pesar de la rapidez con que obró, llegó retrasado. Dos jóvenes fornidos, de largas piernas, iban delante de él corriendo velozmente y en las diestras de ambos brillaban las automáticas de reglamento.

Ambos habían oído el ruido quebrado y sordo que llegara desde la cámara del tesoro, como el de un grito cortado a medio emitir, y luego

otro, más suave, como el de la caída de un cuerpo, ahogado por la distancia y el espesor de las gruesas paredes y la recia puerta, Hombro con hombro, llegaron juntos al sitio, las armas listas, los ojos entrecerrados, la mirada alerta...

En la pieza del tesoro, brillantemente iluminada, todo se encontraba en silencio, aparte del zumbido de una mosca que revoloteaba incansable en torno a la recalentada bombilla eléctrica colgante del centro, del techo.

Pero justamente a sus pies, casi pegado a la puerta, yacía Holden, el centinela...

Los dos oficiales habían contemplado la muerte demasiadas veces para engañarse o necesitar una segunda ojeada al caído cuerpo del cabo. Por ello, miraron al frente, más allá del muerto, y luego a su alrededor.

Las negras cajas de acero que contenían el tesoro yacían a uno de los lados, contra la pared lisa y desnuda. Allá en lo alto de la habitación, se abría la única ventana, con sus cuatro sólidos barrotes sólidamente encajados en la pared... al parecer.

Rápidamente comprobaron que ni en las paredes ni en el piso se advertían marcas o señales, así como que tampoco las había en las cerradas cajas del tesoro. Norton se volvió a Halloran.

—¡Arrímate a la pared! ¡Voy a ver esos barrotes!

Halloran obedeció y el ágil y delgado capitán trepó sobre sus hombros hasta la ventana, aferrando con recia mano los barrotes. Una seca maldición escapó de sus labios al comprobar que uno de ellos se sacudía al tirar de él. Sus ojos notaron las huellas de un cortafrío u otro instrumento similar alrededor de la base, sobre el cemento...

Pero desde allí al suelo había más de ocho metros y por el lado de la pared exterior no se veían señales de ninguna clase, ni tampoco del lugar en que pudieran haber apoyado una escalera o un palo: tampoco el menor asomo de vida humana, excepto los paseos de los centinelas que se movían por el pequeño jardín...

Volvió a dejarse caer en el interior de la pieza y entre él y Halloran volvieron el cuerpo del cabo, dejándolo cara arriba.

Tanto las manos como la cara del muerto estaban aún calientes, Sobre la guarda del gatillo y el cañón de la pistola que empuñaba su mano potente asía el arma. Holden, por lo tanto, debía haber muerto cuando ellos subían la escalera, después de haber oído su débil grito y el ruido producido por su cuerpo al caer.

La gorra del cabo había rodado algo más allá cuando cayó herido de muerte. Ni en la cabeza, pelada al rape, ni en la cara ancha y tostada por el sol, se notaban huellas de ninguna clase de violencia, Los dos oficiales le aflojaron el cuello de la camisa, quitáronle el cinto y la guerrera y examinaron su torso, por debajo de las ropas interiores.

En ningún sitio se observaban señales de violencia ni orificios de balas,

heridas de arma blanca o la huella de un dardo envenenado que pudiera haber sido utilizado por un experto asesino chino, un miembro de alguna banda de ladrones orientales o un fanático. Mas a pesar de todo el cuerpo del cabo iba cobrando la fría rigidez de la muerte. Sus dientes grandes manchados de tabaco se apretaban, hundiéndose en el labio inferior... y no les costó poco trabajo soltar la mano derecha apretada en torno a la culata de la pistola con la última contracción de la agonía. No cabía duda de que el cabo Holden había sido muerto. ¿Pero por quién? ¿Y con qué?

### CAPÍTULO III

Un ruido les hizo levantar la vista. El coronel, sudoroso y respirando fuerte, estaba parado en la puerta, con la pistola de reglamento firmemente empuñada en la diestra y mirando al cadáver.

—¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Está muerto?

Norton asintió con voz y gesto.

—Así es, señor. No sabemos cómo pudo ser. Pero nada parece faltar y todo está en su lugar. Da la impresión que no hayan llegado a tocar nada.

—¡Ah...! —murmuró el coronel, paseando lentamente la mirada por la habitación—. ¿Y esa ventana, capitán?

—Es la única pista que tenemos, señor... y vale bien poco, Alguien ha debido estar intentando cortar uno de los barrotes, utilizando un cortafríos o quizá un cuchillo de buena hoja. Pero sería muy difícil poder decir de qué manera consiguió llegar hasta aquí arriba. Un centinela patrulla el sendero exterior a menos de cinco metros de la esquina de este edificio y dicho hombre no ha podido tardar más de dos minutos en pasar por este lado. Yo mismo lo he verificado al tomar el tiempo de sus idas y venidas... Y Holden, señor, está bien muerto.

Arrodillóse el coronel a su lado, con un crujir de articulaciones y botas de montar, y examinó atentamente al cadáver.

—¿Alguna señal de cómo han podido matarlo?

—Ninguna, señor.

—¿Estaba abierta la puerta?

—Tenía el picaporte bajado, señor, pero sin cerrar. Si mi coronel lo recuerda, fue aproximadamente hace seis meses que en virtud de sus propias órdenes se tiene así la puerta, por si el hombre que monta la guardia aquí necesitara dar la alarma llamando al otro centinela. La primera idea fue encerrar con llave aquí al guardián, pero luego, se abandonó.

—Sí... Pero en tal caso, quien haya sido el asesino tuvo forzosamente que subir por la escalera.

—No me lo parece, señor. La escalera está brillantemente iluminada por la bombilla eléctrica y, además, a la vista de tres centinelas cuyos recorridos terminan a intervalos diferentes en las esquinas de los senderos que dan a esta parte de la Legación. También hemos de tener en cuenta, señor, que los barrotes de la ventana, han sido manipulados.

—¿Quiere decir que el ladrón y asesino trató de entrar por ella?

—Con toda evidencia, señor. Pero yo diría que la palabra, adecuada es

más bien “ladrón” que “asesino”.

El coronel le miró, frunciendo el ceño.

—¿Qué quiere decir, Norton?

—Yo creo, señor, que el centinela fue envenenado. Yo, mismo he estado hablando con él no hace un cuarto de hora... y entonces se encontraba perfectamente. Me llegué a sentir tan seguro de su bienestar y seguridad, que no tuve inconveniente en entretenerles a usted y Halloran para hablarles de lo que nos preocupa. Holden había sido informado por mí mismo acerca del mensaje que recibí, a la hora de la comida, precisamente. Desde entonces, él se mostró más celoso de su vigilancia que nunca. Yo creo que el veneno... ha sido probablemente veneno, lo que le ha matado... lo debió ingerir durante la comida. Y ya ven... No puede hallar ninguna otra explicación lógica para su muerte. Desde luego, será necesario efectuar un examen detenido de sus vísceras, habrá una autopsia y para mayor seguridad, realizada por un experto toxicólogo. Mas por otra parte no tenemos aquí ningún médico lo bastante entendido... ni en ninguna otra parte de China.

—¡Hum! —gruñó el coronel—. En tal caso pediremos que nos envíen uno desde el Japón. Supongo que allí los tendremos... Mientras tanto, vamos a movernos. Hay que cambiar las listas de los centinelas y alterar el ritmo de las guardias. Tenemos que seguir guardando este depósito y evitar que nadie se apodere de él. No podemos devolvérselo a Chang-Kai-Chek, pues no hay en toda China un sitio, seguro donde tenerlo, fuera, de esta Legación, y tampoco enviarlo a los Estados Unidos hasta que tengamos el total convencimiento de que los comunistas de Mao van a apoderarse de toda China, de modo que aquí ha de quedar. Lo que no atino a comprender es cómo se las han podido arreglar para envenenar al centinela... Será mejor que me vaya a la cocina para hablar con el sargento Brown, los cocineros y todo el mundo. Desde luego, confieso haber visto a los chinos hacer cosas más hábiles y astutas que esta... sí, mucho más... y no dudo que también lo habrán visto ustedes dos.

Mientras hablaba, se levantó, guardándose la pistola, y fue hacia donde se hallaban las cajas, examinándolas con actitud pensativa. Luego regresó junto a sus oficiales.

—¿Entonces todo está perfectamente, Norton? —inquirió.

Y asintió el capitán.

—Al menos, así lo parece, señor.

—¿No está usted seguro?

—No del todo, señor. Halloran y yo no hemos hecho más que examinar la habitación y el cadáver.

—Pero usted es quien guarda las llaves, ¿no es así?

—En efecto, señor, yo soy quien inspecciona todas las cosas que aquí se guardan y quién se ocupa de ver alguien ha estado maniobrando con

alguna de esas cajas.

—¿Lleva encima las llaves?

—Siempre las llevo, señor —Norton se levantó, arremangándose el brazo derecho y mostrando una pequeña, pero sólida cadena de acero de la que pendían su chapa de identificación y un diminuto llavero con varias llaves—. Duermo con ellas, no se han apartado de mi persona desde que las recibí del capitán Carter al hacerme cargo del tesoro.

—Ya... —murmuró el coronel, restregándose con gesto meditativo las narices—. ¿En cuál de esas cajas está guardado el “Ojo de Buda”... ese gran rubí del que tanto hablan los chinos?

—En esa cajita del extremo izquierdo, señor.

—Ábrala y veamos su contenido. Jamás he echado un vistazo a esa gema.

Hábilmente, con la pericia de un hombre que ha efectuado los mismos movimientos en muchas ocasiones, el capitán se arrodilló e introdujo una delgada llave en la oculta cerradura de la caja barnizada con laca. Se oyó crujir un fuerte resorte y la tapa rechinó al moverse hacia atrás. En el interior de la caja apareció un estuche plano forrado de terciopelo negro sobre cuya superficie veíase engarzado delicadamente en hilo de oro el fénix imperial, el signo de la dinastía Ming que por espacio de tres siglos había sido dueña y señora de la China. El capitán lo tomó y apretó delicadamente el botón pequeño que formaba el cierre del estuche.

En el acto, y simultáneamente, los tres militares parpadearon, conteniendo la respiración, mientras que por sus mentes cruzaba el mismo pensamiento, La superstición que envolvía a aquella gema distaba mucho de ser equivocada... Ante sus ojos deslumbrados se encontraba una “Joya de Joyas”. Jamás ninguno de ellos había contemplado una gema más hermosa y perfecta.

Parados allí, con sus ojos reflejando el destello intenso, rojo vivo, de la piedra, no podían dudar de que tampoco nunca volverían a ver nada tan deslumbrante.

—Está bien... Puede cerrar el cofre, Norton —dijo el coronel con voz como un murmullo—. Ahora me doy cuenta de por qué los amarillos veneran esa piedra y por qué la buscan con tanto empeño, No puedo, desde luego, echarles la culpa. Pero tenemos entre manos una tarea ímproba, una misión ciertamente peligrosa y difícil.

—Así es, señor —concedió Norton lentamente, mientras volvía a cerrar el estuche y la sólida caja de acero, para dejar la segunda de nuevo donde estaba—. Estoy pensando en la situación... No podemos correr riesgos ahora, pues ya sabemos —señaló al cadáver del cabo—, cómo las gastan.

—¿Cuál es su idea?

Norton sonrió ligeramente, mirando, a Halloran, que le devolvió la sonrisa, comprendiendo.

—Yo mismo montaré la guardia del tesoro con el teniente Halloran, señor.

El coronel les miró ceñudo.

—¿Cómo? No atino a comprender por qué motivo van a encargarse de una tarea como esta un capitán y un teniente de la guardia de la Legación, cuando hay un hombre asesinado sin que nadie sepa cómo lo pudieron matar. ¡No, señor! ¡No será mientras yo...!

Enjaretó unos cuantos epítetos sabrosos que parecía reservarse para las ocasiones grandes, mientras los dos oficiales aguantaban en silencio el chaparrón. Y en el primer momento de calma volvió a oírse la voz tranquila de Norton.

—Esto, señor, es algo mucho más serio de lo que creímos en un principio. Parece existir una intentona bien concebida y extremadamente inteligente, audaz hasta más no poder, para apoderarse del tesoro. No puedo imaginar lo que resultará de todo esto, pero si me permite decirlo, señor, nosotros nos hemos hecho cargo aquí de un muy importante deber, y si fracasásemos en la empresa, el descrédito caería no solo sobre nosotros, sino sobre nuestra unidad y todo el Cuerpo de Infantería de Marina en general. Pero no es eso todo, a los ojos de los chinos; también quedarían desacreditados Estados Unidos... y todo el Occidente.

De entre los labios del coronel brotó una especie de gruñidos, Luego esbozó una sonrisa agria.

—Me parece, Norton, que ha puesto usted el dedo en la llaga —dijo—. La gente de afuera piensa muy poco ahora en nosotros... Me refiero a los Estados... y yo debería estar ya habituado, pero... Bueno, vayamos al grano. ¿De qué forma piensa proceder, Norton? ¿Y cómo piensa zafarse del posible daño de futuros ataques?

—Mi plan es este, señor; yo, personalmente, montaré guardia en esta misma estancia. Tanto Halloran como yo conocemos mucho más acerca de China de lo que podía saber Holden o de lo que nunca llegarán a conocer los restantes hombres de la fuerza. Sabemos mucho acerca de sus medios de ataque; de sus recursos para aproximarse al objetivo. Halloran sabe posiblemente muchas más cosas que yo, pues él ha nacido y se ha criado aquí. Se mantendrá por la parte de fuera, al pie de la escalera, efectuando continuamente un rodeo en torno al edificio, haciéndolo a intervalos breves y convenidos de antemano. Yo, por mi parte, vigilaré atentamente aquí dentro. Cada seis horas el centinela de afuera será relevado por otro regular durante una hora. Halloran irá entonces a buscar, inspeccionar y cocinar nuestros alimentos y a preparar lo que tengamos que beber. Esta situación se prolongará hasta que nos envíen un toxicólogo desde el Japón y entonces, cuando estemos seguros acerca de lo que motivó la muerte de Holden, podremos hacer todo cuanto pueda parecerle aconsejable. Y puede estar seguro, señor, de que cualquier ataque a efectuar será realizado entre

este momento y el otro.

—¿Se puede saber qué es lo que le hace pensar tal cosa?

—Esos dos mensajes que hemos recibido, Creo que alguna sociedad secreta de bandidos, algún “tong” de asesinos juramentados, anda detrás de este tesoro. No son los comunistas, pues no es ese su sistema, ni tampoco, tienen hombres adecuados para esta tarea. No son tampoco delincuentes ordinarios; esos carecen del poder y la audacia para poner sobre aviso a sus víctimas de la forma que ahora se ha hecho con nosotros. Los mensajes, el modo y la hora en que fueron entregados, el estilo y momento de la muerte de Holden... todo me dice que se trata de una secta, de una “tong”. Solo una de ellas muy bien organizada, y cuyos miembros estén juramentados para matar mientras roban, podría tener el coraje y el nervio suficientes para hacer cosas como esta. Mas, sea como sea, señor, creo que Halloran y yo podremos tenerlos en jaque por uno o dos días.

El coronel se sentía ahora causado. Había realizado un ejercicio físico agotador y poco habitual, y por otra parte, su cerebro era una confusión de pensamientos. Observando su reloj, vio que faltaban quince minutos para las nueve. Aún no había cenado... y tenía prometido a su esposa acompañarla a la recepción en casa del cónsul francés. Pensó que el capitán Norton era quizás el más inteligente, bravo y competente de cuantos comandantes de compañía él conoció nunca. Y el teniente Halloran era de la misma madera. Hombres los dos que ingresaron por pura vocación en la milicia e indudablemente llegarían lejos en ella... Sonrió a sus dos subalternos, que, a su vez, le miraban expectantes.

—Está bien, caballeros. El deber, y lo que parece ser para ustedes un placer, son cosas suyas. Hagan como usted, Norton, ha dicho. Voy a dar las ordeñes para que retiren este cadáver de aquí sin pérdida de tiempo y volveré por la mañana para ver cómo andan las cosas. Abran bien los ojos y buena suerte. ¡Que tengan muy buena noche, señores!

Los dos oficiales saludaron correctamente y al unísono mientras el coronel se marchaba, y se quedaron escuchando el ruido de sus espuelas al descender los escalones y sobre las piedras del patio. Luego, por encima del cadáver, ambos se sonrieron. Pero no como de superior a inferior jerárquico, sino de amigo a amigo, de hombre a hombre. Dos hombres que se apreciaban y conocían grandemente, que habían luchado hombro con hombro durante muchos años...

Norton rompió el silencio.

—Bueno, Tom, ya oíste lo que he dicho al viejo. Creo que será mi primera y posiblemente última presentación pública o privada como orador. No tengo condiciones... Ahora escucha bien; tú montarás la guardia allí abajo, y yo aquí arriba. Ahora son las nueve. A las tres de la mañana te relevará un centinela y entonces irás a buscar y preparar un poco de comida para los dos. La cocinas tú mismo y no permitas que nadie

intervenga ni en la búsqueda de cosas. Eso es lo que más tendremos que cuidar, bien lo sabes... Después, durante el día, podremos descabezar un sueño y ponernos en condiciones. ¿Entendido?

—Perfectamente, Jack, No debes preocuparte por eso.

—Ya lo sé. Y espero que tú y yo no les vamos a resultar una presa tan fácil como el pobre Holden.

Varios soldados al mando de un cabo aparecieron en la puerta, mirando aprensivamente al muerto. El cabo se cuadró.

—A la orden, señor. El coronel nos ha mandado a recoger a Holden.

—Sí, sáquenlo pronto y llévenlo con cuidado a la enfermería, Desde luego, Holden está muerto... Que se quede alguien de guardia allí, cabo, el resto de la noche.

Los soldados partieron con el cadáver y Norton se volvió a Halloran sonriendo.

—Bueno, muchacho, manos a la obra. Yo dentro y tú fuera... Me parece que esta es una combinación en la que no han podido pensar esos asesinos. ¡Andando y no te duermas, Tom!

—Lo mismo te digo. Abre bien los ojos, Jack Norton. Hasta luego...

Pausadamente y sonriendo duro, Halloran salió de la estancia y bajó la escalera, oyendo como su amigo cerraba la puerta a sus espaldas.

## CAPÍTULO IV

A eso de la medianoche comenzó a soplar un viento frío y penetrante desde el mar, viniendo del noroeste y amontonando nubes cargadas de agua que pronto, comenzaron a soltar una lluvia fuerte y copiosa. En torno al lugar donde Halloran montaba la guardia, algo más allá y a la derecha de la bombilla eléctrica que arrojaba su brillante luz sobre la escalera, el agua caía pesadamente, encharcando el suelo.

El teniente se estremeció un tanto cuando una fría ráfaga de viento le echó heladas gotas de agua sobre el rostro. Estaba incrustado en el ángulo entre la escalera y el muro de la casa, bien cubierto con su impermeable de capucha y manteniendo tapado el fusil Brenn de reglamento cuya culata posaba sobre su antebrazo derecho. Por encima de él podía oír el rumor de los pasos de Norton moviéndose de un extremo a otro del cuarto del tesoro, aunque de vez en cuando cesaban sus pisadas por cortos intervalos.

Por el lado de afuera paseaban los centinelas pausadamente y desde el Consulado de Francia las rachas de viento traían los ruidos de la fiesta que allí se celebraba. Más allá aún, al otro lado del barrio de las Legaciones, a pesar de la lluvia, el frío y la oscuridad, la Shanghái nativa renacía lanzada loca y salvajemente a la plena celebración del Año Nuevo.

Estallaban por todas partes los cohetes y semejaba que la animación y los ruidos eran más fuertes que nunca. Los “hutungs”, las angostas callejas que se extendían desde la orilla del ancho y fangoso Yang-Tsé hacia el norte en forma de colmena, debían hallarse ahora atestadas de gente cuyos gritos, exclamaciones y demás ruidos se entremezclaban en la distancia, formando un diapason vasto y potente.

Desde la capucha de goma a la visera de cuero, de su gorra y de esta a su nariz iban deslizándose las frías gotas de lluvia. Sacudiendo la cabeza, las hizo caer al suelo hundido en la oscuridad.

Fuera quien fuese el que intentaba apoderarse del tesoro, no podía negarse que había sabida escoger el momento para realizar su plan. Ni un disparo de rifle habría podido apenas ser distinguido esta noche por un hombre poco acostumbrado a oírlos. Desde luego eran muchos los centinelas apostados en todo el perímetro de la Legación, y la guardia había sido reforzada en torno al edificio donde estaba el tesoro. Pero también había habido muchos centinelas al comenzar la noche y Holden pudo ser asesinado a pesar de ello. ¿Cómo? A Halloran le tenía confuso aquella muerte. La explicación de Norton parecía la más verosímil, ciertamente, pero para él tenía sus fallos. Envenenado... Sí, podía ser...

Pero había muchas cosas más sin explicar.

El hombre que estuvo manipulando con la ventana del cuarto tuvo que permanecer allí unos minutos; por fuerza, bastantes. ¿Cómo, pues, Holden no llegó a lanzar un solo grito, si es que se encontraba vivo —y lógicamente, consciente—, en todo el tiempo que ellos tardaron en llegar allí? Y si había sido un veneno de acción retardada y lento proceso —y debió serlo si se le dio en la comida del mediodía—, Holden tuvo que ir sumiéndose poco a poco en el sopor, para caer luego en el coma mortal. Y entonces...

Entonces no habría podido dejar escapar aquel grito ahogado que llegó a ser oído a través de la pesada puerta y las paredes reforzadas por hombres parados a quince metros de la habitación en que él se encontraba. Ni le habría sido posible tampoco retener el arma en la mano, pues esta se le habría caído de ellas con el sopor gradual causado por la acción del veneno. Por otra parte, cuanto menos durante un breve intervalo, Holden tuvo que ver al hombre que se hallaba trabajando al otro lado de la ventana. ¿Y cómo pudo aquel hombre llegar allí sin ser visto ni dejar rastros de su paso, ni de una escalera, ni siquiera de un palo para trepar? Desde luego, una cuerda con un gancho de hierro a uno de sus extremos pudo haber servido para el caso, pero Holden, si estaba en posesión de sus sentidos, debió haber oído cuando el gancho se afianzó en los barrotes, haberlo visto, cuando menos, y gritado entonces, o disparado su pistola para dar la alarma. Y no había hecho ninguna de ambas cosas. ¿Por qué?

Para Halloran, todo aquello resultaba extraño, y en cierto modo horrible y fantasmagórico. Aquel era sin duda el trabajo de mentes orientales, de hombres que validos de la profundidad de su saber casi ilimitado, producto de las observaciones y enseñanzas de cuarenta siglos, podían hacer muchas veces que los hombres de una civilización occidental y de mediana cultura parecieran débiles como criaturas, para matarlos luego con la misma facilidad que si fueran moscas. Tal vez los ejércitos occidentales pudieran ocupar algún día a la China, retenerla por medio de una ocupación militar... pero muy difícilmente los hombres de Occidente podrían descubrir los misterios de los que habían planteado y ejecutado el asesinato de Holden y que tan seguros se sentían de sí mismos que hasta llegaron a avisar por anticipado a los “Kwang-wei”, los odiados hombres blancos...

Tal pensamiento hizo correr un escalofrío por la espina dorsal de Halloran. Agarró el fusil con fuerza y sus dedos acariciaron el seguro y el gatillo. Casi a la carrera, de forma puramente instintiva, se volvió de pronto y subió los escalones bañados por la lluvia hasta la entrada del piso alto. Lanzó una llamada antes de llegar al piso superior, sabiendo con qué rapidez y mano firme era capaz de disparar el hombre que montaba la guardia, en el interior del cuarto del tesoro.

—¡Eh, Jack! ¡Soy yo, Tom! ¿Cómo andan las cosas? ¿Tienes bastantes cigarrillos?

Una risa suave que terminó en un juramento casi irritado le llegó desde el otro lado de la puerta. Esta se abrió con un chirrido seco y la alta y sonriente figura de Norton apareció detrás de su automática.

—Hola, Tom... Sí, todo está en el mejor de los mundos. ¿Por qué has subido tan excitado? ¿Es que no van bien las cosas por ahí abajo?

—Muy bien. El viejo tiene aquí mayor cantidad de hombres que teníamos tú y yo en Guadalcanal. He avistado a un piquete patrullando las calles con algunos agentes policiales de la ciudad, y hasta algunos “shiks”.

—¡Ajá! Eso está bien... De este modo, si el tesoro fuera robado, tanto Inglaterra como la “Belle Franco” y los mismos chinos, se verían con nosotros en la sopa... ¡Buen, bueno! Ha sido una excelente idea del viejo... Oye, crees que están armando mucho barullo en la ciudad? Parece como si Mao ya hubiera entrado en ella y anduviera por las calles a tiros con los nacionalistas.

—No creo que tarde gran cosa, tal como van los acontecimientos. Y bueno, eso será el final de nuestra tarea aquí. Tendremos que largarnos; nosotros y todos los occidentales.

—Sí, eso me parece...

—En cuanto al barullo de ahí fuera, tienen sus motivos. Es el comienzo del Año del Cerdo. Y por si no lo sabes, te diré que el Año del Cerdo es el final de un ciclo de sesenta años, según el calendario chino, y se supone que debe ser el peor de todos ellos y con mucha mala suerte. A eso se deben todos esos gritos y estallidos de cohetes... Bien, ¿conseguiste averiguar cómo y con qué mataron a Holden?

—No —repuso Norton. Y la ligera sonrisa que poco antes iluminaba su cara se esfumó por completo. Sus ojos grises miraron la cuadrada y delgada de Halloran y un repentino recuerdo bulló en su mente. El recuerdo de los muchos peligros y difíciles situaciones que ambos afrontaron juntos... y vencieron, en otros tiempos y ocasiones—. No, Tom. Estoy desorientado. ¿Tú imaginas algo?

—En absoluto. Ni lo más mínimo. He estado pensando sin cesar en el asunto mientras montaba la guardia ahí abajo y no consigo juntar los dos extremos de la cuerda. Yo soy, como sabes, lo que ellos llaman “un viejo perro chino”, y puedo afirmar que les he ganado la mano más de una vez a chinos listos y astutos, pero, este juego de ahora me tiene perplejo. ¿Quieres que te traiga alguna cosa?

—Nada más que un poco de té o café caliente y poder comer un bocado de “chow” a las tres. ¿Sabes la forma de conseguirlo todo sin riesgos?

—Ciertamente que sí, He visto a mi madre preparar el “chow” cientos de veces en los días de mi niñez. Yo mismo lo haré.

—Bueno, pues a ver cómo te sale, Vete, y no regreses hasta que hayas

preparado la comida... Andando.

Halloran salió. Y antes de que Norton cerrase la puerta se cruzaron sus miradas. El teniente descendió las escaleras con una tranquilidad de ánimo que antes no tenía. Ahora estaba seguro de que nadie llegaría a tocar el tesoro... a menos que Jack Norton estuviera muerto. Y esa —se dijo sonriendo— era una posibilidad entre un millón.

## CAPÍTULO V

Cuando la esfera luminosa de su reloj-pulsera marcaba las tres menos cuarto, Halloran llamó quedamente al primer centinela que pasó cerca de su puesto. El hombre era un veterano, con cuatro galones en lo alto de la manga izquierda de su capote. Y mientras estudiaba su rostro anguloso, Halloran se dijo que allí tenía alguien en quien podía confiar.

—¿Te enteraste de lo que ha ocurrido esta noche? —le preguntó.

El soldado asintió, lanzando un escupitajo de jugo de tabaco hacia las charcas.

—Ciertamente, señor.

Sus ojos estaban entornados y su postura, como la forma en que sujetaba el fusil, revelaban una alertada tensión.

—Bien. Entonces ya sabes que la cosa es de juego. Vas a quedarte aquí mientras yo voy en busca de un bocado y café para el capitán. Cada cinco minutos das una vuelta en torno, al edificio. Pero tu misión principal es la de vigilar esa escalera y esa puerta. El capitán ya vigila la ventana. ¿Entendido?

—Perfectamente, señor. Pierda cuidado.

—Está bien. Hasta luego.

Con pasos rápidos, Halloran se alejó bajo la lluvia espesa y monótona, hacia el edificio del almacén y las cocinas. El sargento encargado del comedor dormía profundamente debajo de cuatro mantas de ordenanza y un edredón chino y sus sonoros ronquidos se oían a veinte metros de distancia. Halloran lo despertó sin grandes miramientos y el hombre dejó escapar un juramento al sentirse zarandeado.

—¡Maldita sea...! ¡Oh! Perdona, señor... ¿Ocurre algo?

—Sí. Levántese, que necesito algunas provisiones.

Medio, dormido, el sargento se puso en pie, metiéndose toda prisa las botas y los pantalones. Luego se embutió el pesado abrigo de ordenanza y tomó un manojito de llaves.

—Cuando, quiera, señor...

Juntos abrieron el almacén, oscuro y helado.

—¿Dónde están las provisiones enlatadas?

—Ahí enfrente. Hace tres días recibimos un cargamento directo desde los Estados...

Del fondo de uno de los cajones, Halloran retiró una lata de café, otra de jamón dulce y una tercera de bizcochos, examinándolas atentamente para ver si habían sido manipuladas, mientras el sargento le contemplaba

lleno de curiosidad.

—¿Es que pasa algo, mi teniente?

—¿No sabe lo que le ha ocurrido al cabo Holden?

—Algo oí... Creo que lo mataron mientras hacía guardia en la pieza esa...

—Sospechamos que ha sido veneno... veneno que le pusieron en la comida... Y no pensamos correr riesgos.

El sargento silbó por lo bajo.

—¡Diantre! Pues eso es cosa seria... Bueno, no creo que nadie haya tocado esas latas, pero tomaremos precauciones...

Fueron a la cocina y una vez allí, lavaron y volvieron a lavar con agua hirviendo todos los utensilios que iban a utilizar. Halloran probó el agua que emplearon para hacer café mediante una treta enseñada a su madre por un leal sirviente chino, durante una de las muchas épocas peligrosas. Probablemente era cosa antigua, pero infalible... y en tres ocasiones había visto él como daba resultado. En las tres, su madre y el muchacho chino educado en la misión habían encontrado en el agua marcadas señales de veneno.

Murmurando maldiciones contra la China y todos sus habitantes, el sargento, del comedor volvió a su frío camastro una vez preparada la colación. Con las provisiones, la humeante cafetera en las manos y el fusil colgado del hombro con el cañón hacia abajo, Halloran echó a andar en dirección a la casa del tesoro. En su reloj pulsera eran exactamente las tres y doce minutos...

Pausadamente, llegó hasta un punto desde donde podía ver la escalera y la entrada del cuarto. Un momento después tiraba las provisiones, tomaba el arma y echaba a correr como un loco, mucho más de lo que corrió horas antes, hacia la escalera.

Un puñado de hombres, centinelas, oficiales de las Legaciones, soldados, “shiks”, policías de la ciudad... se movían de un lado, para otro empuñando sus armas, por el espacio cubierto de césped. Había algunos al pie de la escalera, y, mientras corría, llegó a sus oídos la voz seca y vibrante del coronel impartiendo órdenes tajantes.

Los hombres se volvieron a mirarle, permitiéndole ver en el suelo, acurrucado extrañamente bajo la lluvia y la potente luz de la bombilla, el cuerpo del centinela que dejara allí media hora antes. La empuñadura de un puñal chino brillaba entre sus omóplatos.

Halloran no se detuvo junto al cuerpo contorsionado e inmóvil, ni respondió a las preguntas que se le hacían. Saltó por encima del muerto y continuó corriendo escaleras arriba, subiéndolas velozmente. Un fornido guardia “shik”, con amplio turbante y pantalones cortos kaki, hizo ademán de detenerlo cuando llegó a la puerta del cuarto, pero él lo apartó de un empujón y continuó su avance.

Un grupo de oficiales se encontraba allí, obstruyéndole la visión. Y sus voces le llegaban medio borradas, por los latidos de su propio corazón. Uno de ellos, se hizo a un lado, permitiéndole avanzar y ver...

Allí, sobre el liso y limpio piso de cemento, yacía el capitán Jack Norton, su amigo y camarada de armas; el hombre al que llegara a querer más que a un hermano. Estaba tendido allí, como dormido, con el brazo derecho cubriéndole los ojos cual si quisiera resguardarlos de la luz que pendía de lo alto. En su diestra brillaba la automática y colgadas de su muñeca veíanse la cadena y disco de identificación; también el llavero con las llaves de las cajas...

El arma, como Halloran notó, no presentaba señales de haber sido disparada. Y todas las llaves parecían estar en su lugar. Levantó la mirada con ojos que parecían enloquecidos hacia el mayor Bentwell, y el hombre pareció comprender su muda pregunta.

—Le hemos encontrado tal como está ahora, Halloran —habló con su voz seca y exenta de emoción, añadiendo algo increíble—: El gran rubí y todo el resto del tesoro, excepto, algunas piezas de poco valor, han desaparecido. Los barrotes de la ventana han sido seccionados por completo, están caídos sobre la hierba del exterior... ¿Es cierto que usted examinó el cadáver del cabo Holden? Bien, en ese caso, eche un vistazo al capitán antes de que empiecen a revolver los policías.

Transcurrieron unos minutos antes de que Halloran pudiera hacer lo que se le pedía. En la habitación, oficiales de tres grandes naciones de Occidente aguardaban en silencio, tal vez sin acabar de comprender el significado de lo que ocurría.

Arrodillándose, y mientras recobraba con férreo esfuerzo de voluntad su autodomínio, Halloran examinó el cuerpo de su gran amigo y camarada, encontrando las mismas señales... y la misma falta de ellas. Dientes apretados, músculos tensos, manos engarfiadas...

De pronto, se tensó, mirando la muñeca izquierda del muerto. ¡Allí había algo!

Era un rasguño pequeño y corto, casi invisible; un rastro diminuto justamente encima de una arteria. ¡Y desde allí, el veneno, era más que seguro, había sido bombeado por la sangre directamente al corazón!

Apenado, sintiéndose enfermo en su interior, mostró el rasguño a los demás oficiales y al coronel, que llegó con la cara color de ceniza.

Más tarde, en el cuerpo del cabo Holden, que yacía en la helada y solitaria enfermería del cuartel, descubrieron la misma clase de señal: un pequeño y débil arañazo, pero en este caso en el cuello, un poco más arriba del lugar donde descansaba el de la guerrera. Al efectuar el primer examen del cadáver, el detalle les había pasado por alto...

Halloran estaba experimentando una intensa sensación de agotamiento. Nada se había podido averiguar con respecto al matador o matadores de

Holden y Norton; tampoco cómo pudieron llegar a la pieza y acabar con sus víctimas, llevándose el tesoro ante las propias narices de cincuenta centinelas. Ni una huella, ni un vestigio...

Al amanecer, el médico de la Legación le obligó a acostarse, haciéndole tomar antes un somnífero. El teniente durmió durante doce horas seguidas y era ya de noche cuando despertó. Casi enseguida apareció el ordenanza del coronel con una llamada de este para que Halloran se presentase inmediatamente en su despacho.

Parecía como si al coronel le hubiesen echado de golpe diez años encima y en sus ojos fulguraba la misma mirada que Halloran le viera otras veces, cuando sus hombres tropezaban con algún obstáculo demasiado difícil de salvar en un avance. Era evidente que se encontraba muy afectado por lo ocurrido, aunque no más que el propio Halloran.

—Siéntese, teniente —le ordenó. Y mirándole fijo a la cara, añadió despacio—: Nos mandaron un toxicólogo desde Tokio en avión; ha estado trabajando toda la tarde con Norton y el cabo. Aún no hace una hora que regresó a Tokio, dejando un informe sobre las causas de su muerte, Tome, léalo.

Le tendió unas cuartillas escritas a máquina. Con manos firmes, Halloran tomó los papeles e inició la lectura.

Desde luego, el toxicólogo había realizado un buen trabajo, dejando un detallado informe cuyo contenido no podía resultar más extraordinario y sorprendente.

Tanto el cabo como el capitán habían muerto a causa de un veneno introducido en sus arterias mediante los rasguños hallados en sus cuerpos. El veneno hallado, en ambos casos había sido el “curare”, un tóxico de efectos instantáneos sobre cuya composición solo se sabía que era un secreto de los indios que moraban en las espesas selvas al sur de Venezuela y las Guayanas. El veneno era altamente mortífero, aun introducido en la piel por medio del más simple rasguño. De acuerdo con la opinión del médico —y parecía ser muy buena—, el matador había sido alguien maestro en el crimen, a cuyas manos había llegado el secreto de la fabricación del “curare” o acaso una porción de este veneno. Según el citado médico, el asesino había recurrido a otra treta de la “jungla” para realizar su hazaña, utilizando una cerbatana y dardos envenenados. Los dardos de aquel tipo eran pequeñísimos, y muy bien pudo ser pasado por alto el que mató al cabo... El segundo, que acabó con el capitán, pudo ser retirado junto con el primero por el asesino, una vez que hubo penetrado en la estancia tras cortar los barrotes de la ventana...

Halloran leyó por dos veces el informe, haciéndolo lentamente la segunda. Al otro lado de la mesa, el coronel tenía fijos los ojos en él con pensativa expresión mientras mordía un cigarro puro. Finalmente, Halloran levantó la vista hacia su superior. Pero no parecía mirarle a él,

sino más bien sopesar, una idea.

—¿En qué está pensando, Halloran?

—En el informe, señor. Es muy bueno... y todo puede haber sucedido así. Una faena diabólicamente astuta...

—Me alegra que piense así. Porque... —parecieron taladrar a Halloran sus ojos— he decidido enviarlo a usted, Halloran, tras esos asesinos.

Este casi saltó de la silla. Y luego proyectó su cabeza hacia adelante, diciendo tensamente:

—¿A mí, señor?

—Sí. He recibido órdenes directas de Washington para que sea usted quien se encargue de esta tarea.

—¿Quiere decir, señor, que me ordena cazar a esos asesinos?

—Así es. Esta es una misión secreta, teniente, y en ella está en juego el prestigio de nuestro país y el honor del regimiento. La cosa tiene más importancia que la de un simple robo y asesinato... y agregaré que más que un asunto de amistad entre nosotros y Chang-Kai-Chek. Esto no es otra cosa, que una afrenta, terrible para la Infantería de Marina, y también para nuestra nación. Así es que, desde ahora, puede considerarse como estando en servicio especial. Para todo el mundo, incluso para sus propios compañeros y sus familiares, usted estará gozando de una licencia por tiempo indefinido.

Halloran le interrumpió:

—Perdone, mi coronel... Usted sabrá que iba a casarme...

—Sí, ya lo sé. Con la hermana de Norton, si no me equivoco, Bien, habrá de posponer su matrimonio, y creo que ella lo comprenderá, si es como me la supongo, y le esperará hasta que usted termine su misión. Es con ella y con su madre con las únicas personas que podrá comunicarse mientras esté metido en esta tarea, Halloran... y habrá que hacerlo por intermedio de nuestros consulados. Procuraremos que sus noticias le lleguen a usted, pero encontrar a los hombres que asesinaron a Holden y Norton será en adelante su única tarea.

“Puede salir de Shanghái, de China... podrá dirigirse a cualquier parte del mundo y gastar cualquier suma de dinero, si es que haciéndolo logra rescatar el “Ojo de Buda” y las demás joyas robadas, Pero, sobre todo, debe dar con el hombre u hombres que cometieron estos asesinatos o con sus responsables. Hallarlos... y atraparlos, vivos o muertos.

“Le he elegido por varias razones, Halloran. Ha nacido usted en China y se ha criado aquí, conoce el lenguaje y muchos dialectos, y también el país, como pocos hombres blancos; es un excelente soldado y creo que podrá ser un buen detective. Pero, además, porque usted y Norton eran como hermanos y va a casarse con la hermana de él. Y sé que no me defraudará.

—Haré cuanto pueda, mi coronel —prometió Halloran con un nudo en

la garganta. El coronel tomó un grueso sobre alargado, tendiéndoselo.

—Estas son sus órdenes. También consta todo lo referente a la forma en que deberá obtener los fondos, la persona a la que deberá dar cuenta de sus movimientos, así como la manera de comunicarse con su madre y su prometida. Una vez las haya leído y grabado en su memoria será mejor que las destruya. ¿Está dispuesto a hacerse cargo de esta misión y correr sus riesgos?

Halloran se levantó con lentitud, se cuadró y saludó.

—Sí, señor —habló suavemente—. Jack Norton era el mejor amigo que yo había tenido jamás. ¡Estoy dispuesto a pasar el resto de mi vida dando caza a sus asesinos!

## CAPÍTULO VI

Sobre el mar negro y quieto flotaba una niebla oscura y fría. Atravesándola en dirección a la tierra que se extendía más allá, el paquebote hendía las olas con su recia proa, mientras su sirena taladraba el aire con su constante resonar.

En un costado del puente, al lado del capitán de la nave, Tom Halloran se hallaba bien arrebujado en un recio abrigo, cuyo cuello levantado le tapaba hasta las orejas. Aun así, se estremecía de vez en cuando por efecto de aquel intenso y húmedo frío del norte, al que no estaba acostumbrado, tras tantos años de vivir en los trópicos.

Miraba directamente hacia adelante, como si sus ojos pudieran taladrar la nieve y ver la tierra y los altos edificios de Manhattan que se encontraban más allá. Desde las profundidades de la niebla llegaban a sus oídos una vaga cacofonía de otras sirenas de vapores y de vez en cuando el profundo resonar de una campana.

El capitán se volvió hacia él cuando aquella se oyó por vez primera.

—Ese es el faro Ambrose, míster Halloran...

La cara tensa, curtida y descarnada de Halloran se distendió en una sonrisa. Las manos enguantadas del capitán hicieron un amplio gesto.

—Le agrada volver a los Estados, ¿verdad?

—Así es...

Volvió a quedar silencioso, en actitud concentrada. Pero la pregunta del capitán, automática y casi indiferente, había servido para hacer bullir en su cerebro todos los pensamientos que se centraban en torno a la gran ciudad velada por la niebla. Para él, Tom Halloran, el llegar a Nueva York significaba el final de un largo rastro seguido tenazmente por dos largos años. Allí, de ser cierto el texto del cablegrama cuidadosamente redactado en clave que recibiera seis días antes en París, se hallaba el “Ojo de Buda” y gran parte del tesoro chino robado de la Legación Americana de Shanghai aquella fría y existe víspera del Año Nueve. Allí, según el mismo cablegrama recibido del se encontraban indicios concretos que podían llevar hacia él y los asesinos del capitán Norton y el cabo Holden...

Al pensar en ello se contrajeron ligeramente los músculos de los ojos y la boca de Halloran. Estaba recordando ahora los cuerpos rígidos de sus dos compañeros de armas, la cara contraída de Jack Norton... También la carta que recibió de su hermana Susan, cuando le anunciaron su muerte. Ella era la única pariente viva de Jack, diez años más joven que él, pues su padre y otro hermano habían muerto en el Pacífico durante la guerra.

Susan Norton era una muchacha de temple, pero quedarse sola en el mundo a los veinte años y no haber visto morir a los suyos, era algo demasiado fuerte para cualquier muchacha. Él no podía censurarla por haber roto su compromiso con unas palabras amargadas cuando le anunció su propósito, de posponer la boda para dedicarse a buscar la pista, de los asesinos de su hermano. “Ya tengo bastante del Ejército... —habían sido las palabras de ella en la carta—. Y deseo un marido al que pueda estar segura de encontrar en casa todas las noches, y del que cada vez que salga no tenga que estar pensando angustiada si voy a volver a verlo vivo...”.

Aquellas habían sido palabras injustas, ciertamente, y habían dolido mucho a Halloran, pero con el tiempo, é llegó a pensar si no le asistiría la razón. Una mujer quiere paz, tener al marido en casa, hijos que vayan siempre al mismo colegio, amigas antiguas, un hogar estable... Y nada de todo eso era posible para la esposa a un oficial destacado. Su propia madre había sufrido por ello, bien lo recordaba, y ahora era feliz en su casita de la pequeña ciudad natal, con su hermana y sus nietos.

No, no podía censurar a Susan... aunque tampoco dejar de amarla y atormentarse pensando que ella podía haber encontrado otro hombre que le diera lo que deseaba. Tendría que averiguarlo... una vez que acabara de seguir el rastro hasta el final.

Un rastro que había sido muy largo... Por espacio de veintiséis meses, él, Tom Halloran, había estado moviéndose entre los bajos fondos de tres continentes, y por toda una serie de grandes ciudades, Ahora venía de París, pero antes estuvo en Marsella, Nápoles, Alejandría, Port Said, Bombay, Calcuta, Singapur, Soerabaya, Bangkok, Manila, Cantón, Hong-Kong... y cien ciudades más. Rastros y rastros que arrancaban todos de Shanghái y le habían permitido seguir la pista tenazmente, aunque en aquellos veintiséis meses de búsqueda incesante, peligrosa a menudo, no había podido descubrir más que unos cuantos hechos. Pero estos, precisamente, eran los que le traían ahora a Nueva York y con ello al final de la caza, posiblemente...

El primero que le dio alguna luz lo obtuvo de un nativo malayo agobiado por la fiebre, al que atrapó en una aldea situada entre colinas en Bali, la bella isla al este de Java. Aquel hombre había sido en otros tiempos jefe de una banda de ladrones que operaba en la zona de los Estrechos. Por intermedio de un hombre que se hacía pasar por miembro de una secta secreta, el “dacoit” había comprado buena parte de las joyas del tesoro robado, pero él y su banda no alcanzaron a tener en su poder los objetos por más de dos semanas; todo les fue robado del lugar donde tenían su guarida, mientras ellos estaban “trabajando” en Java y los tres centinelas que la guardaban habían sido asesinados...

El “dacoit” ardía de la fiebre, y frente a un hombre cuya voluntad era mucho más poderosa que la suya, había referido cuanto sabía, Dijo que los

de aquella misteriosa secta habíanle vendido las joyas para volvérselas a robar, haciéndole pagar por ello su tributo de vidas. Eso era todo lo que podía decir. Y también el nombre del hombre, casi fabuloso, del que se suponía era el jefe de la secta. Ese hombre se llamaba Li-Yung y era conocido tan solo por un puñado de gentes en todo el mundo.

Mientras el pequeño “dacoit” hablaba entrecortadamente, su cara se iba tiñendo del mismo color que su sucio turbante blanco y los dientes le castañeaban, pero no por la fiebre, sino por el terror. Luego, Halloran le había dejado, comprendiendo que el “dacoit” ya le había dicho todo, cuanto sabía, y sabiendo también que probablemente nadie que no fuera miembro de la secta conocería el secreto de los asesinatos de sus camaradas. Semanas más tarde, siguiendo el casi indefinido rastro en Bangkok, llegó a enterarse de que el “dacoit” había sido asesinado... envenenado, también ¡La secta “sabía” que él, Tom Halloran, iba tras ellos!

En dos ocasiones más, una en Calcuta y la otra en Port Said, supo que las joyas robadas habían sido vendidas... y vueltas a robar, y siempre con el inevitable tributo de vidas humanas. Sin embargo, en ningún momento llegó a saber que el “Ojo de Buda”, el famoso rubí, hubiera sido vendido u ofrecido en venta. No, hasta la última semana...

Desde la negrura casi impenetrable del castillo de proa llegó el grito del vigía y el sonar de la campana se oyó dos veces seguidas. El capitán del barco se movió en el acto, empuñando las manijas del teléfono de comunicación con el cuarto de máquinas.

—¡A media velocidad!... ¡Despacio!

Apuntó con un dedo hacia estribor y dijo, volviéndose a Halloran:

—Ahí está su lancha, míster Halloran. ¿Se halla ya listo?

En su voz podía notarse un dejo de curiosidad que Halloran pasó por alto... Su mirada estaba fija en la lancha baja y gris de la policía del puerto que avanzaba suavemente hacia el paquebote. Alguien en ella había encendido por un momento un proyector eléctrico que enfocó al costado del barco, destacando las grandes letras de su nombre, y luego se apagó. La lancha llegó al costado del paquebote, casi inmóvil, desde el cual le fue arrojado un cable y luego una escala de cuerda.

Halloran tendió la diestra al capitán, despidiéndose.

—Bueno, capitán, se acabó el viaje. Mi maleta está esperándome al pie de la escala, Muchas gracias por todo. ¿Se ha dado cuenta de que es absolutamente preciso guardar silencio acerca de esto?

—Desde luego. Y nadie de esta tripulación dirá nada, descuide. De todos modos, aunque algún curioso comensal notara su ausencia a la hora del desayuno, me parece que ya sería demasiado tarde. Voy a dejar caer el ancla en cuanto lleguemos a la entrada de la bahía, y no creo que podamos atracar antes del mediodía, con esta niebla. Adiós, y buena suerte en lo que sea, míster Halloran...

—Adiós, y muchas gracias de nuevo, capitán...

Con paso ligero, Halloran cruzó el puente hacia la escalera y descendió rápido por ella a cubierta. Un contramaestre estaba atando un cable a las asas de su maleta y le avisó:

—La escalera por la borda, señor. Todo listo.

—Gracias. Descuelgue la maleta cuando yo esté ya en la lancha:

—Sí, señor, perfectamente...

Se izó por la barandilla y comenzó a bajar la escala con manos firmes. El bamboleo del barco, aunque poco acusado, le hacía bailar junto a los costados metálicos. Varias manos le asieron cuando, llegaba al último peldaño y le llevaron sobre la cubierta de la lancha. Un hombre pequeño, de cara cuadrada, vestido con un largo abrigo oscuro y un flexible gris, avanzó rápidamente a su encuentro tendiéndole la mano.

—¿Halloran?

—El mismo.

—Ha llegado usted justo a tiempo, Mi nombre es Warren y soy inspector del F.B.I. ¿Es este todo su equipaje?

—En efecto.

—Bueno, en ese caso podemos irnos ¡Suelten ese cabo! Pase abajo, Halloran; el ambiente es más reconfortante.

A la luz eléctrica, en la pequeña cabina, Halloran pudo echar un buen vistazo al hombre que tenía delante. El inspector Warren era lo que él imaginaba sería después de su rápido y constante cambio de telegramas de los últimos quince días. Un irlandés-americano astuto y competente, que debía haber logrado su categoría actual, a fuerza de merecimientos. Un hombre con quien se podía contar...

Ahora habló sin grandes circunloquios, entrando de lleno en la material.

—Así, usted anda de lleno tras de ese enorme rubí chino...

—Sí. Y también del resto del tesoro robado. Pero el rubí es lo que más nos importa.

—Eso, y los ladrones, ¿no?

Por un momento, los dedos de Halloran apretaron con fuerza el cigarrillo.

—Sí, eso es. ¿Está enterado de lo que ocurrió en Shanghái hace veintiséis meses?

—Sí. Y también de su estrecha amistad con el capitán Norton y cómo ha ido trabajando usted todo este tiempo. En ocasiones hemos tenido entre nosotros a algunos militares como usted, especialmente durante la guerra. Muchos de ellos no llegaron a lograr grandes resultados... pero usted sí. Ha hecho una buena labor, demostrando ser persona competente. Bueno, nosotros tenemos ahora un dato directo acerca de ese rubí “Ojo de Buda” y las gentes que lo robaron.

—¿Están en Nueva York?

—Por cuanto nosotros sabemos, parece que es así. Escuche... —se inclinó un poco más sobre Halloran para que este pudiera oír claramente cada una de sus palabras por sobre el ruido del motor—. Hay en Nueva York un hombre llamado Bronsky, un “reducidor” con grandes vinculaciones internacionales. Es un tipo escurridizo del que sospechamos, entre otras cosas, que se dedica a vender piedras que los rusos meten en la valija diplomática, y con cuyo producto financian las actividades de los hombres que tienen aquí. Probablemente, ha sido encargado por ellos, o por Mao, de adquirir el “Ojo de Buda”, pues a lo que parece, los chinos tienen un respeto, supersticioso por la piedra.

—Así es, y Mao pagará lo que sea por obtenerla. Ella dará una especie de sanción legal a su régimen a los ojos de millones de chinos.

—¡Hum!... Sí que es curioso... Bueno, volviendo a Bronsky, que es ciudadano americano, le diré que andamos hace años detrás de él, sin resultados positivos. En más de diez ocasiones hemos allanado sus guaridas —es “oficialmente” dueño de dos comercios de antigüedades—, pero nunca pudimos hallar nada que nos permitiera seguir adelante con un procedimiento legal... hasta esta semana pasada.

—¿Qué ocurrió?

—Pues que vino a nosotros, bueno, no tuvo otro remedio, con una extraordinaria manifestación. Él había comprado ese rubí, pagando con un cheque, cuya suma no quiso decirnos...

—Y después le robaron la gema, ¿no?

—Ni más ni menos. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Es su táctica. Que yo sepa, lo han hecho ya otras tres veces. Pero ¿cómo es que no lo mataron?

—Erraron el golpe. En cambio, asesinaron a su jefe de ventas, un hombre absolutamente honesto.

—¡Hum! No cabe duda, eso es obra de la secta y de Li-Yung.

—Cierto. Al menos, esos son los nombres que nos dio Bronsky.

—¿Quiere decir que él ha hablado?

—Solo en parte. Uno de nuestros hombres vigilaba su tienda, principal cuando asesinaron al jefe de ventas. Vio salir disparado a un hombre llamando a la policía y le paró. El hombre estaba asustadísimo. Era uno de los empleados; había entrado en el despacho de Bronsky, encontrándose al jefe de ventas de bruces sobre la mesa con el cráneo partido, por un hachazo. Mi hombre no perdió el tiempo, me avisó por teléfono e impidió que nadie tocara el cadáver hasta que yo llegara. Di orden de apresar a Bronsky y le cogimos en un restaurante donde estaba cenando con cierta secretaria de la Embajada polaca. El hombre no sabía por qué le deteníamos y cuando, ya en el coche, le comuniqué lo ocurrido a su jefe de ventas, casi se desmayó... y no por el susto del asesinato. Le llevamos a su

tienda y lo, primero que hizo fue ir a su caja de caudales sin preocuparse gran cosa del muerto. Pero cuando vio que la caja estaba abierta, se quedó sin sangre. Fue entonces cuando se le escapó lo del rubí. Yo me eché encima de él, pues algo sabía ya acerca de ese rubí “Ojo de Buda”, y me le llevé de allí enseguida. El hombre estaba aplastado, y fue relativamente fácil sonsacarle lo de la compra del rubí... aunque nada más. Está ansioso porque atrapemos a ese Li-Yung y recobremos la piedra... para él. Parece como si el terror le hubiera estropeado el entendimiento.

—Si los chinos comunistas le dieron el dinero para comprar la joya, es lógico su terror, pensando que pueden no creer sus explicaciones o, aun creyéndolas...

—Sí, eso creo yo, Como sea lo hemos sacado de la circulación. Está detenido e incomunicado en el Departamento Central bajo la acusación de asesinato. Tales son las órdenes que nos llegaron de arriba...

—¿Asesinato?

—Sí, Acusado de asesinar a su empleado. Hay algo que no me atrevía a decirle ni aun en un cablegrama cifrado. Encontramos el arma usada para acabar con el jefe de ventas en un cajón del escritorio particular de Bronsky y tenía sus impresiones digitales.

—Entonces ¿fue él quien cometió el crimen?

—Yo no lo creo así... y usted tampoco.

Halloran sonrió.

—Está usted en lo cierto; el autor es alguien de la secta. Li-Yung es un demonio muy hábil... Lo ha propiciado todo de manera que, no solo la policía, sino los clientes de Bronsky, crean que él ha querido alzarse con el “Ojo de Buda”, el dinero, o ambas cosas a la vez, simulando un robo con asesinato. ¡Muy hábil, la verdad! Y ahora, él está de nuevo libre para pescar a otro cliente incauto.

—Me parece que ha dado en la tecla, Halloran. Bronsky nos ha dicho que él podría identificar al hombre que le vendió la gema y está dispuesto a llevarnos a la casa donde se efectuó el negocio, Parece ansioso de justificar su inocencia.

—¿Tiene alguna idea de que ese hombre haya podido ser Li-Yung?

—No, fuera del hecho de que el vendedor era un chino occidentalizado. Nos dijo que lo había tratado, en cierta casa de Chinatown. Sea como fuere, Bronsky conoce su nombre y también la reputación de que goza la secta, Bronsky es un granuja astuto y capaz, pero yo creo que ahora está atemorizado. Ahora, el asunto va a quedar en sus manos, Halloran.

—Gracias. Haré cuanto pueda por pescar a Li-Yung.

Desde lo alto y hacia el lado de proa sonaban campanas de señales, Warren se levantó tomando su sombrero.

—Ahora desembarcaremos, Halloran. No dudo que estará ansioso de verse nuevamente en los Estados y entrar otra vez en acción.

—Justamente. Oiga, Warren, le agradeceré disponga que uno de sus hombres lleve mi maleta a un hotel bueno, tranquilo y conocido, y allí se aloje con mi propio nombre, Tom Halloran. ¿Esa casa del barrio chino está vigilada?

—Desde luego. La tenemos así desde que Bronsky “cantó”. Cada uno de los agentes del Distrito y diez de mis muchachos están encargados de la tarea.

—Bien, entonces creo que será conveniente que yo lleve a Bronsky allá.

Warren le miró con cierta malicia mientras se ponía los guantes.

—Parece que usted trabaja aprisa, ¿eh?

Mientras avanzaba hacia cubierta, Halloran repuso por encima del hombro:

—He estado trabajando despacio durante veintiséis meses, y esta es la primera vez que me encuentro cerca de Li-Yung. Tengo grandes deseos de vérmele, cara a cara, y ese Bronsky ha de saber algo que me permita conseguirlo. Así, él será la primera persona con quien voy a tratar.

## CAPÍTULO VII

Lo encontró media hora después, en la central neoyorquina del F.B.I.

Alexis Sergeievitch Bronsky era un tipo de unos cuarenta años, pequeño y apuesto, pelinegro, de facciones agradables y cuidadas manos. Aún ahora, parado entre los dos agentes que lo habían traído desde los sótanos del edificio, se le veía atildado e imperturbable, pero en los negros ojos, y junto a las comisuras de la boca fina, en el lento retorcer de sus manos, Halloran leyó el terror a la muerte... y también a poderes implacables, demasiado, grandes para él. Al hablarle, Halloran lo hizo rápida y duramente, yendo derecho al grano. El ruso-americano, por su parte, contestó con un inglés claro y excelente, explicando cuanto ya dijera a Warren. Sí, él había comprado el “Ojo de Buda”... Describió la gema con precisión de experto, confirmando todos los recuerdos que de ella guardaba Halloran, pero se negó a decir para quién la compró y el precio que pagó por ella. De todas formas, Halloran no hizo mucho hincapié en aquellos datos. Suponía quiénes eran los clientes de Bronsky y no era aquello lo que le interesaba.

El preso siguió hablando. Dijo cómo le había sido robada la gema y asesinado el jefe de ventas para enredarlo de ese modo haciéndole pasar por su matador. Él era inocente, inocente en ese sentido, y estaba dispuesto a ayudarles en lo posible a encontrar al verdadero asesino y ladrón, para recobrar la piedra... o su dinero.

—¿Cree usted que ese hombre, Li-Yung, sea el jefe —y sin quitarle ojo, luego preguntó—: ¿Podría describir al hombre con quien trató?

—Ciertamente que sí, Era un chino grande... el tipo del viejo mandarín del norte de China. Yo conozco a ese tipo, pues en mi juventud viajé por China, viviendo en Harbin, Port Arthur, Pekín, Shanghái...

—¿Le reconocería si le viese de nuevo?

Una sonrisa fría y terrible, la sonrisa de un nombre dispuesto a matar por venganza, apareció en la cara de Bronsky.

—¡Sí, en cualquier momento y en cualquier parte!

—¿Cree usted que ese hombre, Li-Yung, sea el jefe de la banda conocida por “La Secta”?

Se extendieron las cuidadas manos en un gesto de azoramiento y pesar.

—Yo nada sé de eso. Li-Yung y “La Secta” son solo nombres vagos en un relato sin pruebas tangibles, al menos para mí —dijo astutamente—. Pero el hombre que me vendió el gran rubí, el hombre que luego me lo robó, asesinando a mi empleado y metiéndome en esta situación... ¡a ese le

reconocerla enseguida!

—¡Muy bien! —dijo Halloran, poniéndose en pie—. En ese caso va a tener su oportunidad —se volvió al inspector Warren—. Inspector, yo iré con este hombre a la casa donde dice se entrevistó con el vendedor del rubí. Si por su mediación logro atrapar a Li-Yung, puede contar con mi palabra y la de las autoridades a quienes represento, de que a su situación se le dará una consideración mayor, Bronsky.

—Un momento, Halloran —terció Warren—. No pensará ir solo con este hombre.

—Ese es mi deseo. Ustedes pueden seguirnos a prudente distancia.

—Eso es muy peligroso para usted, Halloran.

—Es posible. Pero dudo que Bronsky, ni yo mismo, importemos gran cosa en estos momentos. ¡Vámonos! Usted, Bronsky, vendrá conmigo. Pero le advierto que esta cosa que tengo ahora en mi mano, dentro del bolsillo del abrigo, es una pistola de reglamento. Y le agregaré que soy capaz de meter una bala donde pongo el ojo. ¡Andando ya!

Quince minutos después, la pareja estaba entrando en el Chinatown. Dejando el coche que les llevó hasta allí, siguieron el camino a pie. Bronsky iba dos pasos delante, su magro cuerpo enfundado en un grueso abrigo, acusando una tensión nerviosa que Halloran comprendía por completo. Así llegaron a Moon Street, la calle donde iban. Delante suyo, calzando silenciosas sandalias de suela de cáñamo, se movían algunas figuras humanas que lucían sombreros y chaquetas americanos, más con amplios y pesados pantalones chinos, llevando los brazos cruzados y las manos hundidas en las bocamangas.

Los letreros luminosos, redactados en inglés y chino, anunciando comercios de “chop suey” y otros donde se vendían objetos curiosos para atraer al turista, iluminaban bastante la calle; únicamente a lo largo de los muros de los edificios podía notarse un poco de sombra. Un autobús con turistas avanzaba pegado a la acera algo delante de ellos, y, de pronto, se sacudió para detenerse respondiendo al gesto del conductor accionando la palanca del freno. En el centro de la calle se estaba moviendo un grupo de alegres y jocosas gentes, que contemplaban la escena y el lugar con extrañeza, y la niebla no había permitido al conductor verlos hasta que estuvo casi sobre ellos...

Fue entonces cuando Halloran miró rápidamente a los lados y hacia atrás. Estaba seguro de que Warren y sus hombres no le perdían de vista, pero no pudo distinguir claramente a ninguno. Todos ellos eran gente bien adiestradas...

A lo largo de la calle, sobre la otra acera, probando las perillas de las puertas de los negocios pequeños que ya habían cerrado para la noche, apareció el agente de servicio en la zona. Iba silbando, mientras revisaba los cierres.

—Está bien, Bronsky, continuemos —ordenó en voz baja—. ¿En qué parte queda esa casa?

Bronsky no volvió la cabeza ni demoró su respuesta:

—A unos treinta metros, tres casas más allá, al otro, lado de la calle.

—¡Ah! —murmuró Halloran, mientras su diestra oprimía la automática—. ¿Es acaso esa gran casa de departamentos?

—La misma.

—¡Hum! Parece una cómoda y bien construida casa. Diría que es el mejor edificio de la calle.

—Ciertamente lo es.

—Andando, pues.

Descendieron a la calzada, cruzándola en diagonal hacia el edificio señalado por Bronsky. Este habló en voz baja:

—¿Ve usted esa hilera de tres ventanas al lado izquierdo, en el tercer piso? Bueno, allí fue donde vi el rubí por vez primera. Dos veces he estado allí.

—De acuerdo. El inspector tiene bien rodeada la casa y ahora que me fijo, veo que hay un agente cuidando cada puerta, me parece... ¡Vamos allá!

Al llegar a la puerta principal, Bronsky vaciló unos momentos, con las manos sobre el picaporte. Contra sus costillas, y no muy suavemente, Halloran le hundió la automática.

—¡Vamos! Y mucho ojo con las tretas.

Cualesquiera fuesen sus razones para haber vacilado, Bronsky no lo hizo ya. Levantó el picaporte y la puerta de cristales se abrió sobre goznes bien aceitados, cerrándose tras ellos automáticamente.

Se encontraron en un pequeño y bien cuidado vestíbulo. El piso de mosaico estaba cubierto por una alfombra, y en la pared izquierda se alineaban bastantes buzones. La luz era algo débil, llegando de un globo de cristal opaco que pendía del centro del techo. Más allá de la puerta interna, también de cristales, donde la escalera subía hacia los pisos, parecía acentuarse la oscuridad, Bronsky indicó un botón debajo de uno de los buzones.

—¿Debo llamar? —preguntó con voz afectada.

—¡Al diablo! ¡Vamos arriba!

Utilizando el pulgar, Halloran quitó el seguro a la pistola. Bronsky abrió la puerta interior y avanzaron por el desierto y silencioso pasillo hasta la escalera, ascendiendo por ella lentamente. Halloran miró hacia atrás, por encima del hombro... En el vestíbulo había ahora dos hombres enfundados en recios abrigos, pero las caras bajo las alas de los sombreros eran anchas y cuadradas, típicamente americanas. Dos detectives, dos de los hombres del inspector Warren guardándoles las espaldas. Bueno, eso no estaba del todo mal...

Sobre la gruesa alfombra que cubría la escalera, ni sus pasos ni los de Bronsky llegaban a oírse. Llegaron al primer piso, doblaron a la izquierda y subieron al segundo. Aquí, las narices de Halloran percibieron esos débiles olores orientales que revelan la identidad de los ocupantes de la casa en que se notan. El dulce y penetrante olor del “curry”, del incienso... los perfumes de China.

En el rellano del segundo piso, aunque un poco alejada de la caja de la escalera propiamente dicha, brillaba una luz tenue que la convertía en un pozo de sombras contorneado en lo alto por un cuadro de luz difusa y vaga. Bronsky miró hacia allí y Halloran también. Ninguno de los dos había oído el menor ruido y, prácticamente, a excepción de los ricos perfumes, no parecía que en la casa hubiese nadie.

Mas en la nuca de Bronsky, por sobre el cuello del abrigo, brillaba el sudor débilmente, y la respiración escapaba de su boca de un modo irregular. Sus piernas se habían vuelto vacilantes, Halloran, mirándole, pensó que aquel hombre sabía, en cierto modo, que iba hacia la muerte y en tal caso...

El primero de los dos puñales lanzados desde la oscuridad dejó en el aire un zumbido silbante, Halloran no pudo oír el segundo, pues el horrisono grito de agonía escapado de la garganta de Bronsky llenó el espacio con las reverberaciones de sus ecos. El golpe le había lanzado hacia atrás, sobre Halloran, que al recibirlo encima vaciló, salvando así la vida, ya que el destinado a su cabeza pasó a menos de dos centímetros de su oreja, yendo a clavarse, en el panel de madera del zócalo.

Aturdido momentáneamente, casi cegado por el caliente chorro de sangre escapado, de la cabeza de Bronsky, ahora estremeciéndose convulsamente junto a sus pies, disparó hacia arriba sin mirar siquiera, calculando posición y distancia por mero instinto, mientras se separaba a un lado rápidamente. Y al hacerlo, el cuerpo de Bronsky rodó escalones abajo con un ruido sordo, hasta el rellano...

## CAPÍTULO VIII

Un segundo más tarde, Halloran había arrancado el puñal chino de corto mango clavado en el zócalo y estaba subiendo aceleradamente la escalera, pegado a la pared, con la pistola en la diestra y el puñal firmemente sujeto en la otra mano.

Llegó al nivel del tercer piso y con rapidísimos movimientos dobló hacia un lado, agachándose en posición de ataque, tendida hacia adelante la cabeza manchada de sangre y preparado para disparar.

Pero en el relleno no había nadie. Hacia su derecha, y un poco detrás de él podían verse en la pared estucada las profundas huellas de los dos proyectiles que había disparado. Sus tiros, por lo forzado de la trayectoria, habían sido altos...

Maldijo roncamente para sí. Él mismo había llevado estúpidamente al ruso hacia la trampa mortal ideada por “La, Secta”... y también él había escapado a la muerte por puro milagro.

De abajo llegaban órdenes apagadas y el ruido de muchos pies subiendo la escalera. Debían ser Warren y sus hombres y, si era así, habían bloqueado toda vía de escape por abajo.

Rápidamente, avanzó por el corredor buscando los resguardos y maldiciendo el ruido que estaban haciendo los ocupantes de los pisos inferiores, mientras pensaba furiosamente en la situación.

El edificio estaba rodeado por la policía, que bloqueaba toda posibilidad de escape. A la derecha, sobre el lado sur de la casa, se abría otra calle... y ninguna edificación hacia el este. Solamente la parte norte estaba edificada y el edificio de aquel lado tenía un par de pisos más. El asesino, solo podía hacer dos cosas: ocultarse en uno de los departamentos de la casa o subir hasta el tejado, enfilando luego a la aldea. Un viejo y conocido método de escape... que podía resultarle bien.

Una lamparilla eléctrica pintada de rojo que ardía sobre el rellano del sexto piso permitióle vez la escalera que llevaba al techo. Pero la gran puerta-trampa de acceso al tejado estaba cubierta por una gruesa capa de polvo, y era más que evidente que no había sido tocada desde hacía meses. De todos modos...

Ascendió por la corta escalera de acceso y levantó la trampa con la mano izquierda. Los potentes rayos de una linterna eléctrica cayeron sobre sus ojos, cegándole, pero no tanto que no pudiera ver el negro cañón de un revólver calibre 38 a menos de medio metro de su cara. Y desde la masa oscura de más atrás oyó resonar una triunfante voz irlandesa:

—¡Ven acá, maldito chino asesino! ¡Ya puedes soltar las armas y subir con los brazos en alto! ¡Ganas no me faltan de meterte un par de balas en la cabeza, pero será mejor darte antes una buena paliza! ¡Venga, suéltalas!

—¡No sea idiota, hombre! —aulló Halloran, enfurecido—. ¡Soy ayudante de Warren, del F.B.I.! ¡Maldita sea, casi me ha dejado ciego con su dichosa linterna! ¡Apártese!

El policía titubeó desconcertado, pero separó la linterna cuando dos de los hombres de Warren llegaron pistola en mano al rellano.

—Este hombre dice ser ayudante del inspector... —habló, dubitativo.

Uno de los dos era un teniente-detective que Halloran conociera en la central. Asintió y se acercó al pie de la escalera.

—Baje, Halloran. El asesino ha de hallarse dentro del edificio.

—¿Dónde está Warren?

—Abajo. Estamos revolviendo la casa de un extremo a otro. ¿Alcanzó a ver al asesino?

—No —en su interior, Halloran estaba trémulo de rabia, por su fracaso—. Todo lo que llegué a escuchar fue esto —añadió, levantando la mano que sostenía el arma—. Era para mí. La otra... bueno, la otra se clavó en la cara de Bronsky.

—Sí —murmuró el teniente-detective—. Un golpe terrible, de maestro... Casi le seccionó la cabeza. ¡Malditos chinos!

—Tome esta, como evidencia. Vamos abajo.

Descendieron la escalera, mientras los otros policías quedaban de guardia en el rellano.

La casa era ahora una babel de salvaje confusión.

Fornidos, eficientes y nada suaves policías uniformados y del F.B.I., habían invadido cada departamento, inspeccionando todas las habitaciones y todos los rincones de la casa. Los moradores, obedeciendo órdenes apoyadas por una gran exhibición de pistolas, se hallaban parados en el vestíbulo. Una larga fila de hombres, mujeres y niños de todas edades mirando asustados a los ceñudos agentes. Habían echado una manta sobre el cadáver de Bronsky y, no obstante, resultaba siniestro, el bulto junto a la barandilla, Warren fue al encuentro de Halloran con cara sombría.

—Ya le dije que era peligroso, de buena se ha librado.

—¿Qué fue lo qué pasó?

Halloran hizo el relato, con voz fría. Y el ceño del inspector se frunció aún más.

—¡Hum! Cada vez me gusta esto menos... Creo que el asesino no ha salido de la casa. Voy a interrogar en caliente a todos estos amarillos...

Rápidamente, entre él y el teniente de detectives se dedicaron, de lleno a la tarea mientras Halloran actuaba de espectador. Dos largas horas tardaron en interrogar a los cincuenta y tantos ocupantes adultos de la casa, mientras los agentes buscaban armas o pistas por toda ella. Pero fue

todo inútil; así, al menos, se vio forzado a confesarlo el inspector.

—Nada en limpio... Esta es la mejor y más respetable casa de apartamentos de todo Chinatown. Cada uno de estos hombres y mujeres es conocido por la policía, yo mismo conozco a bastantes de ellos; ninguno está fichado ni se abriga la menor sospecha acerca de su modo de vivir. Muchos de ellos son comerciantes, abogados, médicos... el tipo más elevado de chino que tenemos. Y no se ha encontrado ninguna clase de arma sobre ellos ni en las habitaciones. Cualquiera diría que...

—¿Ha averiguado quién vive en ese departamento del tercer piso, a la izquierda, el que da sobre Moon Street? Me fue indicado por Bronsky desde la calle como guarida de “La Secta”.

—Espere un momento... ¡Larry, venga acá!

El teniente de detectives se les acercó, quitándose la más que mordida colilla de cigarro de entre los labios.

—Diga, Warren.

—¿A quién se encontró en el departamento del tercer piso, a la izquierda, que mira sobre Moon Street?

—A nadie. Tuvimos que forzar la puerta. La persona que la ocupó debió haberse ausentado hace horas, pues...

Se interrumpió, mirando hacia la escalera. Dos jóvenes de gesto duro subían conduciendo entre ambos a otro vestido con rico abrigo forrado de piel y tocado con un sombrero negro. Y el hombre era un chino...

## CAPÍTULO IX

El trío llegó donde esperaba el grupo de hombres expectantes y uno de los agentes saludó al inspector.

—Acabamos de pescar a este sujeto, cuando entraba por la puerta principal, inspector. Dice que es el inquilino del departamento izquierdo del piso de arriba. En el casillero de la correspondencia no aparece su nombre, pero el dueño de la casa, que vive en la planta baja, dice que es así.

—Si los caballeros fuesen tan amables de oírme, todo puede ser explicado —habló el chino, levantando la cabeza. Todos pudieron ver entonces su cara descarnada, terrosa, surcada de arrugas alrededor de los ojos, negros y enigmáticos y la boca de labios delgados—. Fue ayer mismo, señores, cuando firmé el contrato de arrendamiento y anoche me mudé aquí. Según se me ha dicho, el antiguo inquilino ha desaparecido... En lo que a mí se refiere, hace solo, unos días que decidí establecerme de forma definitiva en los Estados Unidos y por ello fijé mi residencia aquí, en este encantador barrio chino de Nueva York.

Hablaba con calma y precisión absolutas, casi con pedantería. La voz salía clara de su boca, con el ligero temblor del hombre que empieza a envejecer. En la pronunciación, y en el tono de algunas palabras, se notaba un dejo extranjero inconfundible para el corro de expertos que le escuchaban.

Fue Halloran el primero, en interpelarlo bruscamente:

—¿Es usted chino, entonces?

—No, no soy chino, Nací en Corea...

—¿De veras? —los ojos de Halloran miraban ahora con fijeza las largas y bien cuidadas uñas de las manos del desconocido. Después se fijaron en sus ojos.

—Cuida usted sus manos al estilo de los mandarines de las provincias centrales de China —habló duramente—, y creo que nos está mintiendo. Warren, quiero, hablar detenidamente con este hombre. Haga que Larry sonsaque al dueño de la casa. Y ahora, usted —se volvió al chino de nuevo —, venga conmigo a su departamento.

—Será un verdadero placer...

El hombre se inclinó, haciendo un saludo completamente europeo al grupo de policías, y luego echó a andar hacia la escalera con la mayor calma, sin lanzar una ojeada al cadáver tapado con la manta.

La puerta de su departamento estaba abierta, con la cerradura

completamente saltada. Sin denotar haberlo observado, el desconocido pasó al interior y luego se hizo a un lado para que todos los demás entraran. Los agentes habían dejado encendidas todas las luces del piso, pero el hombre no intentó aminorar o apagar ninguna. Quitándose el abrigo y el sombrero, los tiró sobre un lujoso diván, e indicó a los policías y a Halloran que podían sentarse en los delicados sillones y divanes del aposento.

—Por favor, caballeros, siéntense...

Halloran no pareció haber oído su invitación.

—Siéntese usted ahí —le ordenó duramente. Y el hombre obedeció, sentándose a plena luz. Ante él se plantó Halloran, sin hacer caso de la sangre seca que le manchaba cara y ropas. Con rápida ojeada que abarcó toda la estancia, sin perder detalle, pudo darse cuenta de la pequeña fortuna en objetos de arte chino que había en ella. Cada una de las piezas orientales era, en su estilo, un exquisito ejemplar de hermosura y riqueza. Las colgaduras de las paredes, los vasos y jarrones de jade, los marfiles prolijamente tallados y con incrustaciones delicadas, las bandejas de laca, los pequeños y valiosos Budas... y hasta las lastimeras alondras, despiertas por la excesiva iluminación, que se hallaban en una jaula situada en un rincón. Volvió los ojos hacia el dueño de tanta riqueza.

Allí, bajo la plena luz, desprovisto del sombrero y el abrigo, el hombre parecía mucho más viejo, astuto y delgado. Su cabeza era completamente calva y del color de una vieja hoja de pergamino que hubiese estado alejada de la luz diurna durante siglos. El cráneo era alto y prominente, descendiendo en fina curva hasta las pequeñas y profundas cavernas de sus ojos. La cara, limpiamente afeitada y sin carne, mostraba pliegues de piel en las proximidades del cuello. El cuerpo semejaba ser muy delgado y vestía ropas de perfecto corte europeo, cuello alto y duro con vistosa corbata y zapatos brillantes. De vez en cuando, un lado del rostro se le convulsionaba con una especie de “tic” nervioso.

Todos estos detalles fueron observados por Halloran y se quedaron grabados en la mente. Volvió a hablar al hombre, clavándole en los ojos la mirada... pero los ojos del otro aguantaron firmes e impenetrables.

—Veamos. Ahora me gustaría que nos dijera usted algo acerca de sus uñas —dijo, ominoso.

Algo que podría ser una sonrisa, la sonrisa de un hombre, ante un muchacho, de rudas maneras, hizo nacer nuevas arrugas sobre la cara del desconocido.

—Caballeros —dijo suavemente—. Creo que nos hallamos en América. Me parece que estamos en la ciudad de Nueva York. A no dudarlo, deben ser ustedes oficiales de la policía, aun cuando nada acerca de eso me hayan dicho todavía. Todo esto me parece comprensible, dado que, por lo visto, ha ocurrido algo en esta casa, Pero me parece que mis costumbres

personales, tales como el arreglo de mis uñas, nada pueden importarles... Ahora bien, estoy dispuesto a identificarme. Me llamo Pak-Tsan, soy comerciante en antigüedades y de nacionalidad coreana. Salí de mi país, de Seúl, cuando las invasión de los del Norte y fui a Tokio. Hace poco decidí instalarme en Nueva York...

—¿Dice usted que vivió en Seúl? —interrumpió Halloran, inclinándose sobre él.

—Sí, señor. Yo nací allí y he estado conduciendo mis negocios durante años...

—¿En qué parte de Seúl nació? ¿Y dónde vivía usted?

—En el barrio llamado Shigama. Tenía mi negocio en Chorno Nai 2...

Halloran había estado varias veces en Seúl y conocía bien la ciudad. También el barrio Shigama, edificado por comerciantes ricos y amigos de los japoneses. Chorno Nai era la calle de los bazares de antigüedades... Pero aquello apenas si probaba nada. Se inclinó un poco más.

—Continúe. Y cuéntenos algo más acerca de sus uñas.

El coreano levantó sus largas y un tanto temblorosas manos mirando a sus uñas en forma de almendra y delicadamente cuidadas.

—Bien... podría decir a estos caballeros que mi padre era un comerciante coreano, pero mi madre del Kwang Tung, en la China...

—¿Habla usted, entonces, cantones? —inquirió Halloran en el lenguaje gutural y armonioso que dominaba tanto como el inglés. Y vio destellar ligeramente los ojos del oriental.

—Sí, perfectamente —contestó Pak-Tsan en el mismo dialecto—. Lo he hablado siempre.

—Pero ¿y las uñas? —insistió Halloran de nuevo en inglés, tratando de coger al hombre en un renuncio—. Únicamente una persona de la casta de los mandarines, y procedente de las provincias centrales, o cuanto menos de total sangre china, se atrevería a usar las uñas de esa manera.

El oriental plegó los labios en burlona sonrisa, mostrando una hilera de dientes sorprendentemente blancos y perfectos.

—¿Cree usted que en Corea tienen validez tales cosas? No, al menos para mí... Esto es una costumbre personal por la que siempre me sentía atraído y que mantengo desde hace largos años. Pero no dudo que los señores estarán muy ocupados. Es tarde, pasa ya de la medianoche... Les ruego me permitan identificarme con mi pasaporte y otros documentos. El dueño de esta casa podrá testimoniar acerca de mi persona y...

Warren lo interrumpió nuevamente, señalando al teniente Larry, que había regresado, hablándole algo.

—Mis hombres han interrogado al dueño de la casa, míster Pak. Él dice que es usted persona honorable. Pero permítame una pregunta. ¿Cómo es que un hombre de su nacionalidad y sus riquezas se viene a vivir aquí, al Chinatown?

Las manos largas y cuidadas se elevaron en elocuente gesto.

—Mi madre, como les he dicho, era china. Además, soy comerciante y conocedor de antiguos objetos chinos. China está ahora agotada por las guerras y bajo la opresión de los comunistas de Mao. Ya no es posible ni beneficioso exportar como antes verdaderas antigüedades chinas desde el propio país. Mi objeto al venir a América es buscar y tratar de obtener verdaderas antigüedades chinas que fueron traídas aquí en los lejanos días de la paz, y buscar para ellas buenos compradores de New York, Chicago y otras ciudades del continente. De modo que es natural, bajo mi punto de vista, claro, que haya encontrado necesario venir a establecerme en el Chinatown...

Levantóse mientras hablaba, y con gesto medido fue hasta una pequeña mesa maravillosamente esculpida, de una rara especie de madera negra. De uno de sus cajones extrajo un sobre de papel manila del cual sacó un pasaporte y documentos que entregó a Warren y Halloran.

—Aquí tienen, caballeros. Y si desean ponerse al habla con el cónsul de Corea, ahí está el teléfono.

—No hace falta, déjmoslo estar —denegó casi con gesto impaciente el inspector. Había captado la rápida mirada de Halloran mientras el oriental les volvía la espalda para recoger los documentos—. Perdone nuestra intromisión, mister Pak. Pero esta noche ha sido asesinado un hombre en este edificio y comprenderá que este interrogatorio no ha sido otra cosa que mera rutina. Desde ahora, no se verá molestado por la policía. Buenas noches y muchas gracias...

El oriental saludóles con respeto. Y Halloran notó una ligera y grave sonrisa en su cara arrugada mientras cerraba la puerta tras ellos.

Hasta que no se hallaron fuera de la casa y a prudente distancia de cualquier transeúnte, Halloran no dijo lo que llevaba en la mente. Allí llamó a un lado al inspector.

—Escuche, Warren, Este coreano me parece un tipo muy extraño, No estoy seguro de nada, excepto de una cosa: en cualquier momento y lugar, un chino está siempre de parte de otro chino. Me refiero al dueño de la casa y la coartada de ese Pak-Tsan. Y voy a averiguar lo que haya de verdad. En cuanto pueda hacerlo sin despertar sospechas, evacúe a sus hombres de la casa y los alrededores ostensiblemente. Por mi parte, voy a regresar allí para hacer algo que solo yo puedo hacer... No se preocupe usted —añadió al notar el gesto de Warren—. Conozco a los chinos y sus métodos mucho mejor que usted o cualquiera de sus hombres y las cosas irán bien. Pero desde ahora hasta que les llame deben dejarme carta blanca. Este es asunto de un solo hombre. Y después de todo, ese coleccionista coreano podía resultar una persona decente... aunque yo no esté muy seguro de eso. Nos veremos más tarde.

Warren ya conocía a su hombre. Asintió con un gesto de cabeza.

—De acuerdo, Halloran —dijo—. Pero estaremos a mano, por si acaso.

## CAPÍTULO X

La Moon Street aparecía soltaría cuando Halloran volvió a ella, Los comercios estaban ya todos cerrados y las luces ya no brillaban en la calle. En su lugar, flotaba en el aire una niebla delgada, tenue, que el viento impulsaba desde el East River y el Battery Park. El aire era frío y Halloran pareció ser el único transeúnte. Ni siquiera el agente de servicio estaba a la vista...

Avanzó con paso ligero, la cabeza agachada, la mano derecha empuñando la automática dentro del bolsillo del abrigo. Se mantenía pegado a las paredes, el ceño fruncido, alerta la mirada, el cuerpo tenso, todo él listo para afrontar cualquier emergencia.

Y mientras avanzaba iba diciéndose que él no era un detective profesional. Warren era un hombre infinitamente mejor que él para la tarea que ahora iba a afrontar... Pero él tenía una ventaja sobre los otros; sabía olfatear a un granuja embustero oriental cuando lo tenía delante. Y en el hombre que se decía llamar Pak-Tsan y ser de Seúl estaba positivamente seguro de haber visto a un embustero. Con uñas bien cuidadas o no...

Detuvo sus pasos y quedó adosado a la pared de la casa fronteriza a la que constituía su objetivo. Al otro lado de la solitaria calle, el edificio en cuyo tercer piso vivía Pak-Tsan y donde horas antes, Bronsky, el único hombre que hubiera podido identificar a Li-Yung o a cualquier otro miembro de "La Secta", había sido asesinado, permanecía oscuro y silencioso...

Tom Halloran no estaba satisfecho de aquel edificio y sus moradores. La sutilidad, las fuerzas deductivas, la paciencia de un verdadero detective no estaban en su naturaleza. Él era un soldado, ante todo y sobre todo. Mas en varios años de vida intensa y peligrosa había llegado a descubrir un axioma que no le fallaba. Siempre era mejor ir hasta la misma fuente de la dificultad, ya se tratase de un batallón suicida japonés o de una banda de asesinos chinos, antes que dejar que fuesen ellos los que vinieran a por uno...

Examinó detenidamente el dormido edificio. Ansiaba regresar a él y ver de nuevo al hombre que se decía coreano y perito en antigüedades...

A su derecha, directamente enfrente de donde se hallaba, abríase una ancha calle separando la casa del crimen de los otros edificios del sur. El edificio del norte, tal como vio al llegar a la calle por primera vez, era bastante más alto. Por tanto, en alguna parte de la calleja debía existir una

escalar para casos de incendio...

Miró arriba y abajo de la calle con ojos entrenados. Tres hombres subían ahora por ella, pero aún estaban a más de una cuadra de distancia.

Eran chinos, podía notarlo por su modo de andar, la amplitud de los pantalones y la posición de sus brazos, pero caminaban abiertamente bajo la luz de los faroles y separados uno de otro. Con ligera sonrisa, Halloran se dijo que aquellos tres eran honrados. Posiblemente regresaban de alguna reunión.

Pero esto no le interesaba. Posiblemente, varios hombres, y, tal vez grupos, seguirían pasando por la calle. Tenía que obrar aprisa y aquel era el momento.

Cruzó la calle y, resueltamente, sin preocuparse de los otros, se introdujo en el callejón.

Era amplio, especialmente para el barrio chino. Algunos cajones y viejos armazones para conducir frutas, así como tiestos y desperdicios, se veían diseminados por todas partes; las sombras, de las altas paredes mantenían el lugar completamente a oscuras, pero en el otro extremo, donde salía a la calle, paralela a Moon Street, brillaba un farol. Si allí había alguien, él tendría una buena oportunidad de verlo, pues perfilaría su silueta contra la lejana irradiación...

Las sombras de la calleja lo envolvieron todo, y sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Con gesto casi mecánico, sacó la automática del bolsillo y le quitó el seguro. Más allá de donde él estaba, como a unos seis metros y sobre todo el otro lado, pudo ver la silueta de la escala de acero y los peldaños inferiores perfilándose contra la luz lejana.

Todo parecía salir bien... Examinó la lisa oscuridad de la pared para ver cuán próximas se hallaban las ventanas del departamento del tercer piso a la escalera de escape y calculó que no era mayor de tres metros la distancia. La pared estaba lisa y oscura hasta el segundo piso. Todos los departamentos del primero y la planta baja debían buscar su luz y aire desde un patio interior, o desde la Moon Street.

Despacio, y sin hacer el menor ruido, Halloran avanzó hasta la escalera de incendios... y entonces oyó a sus espaldas una exclamación larga, baja y bastante familiar. Para él, que la había oído desde que era una criatura, resultaba tan familiar que casi le pasó desapercibida. Las palabras volvieron a sonar nuevamente.

—*Lao yea ta-tai! Ee'mao ch'ien!*<sup>{1}</sup>.

Aquel era el saludo común de los pordioseros de la calle en la vieja China... Halloran se detuvo, volviéndose rápido hacia Moon Street, desde donde parecía haber venido la voz. De golpe había vuelto a su memoria el recuerdo de cuándo oyó aquella misma frase por última vez: cuando se encontraba montando guardia delante del depósito del tesoro allá en la Legación, mientras su camarada Jack Norton vigilaba en el interior de la

cámara, ignorante de que la muerte llegaría a por él dos horas más tarde...

Todos sus nervios estaban ahora tensos. Y tan suavemente que ni él mismo pudo oírlo, habló para sí:

—¿Conque una monera, eh? Y en el dialecto pekinés cuando nueve décimas partes de los hombres y mujeres de aquí proceden del sur y el Kwang Tung... “¡Soy una pobre vieja, gran señor...!”. ¡Mil rayos! Y son más de las tres... Bueno, voy a... ¡Maldición!

Su movimiento fue rápido, pero llegó tarde. No tuvo tiempo para disparar, ni siquiera para descargar un golpe con su mano, libre o lanzar un grito. La forma humana que le atacó cayó pesadamente sobre él desde la oscuridad de más arriba, una garra apretó con terrible fuerza su muñeca armada, torciéndola en una presa feroz, y una soga rodeó a manera de garrote su garganta.

Halloran se debatió con todas sus fuerzas, con toda su ciega furia al sentirse atrapado en una de las más viejas formas de trampa; su puño izquierdo castigó al agresor traicionero y se debatió fieramente, pugnando por zafarse de la cuerda que le asfixiaba, mientras el aire iba escapando de sus pulmones silbantes. Con rápido gesto, llevó su mano izquierda hacia la cabeza y el cuello del hombre que presionaba contra su espalda, mientras su diestra intentaba moverse hacia arriba y adelante, empuñando la pistola.

Un momento después, todo se borró ante sus ojos y se sintió hundir en los abismos de la inconsciencia.

## CAPÍTULO XI

Un líquido quemante y fuerte, que Halloran reconoció como coñac, llevóle a un estado de semiinconsciencia. En su cerebro se reprodujo lo sucedido en el callejón. Alguien le había atrapado en una trampa... ¿Dónde estaba ahora?

No se movió, ni hizo el menor movimiento delator de que había recobrado el conocimiento. Necesitaba coordinar ideas, reponer energías... No tendió las manos para saber si estaba atado, ni mucho menos abrió los ojos, pero de inmediato, tuvo la sensación de varias cosas.

Se encontraba en una habitación amplia, bien iluminada, con buena calefacción y alumbrada, no estaba amarrado, puesto que no experimentaba sensación de ligaduras en ninguna parte del cuerpo; varios hombres, posiblemente dos o tres, estaban a su alrededor y eran chinos. Podía oír sus respiraciones y notar sus característicos olores. Además, el sitio tenía los aromas peculiares a los templos chinos. Olía a incienso, “balak”, “curry” y otros perfumes exóticos, además del acre olor de esas láminas de papel que se queman como ofrenda en la casa de Buda. Aquel debía ser el lugar secreto, la guarida de Li-Yung... y de “La Secta”.

Por encima de él se oyó el rumor de pesadas sedas y una voz impaciente, aguda y profunda, preguntó:

—¿Le diste ya el licor?

—Ciertamente, “Tuchún”. Su cuerpo comenzó a moverse antes de que yo fuera a llamarte.

—¡Despiértalo entonces del todo!

—Obedezco tus órdenes, “Tuchún”...

La voz del segundo hombre era ronca y gutural, con el tono servil de un criado. Halloran oyó el suave roce de las sandalias del hombre sobre la alfombra, yendo hacia él, y el fru-frú de los pantalones de seda. Casi enseguida recibió el puntapié.

Aquel puntapié fue descargado sabia y certeramente entre el extremo de las costillas y el vacío, pero Halloran estaba ya listo para el ataque y apenas la punta de la sandalia tocó su cuerpo, se revolvió con increíble rapidez, sus manos lanzáronse veloces atrapando el tobillo y trataron de quebrarlo mientras tiraba hacia sí con un potente impulso de sus hombros y espalda.

Cuando el “coolie” caía sobre él gritando de dolor y temor, sus manos se corrieron veloces hacia la cintura de los pantalones de seda en busca de un arma; su diestra sintió el frío de la empuñadura de un cuchillo y,

tirando de ella con rapidez, rodó sobre sí mismo y se puso, de rodillas con el arma preparada.

—¡Basta de eso, Halloran! ¡No sea estúpido!

Las palabras fueron dichas en inglés, pero el acento era el mismo suave e inconfundible del hombre llamado Pak-Tsan.

Halloran miró en rededor. Seis hombres estaban rodeándole y todos, a excepción del que lo hablara, empuñaban pistolas y cuchillos. Hallábanse parados a media docena de pasos de él, en una especie de semicírculo cuyo centro ocupaba el hombre que había hablado y volvió a hacerlo mirando al tenso Halloran.

—Suelta ese cuchillo, hombre. Si lo levantas o haces el menor movimiento, mis hombres dispararán contra ti en el acto. No a matar, no harán sino herirte, quebrarte los brazos. Y entonces tu tortura será peor.

Lentamente, luchando contra sus impulsos de pelear, dominando en lo posible el afán de lucha que ardía en su interior, Halloran soltó el puñal y se puso en pie.

—Está bien —dijo en cantones—. Has ganado, Li-Yung.

—Sí —murmuró el chino con una voz casi suave—. Creo que es la primera cosa cierta que has dicho esta noche.

Luego se hizo a un lado, indiferente, como si el fornido oficial no tuviera para él la menor importancia. Sus ojos miraron a los “coolies” con un brillo metálico y se puso a hablarles rápidamente.

—Llevaos a este estúpido, y hacedle sufrir un poco retorciéndole los huesos.

—“Tuchún”, ¿me querías conceder ese placer? —preguntó el “coolie” al que Halloran había quebrado la pierna. Dos de sus compañeros le estaban levantando y sus ojos feroces no se apartaban de la cara del oficial, mientras sus anchas y fuertes manos se abrían y cerraban como si ya estuviesen gozando en la tortura del “diablo color de arroz”.

Li-Yung asintió:

—Sí, parte de la tarea será tuya, tonto. Pero no me parece que habrá de ser preciso el rito verdadero de la tortura para con este hombre. El “Kwang-wei” no tiene coraje, es un cobarde. Mirad si no. Yo estoy solo, alejado de vosotros, y no hace la menor tentativa de saltar sobre el hombre al que ha estado buscando por el mundo entero.

Los “coolies” rieron sus palabras, lanzando gritos guturales de placer. Pero Halloran, el fornido hombre blanco, parecía insensible a los sarcasmos. Se mantenía inmóvil, ligeramente encogido, los quemantes ojos fijos en el hombre que no había negado ser Li-Yung, el diabólico cabecilla de “La Secta”. Y de pronto, rompió a hablar en cantones, con voz sorprendentemente calmosa y serena:

—¡Li-Yung, eres un asqueroso asesino, un ladrón y un miserable embustero! ¡Vistiendo las ropas de un mandarín de la China Imperial...!

Hace apenas unas horas vestías ropas occidentales, como el perro granuja que eres.

Se detuvo, esperando que el otro se sulfurase. Pero una risita baja, casi nueva, fue la única respuesta que tuvo.

—Tú no eres más que un perro ladrador blanco, Halloran... ¿Recuerdas mis uñas? —desde los pliegues de su maravilloso traje de seda, propio de un mandarín de clase superior, tendió al frente sus manos, mostrándoselas—. Pude engañar a esos estúpidos policías valiéndome de la vieja treta de una contorsión física, con un buen pasaporte y una máscara de verdadera piel humana... y fuiste tú solo quien pude penetrar a través de mi disfraz, ¿no es eso lo que crees, idiota?

Rio, levantando los anchos hombros bajo los pliegues de sus ricas vestiduras y haciendo que la pluma colocada en su casquete de seda negra bailara a causa del movimiento.

—Esas uñas cuidadas y largas estaban exclusivamente destinadas para ti, idiota e hijo de tontos —prosiguió—. Para con eso atraerte aquí, tal como estás ahora, solo y sin defensa. Jamás, en ningún momento anterior durante estos dos últimos años, pudiste estar a menos de un millar de millas de mi persona. Y en la actualidad has dejado de ser peligroso, eres menos peligroso que el cerdo que guardaba el tesoro en Shanghái.

La mano larga y graciosa del hombre indicó con un gesto la habitación en que se hallaban, los valiosos objetos que la amueblaban, las esteras, los exquisitos budas de jade... Probablemente, todo, aquello era producto del botín obtenido en cientos y cientos de robos con asesinato.

—En una docena de ciudades —siguió diciendo— llegaste a estar en lugares míos, como este de aquí, y en todas hablaste de mí con hombres que no perdían tiempo con informarse acerca de lo que estuviste hablándoles.

—Y a pesar de eso te diste el lujo de dejarme con vida, ¿eh? Para dejar, finalmente, que pudiera hallarte aquí... ¡Maldito embustero!

Una pequeña y brillante luz apareció en los rasgados ojos de Li-Yung, Pero su expresión calmosa no cambió.

—No, ahora no estoy mintiendo, Halloran, Ha llegado el momento de las grandes verdades. No eres más que un iluso, un tonto de remate. Tras de tu persona has ido dejando un rastro tan grande como el que podría dejar un elefante al cruzar una jungla. Estuviste parloteando como un loro, gruñendo como un mono... Por los lugares donde pasaste, debido a tu charla sin medida y tus estúpidas preguntas, los hombres aprendieron mucho sobre mis métodos y acerca de esa riqueza manchú, de cómo yo la vendía para ir a tomarla de nuevo. Soy un hombre de negocios antes que nada, Halloran, y te digo que has llegado a molestarme, a lesionar mis intereses. Lo cual se paga con la muerte. Estos hombres que trabajan para mí, que han hecho el juramento de “La Secta”, te la darán ahora.

Se produjo un denso silencio tras su amenaza. Frente a frente del semicírculo de asesinos, los ojos de Halloran miraron más allá de ellos, a uno y otro lado de la estancia.

Grandes y valiosas colgaduras de seda, adornadas con hojas de oro y trabajadas con finísimos bordados siguiendo los modelos de las dinastías Ming y K'ung, cubrían las paredes. La pieza carecía de puertas y ventanas, al menos no podía descubrir ninguna... No existía ningún medio de escapar, ni sabía tampoco dónde estaba ni cómo sus enemigos le habían traído a aquel lugar. ¿Cómo iba a conseguir salvar la vida?

La voz aguda de Li-Yung estalló con la violencia de un latigazo, Había perdido su acento suave de poco antes, y ahora resonaba plena de odio venenoso.

—Sí, repito, que eres un gran tonto, un sujeto peligroso aun para tu persona; tan grande es tu estupidez... —de improviso, de entre los pliegues de su vestimenta sacó a relucir una negra automática, que Halloran reconoció como la suya propia. Por un momento estuvo estudiándola y después volvió a mirar a su prisionero—. Probablemente tu misma pistola te matará —dijo sarcástico—. Al hombre a quién has quebrado la pierna le he prometido el placer de matarte, ya lo has oído. El que no tiene muy buena puntería, su arma es el hacha, o el puñal, pero no la pistola. Casi seguro necesitará seis... siete... quizá ocho balas para acabar contigo. Pero como vas a estar amarrado, no podrás intentar nada.

Halloran inició un movimiento de ataque... y enseguida brotó un murmullo ronco en el grupo de asesinos. Podía ver la tensión de los dedos sobre los gatillos de las armas.

En los labios de Li-Yung se esbozó una sonrisa al notar su actitud.

—Como verás, no tienes ninguna esperanza de escape. Todos estos hombres están ansiosos de acabar contigo, pero antes yo he de hacer algo. ¿Recuerdas lo que decía Confucio?: “A un perro no ha de considerársele bueno por el hecho de que ladre mucho... ni a un hombre porque sea buen hablador..”. En cierta ocasión, estando en Bali, hablaste durante toda la noche con un “dacoit” que estaba enfermo en una choza. Él era un capitán de ladrones y estaba enterado de muchas cosas que no debía saber. Era parecido a ti, un buen hablador antes que un hombre capaz. ¿Qué es lo que te dijo aquella noche acerca del gran maestro de todos los ladrones... de Li-Yung?

Los ojos y la boca de Halloran sonrieron levemente, Ahora comprendía. Durante el último cuarto de hora cada uno de los gestos y palabras efectuados en aquella habitación no habían tendido a otra cosa que a esto. En lo hondo del rencor de Li-Yung hacia él bullía el temor, un gran temor por todo lo que pudiera saber. Y el pequeño “dacoit”, mísero como una rata, el que hablara meses atrás en la lejana isla de Bali, únicamente podía haberle dicho una cosa acerca de Li-Yung que pudiera producir tal temor.

Esa cosa era la manera de matar de Li-Yung, lo cual significaba el secreto del robo de Shanghái y la muerte de Holden y Norton.

El “dacoit” había sido por propio derecho un maestro del crimen, y casi todos los secretos y métodos de cada uno de estos le eran conocidos y era eso mismo lo que estaba temiendo Li-Yung. Lo que le hubiese dicho a él... Eso, y no otra cosa, le había llevado a atraparlo, el deseo de saber si él, Halloran, conocía, y había revelado a otros, el secreto de los asesinatos.

Rio secamente y repuso, remedando a los “coolies”:

—¿Qué puede ser lo que el “tuchún” desea saber? Aquella noche, ese hombre, al que después mataste, y yo estuvimos hablando de muchísimas cosas...

La calma del rostro de Li-Yung desapareció rápida y completamente; sus labios se distendieron, mostrando la blanca dentadura en un gesto feroz; la cabeza redonda, afeitada, lanzóse hacia delante y por debajo del negro bonete de mandarín sus ojos brillaron con un fulgor insano.

—¡Tonto! —rugió—. La muerte de la que te he estado hablando era una cosa agradable comparada con la que recibirás. Tú conoces la China y sus torturas; bueno, todo eso lo, probarás. Gritarás y balbucearás como una criatura y las palabras saldrán de tus labios más pronto y ligeramente de lo que puedas sudar. ¡Habla, perro!

La respuesta de Halloran estaba preparada. Para él, ya se lo había dicho, solo podía haber una solución. Un hombre no podía arremeter con un solo gesto contra seis automáticas que estaban apuntándole, pero si uno o dos de aquellos hombres avanzaban para ponerle las manos encima, entonces...

—¡Puedes irte al infierno, cochino pillastre de río! —insultó claramente—. Un hombre tan inteligente como tú debe conocer lo que significa esta respuesta, ¿no, Li-Yung?

Li-Yung no le contestó. En lugar de eso, ordenó a uno de los agazapados asesinos que iniciaba su avance hacia Halloran:

—¡Quieto! ¡Déjalo de mi cuenta! ¡Trae el “pugh”!

El hombre fue a un rincón de la pieza y volvió llevando una larga vara de bambú verde en uno de cuyos extremos había sujetas algunas tiras de cuero provistas de pedazos de hierro deformes. Halloran apretó los, dientes. Conocía el “pugh” y sus terribles resultados...

La vara silbó en el aire cuando Li-Yung la levantó para sacudir el primer golpe, al que sucedió otro y otro...

En una o dos ocasiones, la fuerza de los latigazos casi levantó a Halloran del suelo. Pero se mantuvo inmóvil, con los talones juntos y las manos caídas a los costados, sin protegerse la cara y la garganta, Sabía que allí no le golpearían...

Y así fue. Ninguno de los golpes dio en su cara. Los trozos de cuero, y los pedazos de hierro le golpearon hombros, espalda, pecho, muslos,

piernas... De todo su cuerpo parecía brotar una ola de fuego, la sangre manaba y se secaba sobre la piel desgarrada por los latigazos, y los jirones de ropa caían al suelo, a sus pies...

Al fin, Li-Yung suspendió el bárbaro castigo, mirándolo con rabioso desdén.

—¡Habla! —rugió—. ¡He salvado tus ojos, tu nariz, tus oídos, la lengua y los pies para que sea el dolor quien se encargue de acabar con todo ello!

La firme mirada de Halloran recorrió la estancia, volviéndose a fijar en Li-Yung. Detrás de este, listos para entrar en acción, se mantenían sus secuaces pistola en mano. No, aún no era hora... Los músculos de su garganta y sus cuerdas vocales estaban endurecidos por el dolor que ahora le sostenía en pie. Su voz sonó ronca, pero clara:

—¡Puedes irte al infierno, hijo de perro!

—¡Atrapadlo!

Tres “coolies” avanzaron sobre él, uno de frente y los otros por los lados. Rieron los tres al notar el movimiento nervioso e incontrolable de sus manos, su mirada a las pistolas que mantenían listas... Y de pronto, rápidamente, como una serpiente lista para el ataque, uno de ellos saltó, golpeando con el brazo y la mano detrás de la rodilla de Halloran, que cayó al suelo enloquecido por el dolor.

Los amarillos se le echaron encima, amarrándolo, aunque no reciamente, para que cuando el dolor provocado por los hierros al rojo en sus carnes le hiciera retorcerse, se sumara otra tortura a la de su cuerpo ya castigado con exceso. Y luego le arrastraron hacia el otro lado de la pieza.

El chino al que quebrara la pierna estaba allí, acurrucado debajo de los magníficos budas de jade. Un gran bol de piedra destinado a recibir los paneles de plegarias, el incienso y las otras ofrendas, se encontraba a su lado, una llama azul salía por entre las varillas de su parte superior. El chino sopló con fuerza sobre ellas mientras sostenía un par de pinzas de largo mango y extraña forma. Luego le miró con odio diabólico.

—Esto, perro color de arroz, es para ti...

## CAPÍTULO XII

Sus porteadores dejaron a Halloran justo al lado del fuego, apartándose de él como lo hicieran antes, pero ahora se mostraban mucho más descuidados. Dos o tres de ellos bajaron las automáticas; el más cercano a Halloran, uno de los que lo habían arrastrado a través de la pieza, se había metido la suya en el bolsillo. Era evidente que él y sus compañeros estaban más que seguros de que ni un átomo de esperanza había quedado en el cuerpo amarrado de su víctima, ni tampoco una onza de fuerza después del salvaje castigo...

Y eso precisamente era lo que Halloran esperaba. Eso... y otras muchas cosas más.

Miró hacia arriba por entre los párpados entornados. El aroma desprendido de los ramos encendidos se elevaba en una pequeña y suave columna de humo azulado, pero no ascendía recto al cieloraso, tal como debiera hacerlo de ser una pieza totalmente cerrada. La columna se quebraba y volvía horizontal a una altura de unos seis pies, para dirigirse luego, abriéndose en tenue abanico, hacia la pared opuesta a aquella en que él se encontraba. Allí existía una corriente de aire y una especie de tiraje, tal vez una ventana oculta por las pesadas colgaduras...

Intentó hallar el rostro de Li-Yung. El chino apenas si lo miraba. Hallábase observando los movimientos del “coolie” agachado sobre el fuego y al instrumento de tortura que enrojecía rápidamente en el centro de la pequeña, pero intensa hoguera.

Halloran pensó entonces que aquel era su momento.

Los vagos detalles y la borrosa esperanza que no huyeron de su mente se afianzaron, haciéndose distintos... pero aún no se movió. Una especie de secreto instinto le inmovilizaba, advirtiéndole que aún debía esperar, por más que de entre las flojas ligaduras ya había logrado liberar la mano derecha. Tenía que esperar, hasta sentirse total y completamente libre cuando iniciara la acción.

El “coolie” que manipulaba el fuego se volvió empuñando las pinzas al rojo, con una odiosa expresión en la cara.

Con una rápida sucesión de gritos guturales, que Halloran no intentó comprender, se inclinó sobre él y trató de aferrar con los dedos los cortos cabellos de su víctima para forzarle a echar la cabeza hacia arriba y atrás.

Fue en aquel momento cuando Halloran entró en acción. Su diestra atrapó la del otro, llevándola a su boca y le clavó los dientes con fuerza, al mismo tiempo que con un brusco movimiento hacia adelante y de costado

con la cabeza y todo el cuerpo lanzaba al “coolie” por los aires, enviándolo, peligrosamente cerca del fuego.

El largo mango de las pinzas le golpeó la espalda, pero lo arrancó a su poseedor, y cuando el más rápido y cercano de los otros “coolies” intentaba alzar su arma contra él le arrojó las pinzas, pegándole en la cara y desviando su disparo. Una fracción de segundo después atrapaba al “coolie” medio exánime, derribaba el bol del fuego y se cubría con su aprehendido.

Estallaron los disparos de las pistolas, confundiéndose en un gran estampido... y las balas fueron a hundirse con sordo ruido en el cuerpo del “coolie” que Halloran sostenía a guisa de escudo. El hombre gruñó sordamente al recibir los impactos. Y se quedó lacio, quieto.

Halloran estaba ya completamente libre. Los tizones del volcado fuego habían quemado sus ligaduras y también su carne, ya adormecida e insensible al dolor. El humo se alzaba ahora en una nube espesa, sofocante, difuminándolo todo, y algunas llamas pequeñas que surgían de las brasas y ramas a medio consumir estaban ya lamiendo las ricas esteras destinadas a las oraciones.

A no mucha distancia delante de él surgió un hombre gritando, con las manos cubriéndose los ojos. Era el mismo al que usó instintivamente como, blanco para las pinzas al rojo vivo. Ahora estaba cegado y presa de un dolor insoportable, le cayó encima tosiendo, ahogado por la sangre. Al parecer, se había puesto en el camino de las balas disparadas por sus compañeros y recibió alguna. Entre el denso humo, que llenaba la pieza, los otros debieron tal vez confundirlo con el odiado “kwang-wei”...

Azules, rojas y verdes, las lenguas inquietas del fuego subían desde las esteras y alfombras a las colgaduras de las paredes. El humo espeso cegaba a Halloran y sofocaba sus pulmones mientras se alejaba de los dos “coolies” muertos y empuñaba una pistola hallada en el suelo casualmente. Se escurrió hacia atrás, espionando por entre el humo para descubrir los rojos fogonazos de las armas que le permitirían localizar a sus enemigos, mientras a su alrededor aullaban las balas, una o dos de las cuales le rozaron peligrosamente, y buscando con ansia también aquella ventana que suponía había tras los cortinajes.

Una bala silbó junto a su cara mientras se escurría casi pegado, a la gruesa alfombra, otra le arrancó una tira de piel, y carne de una pierna, otra se clavó en la alfombra junto a su rodilla... Contestó rápido, mucho más veloz, que en cualquier otro momento de su vida, apuntando algo a la derecha de las llamaradas.

Sonaron gritos de dolor, rugidos de rabia y dos formas humanas vacilaron, confusas y enormes, por entre la cortina de humo, Halloran rio... ¡Sí, había llegado su momento! Se irguió con viveza, ya completamente libre de sus ligaduras y agachado, zigzagueando, corrió, disparando, a

través de la habitación.

Toda la pared de aquel lado estaba ahora convertida en una imponente llamarada y cuando llegaba allí, las colgaduras cayeron ardiendo al suelo, dejando al descubierto la ventana que ocultaban. Cual si hubiese sido una chimenea, una fuerte corriente de humo le envolvió, llevada por el aire de la ventana a medio abrir. Una bala le rozó el hombro y un trozo de yeso cayó de lleno sobre su cara, cegándole casi. Pero un segundo después se hallaba saltando al exterior a través de la ventana.

Fue un albur desesperado... y tal vez por eso salió bien. Cayó sobre manos y rodillas en la plataforma de escape para casos de incendio situada justo debajo de la ventana, a un par de metros escasos.

La caída le produjo una sensación de agudo dolor a lo largo de la columna vertebral hasta el cerebro, pero se sobrepuso, mirando hacia arriba, y vio a los chinos apilados junto a la ventana un segundo antes de que ellos comenzaran a dispararle.

Por fortuna, el humo les anulaba la visión y las balas fueron a chocar contra el piso junto a él, desviándose con el rebote. Una le arrancó el tacón de un zapato y otra le rasguñó dolorosamente el muslo izquierdo.

Rápido, tiróse hasta la escalera, rodó hacia abajo en medio de la profunda oscuridad, asiéndose a los peldaños con las manos doloridas para amortiguar los golpes, y al fin llegó al suelo.

Varios gatos escaparon a la carrera. Allá arriba, por toda la pared, comenzaban a brillar luces y a sus oídos llegaron gritos y llamadas de alarma en chino. Luego se oyó un silbato de la policía y poco después el aullar de una sirena de bomberos.

Por unos instantes, Halloran se inmovilizó, tremendamente dolorido y enfermo, a causa del agotamiento. Pero el silbato policial, las voces de alarma y el clamor de la sirena le impulsaron de nuevo a la movilidad. No debía ser encontrado allí...

Hallábase en un patio cerrado. A su espalda se elevaba una cerca de madera sin pintar. No podía saber qué había al otro lado ni tenía la menor idea del lugar dónde estaba, pero en su mente imperaba un pensamiento: salir de allí cuanto antes.

Con movimientos que le parecieron sumamente lentos, pesados y dolorosos, pudo ponerse en pie y avanzar hasta la cerca, que salvó apelando a sus últimas energías, dejándose caer en otro patio, también en completa oscuridad. Con una sensación de alivio, observó que el extremo opuesto de aquel patio se mostraba débilmente contorneado por una luz. Allí había una calle...

Avanzó en aquella dirección, con los pies abiertos, la cabeza sobre el pecho y las manos tendidas afuera para sostenerse mejor. Sus movimientos eran mecánicos, cual los de un hombre que se halla caminando en medio de una pesadilla. Tenía la cabeza dolorida y aturdida, velados los ojos...

Llegó junto a la tapia frontera del solar y se pegó junto a ella, apelando a esa maravillosa y oculta reserva de energías que todos guardamos en nuestro interior, tal como lo hiciera tantas otras veces en el fragor de la batalla. Estaba casi en la esquina, un poco más atrás del pálido foco de luz de la calle. Podía mirar hacia ella, prácticamente oculto entre las sombras.

Y lo que vio bastóle para darle idea exacta de dónde se encontraba, lo que estaba ocurriendo y lo que debía hacer.

Los camiones de bomberos con su carga de escaleras y ganchos, las motobombas y las sirenas acababan de pasar por la calle en dirección al incendio. Hombres, mujeres y niños se apiñaban en puertas y ventanas, y a pesar de lo avanzado de la hora, eran muchos los que corrían por la aceras en dirección al fuego.

Halloran maldijo en voz baja, comprendiendo cuan alarmante debía ser su aspecto. En cierto modo, le era preciso dirigirse al lugar del incendio a toda prisa...

Pensó rápidamente. Aún conservaba la pistola en su mano insegura: la guardó en un bolsillo de su chaqueta manchada de sangre, chamuscada y desgarrada, y avanzó hasta la calleja silenciosa y en sombras de más allá, saliendo por ella al borde de la principal.

Allí esperó unos minutos pegado a la pared. Algunos hombres pasaban corriendo... demasiado lejos. Luego apareció un joven obeso que jadeaba al correr y no le vio hasta que la mano de Halloran, todavía fuerte, lo atrapó por un brazo, tirando de él hacia la calleja.

—¡Ven acá, hombre! Te daré cincuenta dólares por tu ropa, amigo...

Una exclamación de sorpresa y aprensión, medio chillido, medio balbuceo, escapó de los labios del joven obeso. Porque el hombre de aspecto impresionante que le retenía había sacado unos billetes... y lo apuntaba con una negra pistola.

—¡Vamos, toma y ven! ¡No tengo tiempo que perder!

El atemorizado joven no se lo hizo rogar dos veces y con manos temblorosas procedió a desnudarse. Halloran se quitó sus desgarradas ropas, vistiendo las del otro; le tendió el dinero, guardándose la pistola, y se limpió la sangre seca de la cara. El despojado, al verse libre de la amenaza del arma, corrió hacia la calle principal, llamando a gritos a la policía.

Un agente de paisano surgió entre la niebla, atrapando al asustado joven; escuchó su incoherente explicación, vio la oscura forma humana en la esquina y sacó su pistola mientras los que habían acudido a los gritos del otro buscaban prudentemente refugio.

El policía, pistola en mano, se acercó a Halloran.

—¡Eh, usted! —conminó—. ¡Valdrá más que salga con las manos en alto!

—Un momento, agente. Yo soy Halloran —había reconocido al policía

y se separó de la pared, aunque sin salir a la calle principal—. Estuve esta noche con el inspector Warren y usted mismo en Moon Street. ¿Recuerda mi voz?

El agente emitió una exclamación, bajó el revólver y se le acercó.

—¡Caramba! Sí que le reconozco... ¿De dónde sale usted? El teniente Larry lleva un rato buscándolo...

—Aleje a toda esa gente de aquí.

Obedeció rápido el agente, regresando luego junto a Halloran.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

—¿Dónde está el teniente?

—En el lugar del incendio.

—Vaya a buscarle. Y mientras, reúna a cuantos agentes libres pueda encontrar por las cercanías.

—Todas las reservas de la comisaría de Vine Street, más un pelotón del F.B.I., andan por los alrededores. ¿Estuvo usted en contacto con esa gente?

Halloran rio.

—Sí... sí que estuve. Andando, amigo, vaya y dígame al teniente que lo necesito con toda urgencia.

## CAPÍTULO XIII

Halloran no habría pedido decir cuánto tiempo permaneció pegado a la pared del solar, esperando; una gran sensación de agotamiento y crueles dolores le embotaban los sentidos. Estaba comenzando a reponerse cuando llegó el teniente de detectives, al que bastó una ojeada para intuir su estado.

—¿Cómo se encuentra, Halloran? —inquirió, tomándolo por los hombros—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Hola, teniente... Sí, estoy bastante bien... Acabo de salir de esa guarida que ahora está ardiendo...

—¿Cómo? —el teniente se inclinó sobre él, mirándolo con interés—. ¿Entonces sabe algo del fuego?

—Es claro. Yo lo provoqué para poder huir.

—¡Ah! Pensábamos que había sido provocado por un cortocircuito o algo así.

—Ya... También se suponía que en esa casa de Moon Street no habitaban sino chinos muy respetables. ¿Arrestaron a alguien?

—A nadie, aparte las ratas de costumbre. Esos “tongs” siempre tienen una docena de vías de escape. A los que pudimos echar el guante habrá que soltarlos, pues de nada nos sirven y, por otra parte, son de la clase de gente que no habla, ni aun aplicándoles el “tercer grado”. Estos chicos resultan más duros aún que un asesino de la “Mafia” siciliana... Bueno, ¿cómo rayos se las arregló para entrar y salir de ahí? Tengo esto minado de policías y ninguno le vio...

—Esa gente me tendió una trampa. Vieja costumbre china... Pero, bueno, ¿dónde he estado? Yo no vi más que una sola habitación, recibí una buena dosis de látigo mongol, disparé unos tiros, provoqué un incendio y luego hallé una escalera de escape.

—Pues, mirada por fuera, parece una de las tantas casas corrientes en el barrio. Esta ha sido allanada veinte veces y revisada de arriba abajo en dos ocasiones, sin hallar nunca nada sospechoso. Bueno, Warren me envió a protegerle. Él atendió sus órdenes, pero dudaba en cierto modo de su habilidad para resolver por sí solo esto asunto, de modo que lo seguí a Moon Street y allí le perdimos la pista.

—¿Dónde estamos ahora?

—A unas ocho manzanas de Moon Street.

—¿Dónde está Warren?

—En la central, esperando, mis noticias.

—¿Qué hay del incendio?

—Nada importante. Al menos, eso me ha dicho el jefe de bomberos. Al parecer, han ardido un par de habitaciones con todo lo que había dentro.

—¿Encontraren cadáveres?

—¡No. ¿Tenía que haberlos?

—Dos por lo menos. Dos chinos. ¿Hay gente aún por aquel lado?

—Desde luego. Nunca faltan curiosos.

—Bien. Pues la gente de Li-Yung casi acabó conmigo en el interior de esa casa. Escapé de milagro... y voy a volver ahora por allí, para que me vean. Luego iré a mi hotel a curarme, limpiarme y descansar.

—Comprendo. Quiere tenderles su propia trampa.

—Así es. No entra en sus cálculos dejarme vivir mucho, pero antes necesita su jefe saber algo que yo debo decirle. Por eso intentarán atraparme de nuevo. Bien, vaya a ver a Warren y dígame que se ocupe de preparar la trampa...

—Desde luego. Apostaremos hombres en la habitación sobre la suya, en la de abajo, en los pasillos y en los ascensores. Dentro de veinte minutos todos estarán allí. Y desde ahora...

—No, por ahora no me sigan. Aguarde hasta que me haya distanciado un buen trecho y tome entonces por el otro lado. Todavía puedo manejar una pistola y la llevo en el bolsillo.

El teniente sonrió.

—Está bien, allá usted...

Halloran salió a la calle principal sin vacilar mucho y no tardó en ser uno más entre los curiosos transeúntes que acudían al lugar del fuego. Caminaba con la cabeza gacha, pero mirando a uno y otro lado, y no pocas veces hacia atrás, como si buscara a alguien determinado.

Al volver la esquina y enfilarse por la calle angosta y saturada de humo, tropezó con la muchedumbre apiñada tras las mangueras y contenida por la policía. El humo salía aún por las ventanas del edificio al que fuera conducido para ser torturado, las mangueras se extendían sobre el húmedo pavimento y los bomberos entraban y salían de la casa. Pero el incendio, como dijera el teniente, era poca cosa y ya había sido dominado.

Simulando que andaba buscando a alguien entre la muchedumbre, fue deambulando entre los grupos de gente, algunos de los cuales miraban con extrañeza su cara lastimada.

De pronto vio la cara pálida de un chino al que reconoció en el acto. Fue solo un momento, pero le bastó. Aquel era un miembro de la pandilla de asesinos que estuviera poco antes con él en el cuarto... Lentamente, poniendo el mayor cuidado en dar la sensación de que estaba buscando a alguien, continuó moviéndose entre las gentes, no tardando en llegar a la acera opuesta. Y avanzó por ella hasta la próxima esquina.

Había allí varios taxis estacionados. Avanzó hasta el primero y se

entretuvo hablándole al conductor hasta que vio por el retrovisor una forma furtiva vistiéndose ropas chinas subir en el vehículo de más atrás. El motor de aquel taxi comenzó a roncar y fue bajada la bandera... pero siguió parado. Una sonrisa irónica apareció en los labios de Halloran.

—Lléveme a la Central de Policía —ordenó al conductor, abriendo la portezuela trasera y metiéndose dentro. El vehículo arrancó... y tras él marchó el tomado por el chino.

Seguían igual cuando atravesaron el Bowery hacia el norte y aún continuaban así cuando llegaron a la Jefatura de Policía.

Halloran pagó la carrera y se metió en el edificio, viendo por el rabillo del ojo como su perseguidor descendía de su taxi, yendo, hacia la parte menos iluminada de la acera.

—Bueno, amigo, ahora vas a tener que esperar un rato —murmuró sonriendo—. Por lo menos, hasta que me curen las “caricias” que me habéis hecho...

Warren esperaba en el despacho del comisario general de la Policía y lo saludó efusivo.

—¡Caramba! Me alegra volver a verle, Halloran... Siéntese y tome un trago. Larry ya me ha contado algo de lo que le ha pasado. ¿Qué fue lo que ocurrió?

—Bastantes cosas. ¿Tienen botiquín y algún médico por aquí? Me tuvieron probando un látigo mongol.

El inspector llamó por teléfono y al poco subieron un médico y una enfermera de la policía. Cuando Halloran se desvistió, Warren silbó al ver las cárdenas huellas de los latigazos y la sangre seca que llenaban su cuerpo.

—¡Gran Dios! ¡Si casi le han desollado vivo!

—Bueno, esa era la intención que llevaban... ¡Cuidado, doctor, que duele!

—Lo que no me explico es cómo ha podido aguantar de pie, amigo —le respondió este—. Tendrá que pasar por lo menos una semana en cama.

—Ni lo sueñe. Desde luego, pienso dormir diez horas de un tirón, pero al anochecer he de estar preparado para el nuevo ataque de “La Secta”.

—¿Cree que volverán contra usted?

—Seguro. Ahora mismo, uno de los que me atraparon está esperando mi salida. ¡No, no lo molesten! Me interesa que descubra dónde me aloje. Yo también sé preparar trampas...

Una hora más tarde estaba como nuevo. Tras volver a vestirse, se encaró a Warren.

—Ahora me voy al hotel. Ya está haciéndose de día y no creo que “La Secta” intente nada. De todos modos...

—Tengo a dos docenas de hombres metidos en su hotel, Halloran. Y yo mismo voy a acompañarle.

—No es preciso. Hasta más tarde...

Al llegar a la acera, buscó con la vista hacia la parte donde estaba seguro de que le aguardaba el chino, y sonrió al verle medio oculto en la esquina de un quiosco veinte metros más allá. Llamó a un taxi, El día estaba viniendo a pasos de gigante y la niebla se había levantado, pero el frío era húmedo e intenso.

—Al “Sheraton” —ordenó al chófer, repantigándose en el asiento. Estaba molido y ansioso de coger una cama, pero no dejó de mirar hacia atrás viendo al “coolie” detener otro taxi e irle a la zaga.

El portero de día estaba haciéndose cargo de su puesto cuando entró en el hotel y le alcanzó la llave de su cuarto, en el quinto piso. En rápida ojeada, Halloran comprobó la presencia de gentes un tanto ilógicas en tales lugar y hora; hombres jóvenes de rostros decididos que tenían todas las entradas y salidas del hotel bien vigiladas...

Tampoco estaban vacíos los pasillos en el quinto piso. Y un hombre se le acercó al salir del ascensor.

—El teniente le espera, míster Halloran...

El teniente Larry estaba en una habitación aladaña a la suya.

—Bueno, Halloran, puede dormir tranquilo. Hay hombres míos en todas las habitaciones pegadas a la suya, en el techo, los pasillos, los ascensores y prácticamente en cualquier sitio por dónde esta gente pueda entrar.

—De todos modos, que no se duerman. Buenos días y despiérteme sobre las dos, si yo no lo he hecho antes.

Se fue a su cuarto, cerró por dentro y se puso a examinarlo, atentamente.

Era una pieza pequeña, amueblada y decorada a la moderna. Las paredes, a prueba de incendios, estaban decoradas con un color suave y neutro; el mobiliaje consistía en una cama de dos plazas, dos sillones y una mesita escritorio. Desde donde él estaba, el cuarto de baño quedaba a su izquierda y a la derecha el guardarropa. En la pared frontera se abrían dos ventanas que casi la ocupaban. En la forma en que el lecho estaba colocado, una persona echada allí quedaba completamente protegida por el ángulo de la pared que separaba la alcoba del pequeño vestíbulo y de la vista de cualquiera que entrase por la puerta. La otra forma de penetrar eran las ventanas.

Estas eran del tipo de marco de acero y forma moderna. Avanzó hacia ellas, teniendo buen cuidado de mantenerse pegado a la pared, y al llegar a su lado, se arrodilló, poniéndose a examinarlas detenidamente.

Se abrían hacia afuera y se las mantenía cerradas por medio de barritas de acero encajadas en ranuras “ad hoc”. Ahora estaban entreabiertas, sobresaliendo unos treinta centímetros de la pared, Para poder cerrarlas desde fuera, o poder moverse junto a ellas sobre la estrecha cornisa

ornamental que se extendía como a un metro, por debajo del alféizar, quien lo luciera se vería forzado a realizar algún ruido o sería visto desde el interior. Las cortinas que las resguardaban eran de un material duro, con dibujos de flores, y se hallaban sujetas por bandas del mismo género, de modo que, con excepción de un par de centímetros a cada lado, todas las aberturas quedaban a la vista. Este era un buen trabajo del teniente Larry.

Regresó al interior del cuarto, abrió la usada maleta y sacó un pijama, desnudándose y vistiéndolo. Examinó la pistola, comprobando su buen funcionamiento, y la puso bajo la almohada, metiéndose entre las sábanas.

## CAPÍTULO XIV

Una llamada a la puerta le despertó haciéndole incorporarse y llevar la diestra donde tenía la pistola con un movimiento instintivo. Rápidamente despejado, saltó del techo, yendo a abrir.

Warren estaba en la puerta y le señaló con una sonrisa.

—Hola, Halloran, ya veo que ha dormido... ¿Qué tal se encuentra?

—Bastante bien. Pase. ¿Qué hora es?

—Las tres. Y no ha ocurrido nada sospechoso.

—No espero que ocurra hasta la noche.

—Bueno, yo lo pienso también. Mandé a Larry a dormir y he cambiado a los muchachos que estuvieron anoche de servicio, para que estén a punto en cuanto anochezca. Ya tengo ganas de ver en qué para todo esto...

—También yo, Bueno, si me permite, voy a lavarme.

—Ha traído conmigo un médico y una enfermera para que le den un repaso y también le están preparando un buen desayuno, pues le supongo con hambre.

—De lobo. Ha tenido, una magnífica idea.

—Bueno, pues mientras le curan haré que se lo suban. Están preparándolo bajo la supervisión de mis muchachos, pues no queremos correr riesgos... ¡Ah! A propósito, también hemos tenido a la Prensa por aquí. Desde luego, se les ha dicho apenas lo suficiente para que no se escandalicen demasiado, y ya se fueron... menos uno, que se empeña en entrevistarle personalmente.

Halloran frunció el ceño.

—No tengo, ningún deseo de publicidad, ni nada que decir, Hágame el favor de decírselo usted mismo.

Warren se permitió una sonrisa ambigua.

—Me parece que será mejor se lo diga usted, Halloran, Sí, es una persona muy testaruda...

Salió, dejando a Halloran altamente intrigado.

Pero no fue hasta después que entre el médico y la enfermera de la policía, que subieron a poco le hubieron revisado las lesiones y curado de nuevo concienzudamente, que tuvo la respuesta a su pregunta de quién diablos podía ser aquel testarudo corresponsal. No era que le desagradase la Prensa personalmente, pero en el juego que tenía empeñado con Li-Yung y “La Secta” no quedaba sitio para declaraciones publicitarias. Se quitaría de encima a aquel importuno con la mayor rapidez posible...

—Ahora, cuando salgan —dijo al médico—, me hará el favor de decirle

al inspector Warren que puede traer para acá a ese periodista, Pero que venga él también.

Espéro fumando, un cigarrillo a que llegasen. Aparte el vacío en el estómago, sentíase completamente descansado y con las energías repuestas. Otro rato de descanso después de la comida y por la noche hallaríase a punto para el “round” final de la larga partida comenzada en Shanghái...

Unos golpes nerviosos sonaron en la puerta. Se levantó con gesto de fastidio, yendo a abrir... y se quedó de piedra mirando con ojos muy abiertos a la muchacha parada frente a él.

—¡Susan! ¿Tú...?

La joven le estaba mirando a su vez con ojos entre cariñosos y avergonzados, mientras sus manos asían nerviosamente su bolso.

—Hola, Tom... —saludó suavemente. Y él salió de su estupor.

—¡Muchacha, qué alegría! ¡Pasa, pasa!

Cerró a su espalda, tendiéndole las manos con una expresión que la hizo ruborizar ligeramente, pero Halloran no estaba para fijarse en detalles. Susan Norton allí... Era la mayor y mejor de las sorpresas. Se la quedó mirando intensamente, mientras le cogía las manos. ¡Susan Norton... la hermana de su amigo... la que fuera su prometida...!

—¡Caramba, Susan, esta sí que es una sorpresa! ¡Y qué bonita estás...!

Era muy cierto. Ella había cambiado mucho en los casi tres años que no la había visto. Su pelo tenía el mismo tono de espigas maduras bañadas por el sol y el mismo color azul intenso sus ojos, pero algo en ella era distinto. Parecía más hecha, más mujer y, desde luego, más hermosa. Halloran, que la había tenido en el recuerdo durante todos aquellos meses de peligrosa tarea, se sintió nuevamente inundado por la cálida sensación que siempre sintiera junto a ella.

La muchacha lo contemplaba fijamente, como tomando nota de todos los cambios ocurridos en él, y le habló con leve nerviosismo.

—Estoy muy contenta de verte de nuevo, Tom.

—No sabes cuánto me alegra oírte lo decir. Pero ¿cómo has sabido que yo estaba en New York? Pensaba ir a Indianápolis a hacerte una visita en cuanto resolviera lo que tengo entre manos...

—No me hubieras encontrado allí. Hace año y medio que vivo en New York; trabajo en la redacción del “Banner”.

—¡Ah...! Ya comprende... Tú eres el periodista testarudo que quería entrevistarse conmigo.

—Sí... Esta mañana, cuando llegué a la redacción, uno de mis compañeros que se encarga de los sucesos estaba hablando con otro acerca de cierto incendio en el Chinatown. Según él, allí había habido algo raro, pues el lugar del suceso estaba lleno de policía, del F.B.I., y habían ocurrido ciertas cosas insólitas. Al pasar por su lado, decía algo de cierto

transeúnte que se vio atracado cerca del lugar del incendio por un hombre que le obligó a darle sus ropas, pagándoselas, y al que la policía no molestó. En Jefatura, cuando fue a pedir datos, no pudo sacar nada en claro, excepto que aquel hombre se llamaba Halloran y una descripción de él... de ti... que le dio un agente amigo suyo. Tuve una corazonada, le hice que me explicara cuanto sabía y entonces me fui a Jefatura. Logré entrevistarme con el inspector Warren, que al saber mi nombre, me confirmó que estabas aquí y me dijo que dormías, pues habías tenido una noche muy agitada. Entonces vine y esperé a que despertases.

—Vaya, vaya... —Halloran estaba comiéndosela con los ojos, Susan Norton... Esta era una cosa magnífica a la que tenía que acostumbrarse. De pronto le asaltó un pensamiento poco grato. ¿Estaría...?

—Dime, Susan. ¿Estás... comprometida...?

La joven negó, con ligero rubor.

—No, Tom, no lo estoy.

—Dijiste que deseabas un hogar donde...

Le cortó ella, azorada pero resuelta.

—Sí, dije eso. Dije muchas cosas en aquella malhadada carta que te escribí a raíz de lo de Jack, cosas de las que me he arrepentido amargamente desde entonces. Yo... comprendo que debes estar herido, Tom. Fui muy desleal y desconsiderada entonces contigo, pero estaba muy amargada. Todos... mi padre y mis hermanos, habían muerto lejos de mí y yacían en lugares distintos y extraños. Y tú, mi prometido, me anunciabas que nuestra boda había de posponerse por un tiempo que no podías señalar, pues te habían encargado de una misión secreta y peligrosa. No lo decías, pero yo intuí que lo era y que podrías morir fácilmente, como habían muerto todos los míos. Aquello fue ya demasiado para mí y por eso te escribí como lo hice. Después me arrepentí. Pero fue cuando me di cuenta de que eras mi hombre y que no podría dejar de quererte. Y aún más cuando supe la clase de misión que habías aceptado. Ibas a capturar al asesino de mi hermano y yo te había fallado precisamente cuando más te podía hacer falta. No sabes cuánto me lo he reprochado desde entonces y cuánto he deseado tu perdón.

Halloran era ahora demasiado feliz para preocuparse del pasado, Ella obró bien entonces y puesto que había vuelto y seguía queriéndole nada tenía que reprocharle, en absoluto; sino más bien darle las gracias por su amor.

La tomó de los hombros con gesto cariñoso.

—No debes acordarte más de eso, Susú. Todo pasó ya. Yo te comprendí y nunca te he guardado rencor. Ahora todo ha pasado y si tú quieres nos casaremos en cuanto termine esta tarea.

La joven le miró con ojos radiantes.

—¿De veras... lo quieres, Tom?

—¿Es que puede caberte alguna duda? Yo nunca he dejado de quererte, pequeña.

—¡Oh! Y yo... y yo... Merecería que me dieras una buena paliza.

—Bueno, yo prefiero besarte...

La llegada del inspector y el almuerzo cortó sus efusiones. Warren solo precisó de una ojeada para darse cuenta de la situación y les dijo, con una sonrisa:

—Bueno, he hecho que preparen comida bastante para dos. Me figuraba que usted, Halloran, tendría que contarle bastantes cosas a la señorita, y como ella tampoco ha comido esperando a que usted se despertara... ahí les dejo.

Cuando de nuevo quedaron solos, Halloran la volvió a abrazar.

—Esto me compensa con creces de todo lo pasado en los últimos tiempos, querida.

—Pues entonces te prometo “compensarte” todo cuanto quieras, Pero ahora debes comer: Warren me ha dicho que no probaste bocado desde anoche y también que te torturaron.

—Bueno, fue solo una sesión de látigo y ya estoy perfectamente; no has de preocuparte por eso. Ven, vamos a dar buena cuenta de lo que nos han subido. ¡Caramba! Warren debe pensar que no hemos comido en una semana.

—Tom... —habló la joven al cabo de un rato—. Cuéntame lo que ocurrió aquella noche en Shanghái.

El entrecejo de Halloran se ensombreció.

—¿Qué sabes tú?

—Apenas nada. Se me comunicó oficialmente que Jack había muerto en acto de servicio, pero luego supe que fue asesinado mientras tú y él montabais guardia vigilando un tesoro en la Legación, que este fue robado y que a ti se te encargó la persecución de los asesinos y ladrones, pero nada más. Por tu madre supe que andabas por toda Asia, pero estaba tan avergonzada de mi conducta, que no me atreví a visitarla ni le dije nada de mi venida a New York.

—Bueno, pues fue algo terrible y enigmático, de lo que aún no tengo la clave, aunque puede que muy pronto la consiga. Pero te diré que Jack no sufrió nada. Su muerte fue instantánea; lo envenenaron con “curare”, lo mismo que al centinela anterior, de un modo que sigue en el misterio. Aquella noche...

A continuación le hizo, un detallado relato de lo ocurrido en Shanghái aquella noche de Año Nuevo, veintiséis meses antes.

—Y eso es lo que ocurrió. Después, mi coronel me encargó la tarea de perseguir y atrapar a los asesinos y recuperar las joyas robadas. Durante más de dos años he seguido una pista tortuosa y difícil a todo lo largo del Ecuador sin haber conseguido, al parecer, grandes resultados. Al menos,

eso es lo que yo creía hasta anoche. Pero ahora sé que no fue así, pues logré meterle el miedo en el cuerpo de Li-Yung. Anoche nos enfrentamos cara a cara por vez primera vez y no te negaré que hubo un momento en que vi las cosas feas para mí. Pero todo se arregló al final, satisfactoriamente; le he infligido la primera derrota y tanto por mantener su prestigio como porque, como te he dicho, le he metido el temor en el cuerpo, no debe tardar en intentar matarme de nuevo, Si mis cálculos no me engañan, esta noche hará la tentativa.

La muchacha se asustó.

—¡Tom, debes...! ¡No quiero que te pase nada! Ya es bastante con Jack.

—No tienes por qué preocuparte. Esta vez, Li-Yung va a fracasar, El hotel es una trampa completa y perfecta; hay policías en todas las habitaciones aledañas a esta, guardando las entradas y salidas, en los pasillos y alrededor del edificio. Ni aunque viniera volando podría un asesino penetrar y menos salir de aquí.

—Pero si te... si llegara a ocurrirte algo... yo...

—Mírame, Susan.

Ella lo hizo con ojos angustiados y Halloran la habló convincente.

—Ese hombre, Li-Yung, es el responsable directo de la muerte de tu hermano, mi mejor amigo. Además, robó un tesoro confiado a la custodia de los soldados de la Infantería de Marina, el cuerpo de Jack y mío. Por todo ello, es mi deber capturarlo y hacerle pagar sus crímenes como se merece, sin reparar en riesgos. Y tú debes comprenderlo y hacerte cargo de la situación. Espero que lo harás, querida.

—Sí... creo que sí... —Susan le sonrió—. Pero también yo espero que comprendas que te quiero vivo.

—De que eso suceda ya me encargaré yo, descuida. Y ahora, debes marcharte a tu periódico. Si Li-Yung sospechara tu presencia, tu identidad, o el cariño que unos une, podría ser sumamente peligroso. Es hombre que no se detiene ante ningún medio y lo bastante inteligente para comprender que la única cosa que me haría cejar en perseguirle sería una amenaza mortal contra ti. Por eso es mejor que procures permanecer al margen de esto hasta que haya terminado.

—Pues yo no pienso como tú. Por el contrario, voy a quedarme en el hotel. Si algún peligro pudiera haber para mí, que lo dudo, aquí, entre tanto policía, es donde estaré más segura.

—Tú no conoces a Li-Yung y sus métodos, Susan. Pero te conozco y no estoy dispuesto a perderte de vista un solo instante. Y no me argumentes, porque yo sabes que nada lograrás...

Cuando el inspector Warren regresó para comunicarles que se iba a descabezar un sueño a fin de estar a punto para la noche, se los encontró disputando sobre la cuestión y puso punto final a ella.

—Miss Norton tiene razón, Halloran. Si algún peligro hay para ella, más

segura estará aquí, en el hotel, entre mis hombres, y puede encargarse de hacerle compañía mientras llega la noche. Luego, la apartaremos de esta habitación y esperará en otra cualquiera de esta planta. Después de todo, no creo que le desagrade tenerla con usted, Halloran.

Y Halloran cedió...

## CAPÍTULO XV

La noche había vuelto a caer y estaba ya avanzada. Dentro de la habitación, Halloran permanecía sentado en la oscuridad... esperando.

Llevaba así ya varias horas, desde que, alrededor de las ocho y media, Susan le dejó para pasar a otra habitación del mismo piso tras haber permanecido juntos toda la tarde, olvidados de los problemas presentes y dedicados a preparar planes para un rosado porvenir. Pero ahora estaba solo de nuevo, envuelto en las sombras, y otra vez con el peligro rodeándolo, acechando en la oscuridad. Porque Li-Yung ya no podía tardar en descargar el golpe.

Warren y Larry se mostraban un tanto escépticos ante la posibilidad de que Li-Yung atacase en el hotel, pero Halloran “sabía” que lo haría, tan seguro como que era de noche. Li-Yung no podía correr el riesgo de dejarlo vivo y libre. Representaba una amenaza demasiado potente, máxime después de lo ocurrido la noche anterior. Así, pues, debía intentar matarlo cuanto antes. Cuándo y cómo realizaría su intento, no podía saberlo, pero que iban a atacarlo, sí.

“La Secta” necesitaba seguridad para operar impunemente, Mientras él, Halloran, viviera, conociendo la identidad de su jefe, y como creían, el secreto de su método de matar no podrían considerarse seguros en ningún sitio y menos en los Estados Unidos, donde, al parecer, había pensado Li-Yung afincarse definitivamente. Era aquella una lucha a muerte y como tal había que tomarla para no ser cogido fuera de guardia.

Apagó el cigarrillo que fumaba y tomó la pistola, comprobando por enésima vez su buen funcionamiento. La había aceitado y cargado personalmente por la tarde y estaba bien a punto.

Si conseguía acabar con Li-Yung... y algo en su interior decía que lo lograría, iba a pedir una larga licencia y entonces se casaría con Susan. Ella era todo lo que deseaba en esta vida, al menos por ahora. Ciertamente le habría gustado marchar con sus compañeros que estaban combatiendo en Corea, pero un hombre no debe pensar solo en la pelea y los ascensos; también ha de hacerlo en un hogar, una esposa y unos hijos en quienes perpetuarse, en un poco de paz y reposo.

De pronto se tensó. Había estado medio adormilado por sus pensamientos, pero súbitamente se encontró tan despierto, y alerta como nunca en su vida, lleno de una intensa certidumbre de un peligro inminente. Por lo que pudo ser un minuto, permaneció quieto, tenso, la pistola empuñada, tratando de localizar lo que le había puesto alerta. Un

leve ruido...

Un momento después vio aparecer una mano y un brazo junto al armazón de uno de los marcos de la ventana derecha. En el acto se irguió, disparando con toda la rapidez de que fue capaz.

Treinta segundos después estaba junto a la ventana. Y casi llegó tarde.

Balanceándose suavemente en una delgada y sólida cuerda cuyo extremo, superior terminaba en un gancho de acero recubierto de goma firmemente asido al marco de la ventana, una forma oscura se hallaba acurrucada junto a otra ventana, dos pisos más abajo.

Aquella ventana estaba a oscuras. La luz que iluminaba al asesino llegaba únicamente de la calle y, gracias a ella, tanto Halloran como los policías que montaban guardia en las otras habitaciones pudieron disparar hacia él.

Pero ninguno de los disparos pareció dar en el blanco. El asesino continuó balanceándose al extremo de la cuerda, dio un salto hacia la ventana y desapareció.

Rápidamente, Halloran cruzó la habitación hasta la puerta, abriéndola y saliendo al pasillo, Susan, el teniente Larry y varios policías armados ya estaban allí y la joven corrió a su encuentro.

—¿Qué ha ocurrido, Tom?

—Intentó asesinarme. ¡Está dos pisos más abajo! ¡Susan, quédate aquí con alguno de estos policías! ¡Es sumamente peligroso ese tipo! ¡Vámonos los demás!

Corrieron, hacia la escalera de servicio, bajando por ella en tropel, mientras la muchacha quedaba arriba con la escolta de dos policías.

Halloran llevaba la delantera, y fue el primero en llegar a la puerta por cuya ventana, viera desaparecer al asesino, arremetiendo contra ella violentamente.

La puerta cedió sin resistencia y, llevado por el impulso, fue dando traspiés hasta el centro del cuarto.

Estaba a oscuras y el frío viento se colaba por la abierta ventana, sacudiendo las cortinas.

Alguien dio la luz a sus espaldas y el grupo de policías irrumpió en el cuarto, pistolas en mano.

Pero allí no había nadie. La cama estaba intacta y todo en orden.

Maldiciendo en alta voz, Halloran fue a la ventana, miró hacia fuera, gruñó otra maldición y disparó dos veces hacia la izquierda, donde en la misma esquina del edificio, agazapada y adosada contra la pared sobre la estrecha cornisa, se estaba escurriendo la misma forma oscura que viera poco antes colgada de la cuerda.

Oyó el ruido de los proyectiles al chocar con el ladrillo justo donde un segundo antes estuviera el asesino, que ahora había desaparecido por la esquina, y se apartó rabiosamente de la ventana.

—¡Pronto! ¡Ha doblado la esquina de la izquierda!

Larry y sus hombres, comprendiendo lo que ocurría, salieron disparatados hacia la escalera y la calle. Halloran lanzóse tras ellos, olvidado de sus heridas y sintiéndose poseído de una rabia sorda. La cabeza parecía darle vueltas. Allí estaba el secreto de “La Secta”, el archiasesino... Un acróbata maravilloso, un habilísimo escalador de muros... Si lograban darle caza, tendrían en su poder a Li-Yung, se rescataría el tesoro y “La Secta” quedaría, deshecha...

Desde el extremo del corredor llegaron a sus oídos los estampidos de las pistolas. Gentes alarmadas aparecían en las puertas de las habitaciones, queriendo saber lo que ocurría. Halloran dobló un ángulo del pasillo y, en el mismo instante, uno de los agentes de paisano se le vino encima, tropezando con el aire, cayó sobre él y se desplomó al suelo con un gemido ronco. La empuñadura de un puñal chino se hallaba entre sus manos apretadas. La hoja se le había clavado entera en el vientre...

Pero Halloran no se detuvo a mirarlo, ni tampoco hizo caso de los chillidos horrorizados de dos mujeres que vieron la escena desde las puertas de sus cuartos. El teniente se encontraba delante, destrozando con un hacha de incendios que acababa de coger de su nicho en la pared, una de las puertas al extremo del corredor. Varios agujeros de bala y las marcas de los hachazos alteraban la pulida superficie de la puerta, que iba cediendo a los terribles hachazos. De pronto quebróse el mango de madera y la cabeza de acero pulido saltó peligrosamente en el aire. Pero su obra estaba cumplida. Saltada la cerradura, la puerta cedió.

Larry fue el primero en entrar y llegar a la ventana, echando una ojeada a la mujer caída de costado en el lecho, con otro puñal clavado en el pecho y una expresión de horror en el rostro. Una sucesión de palabrotas restalló en sus labios al mirar hacia afuera. Luego se volvió a mirar a Halloran y a los policías que entraban, señalando hacia abajo, en la oscuridad de fuera.

—Como lo imaginaba... Fíjese, Halloran, tenía otra de esas cuerdas de seda arrollada a la cintura. Fue aquí donde llegó primero, en un plan bien estudiado. Debió asesinar a esta pobre mujer antes de que pudiera dar un grito. Luego, al fallarle el golpe, vino aquí a toda prisa, Harriman le vio, y corrió tras él, disparándole. Al verse acorralado, el asesino le lanzó un puñal al vientre, abrió la puerta, se metió dentro y cerró con pestillo, ganando así todo el tiempo que necesitaba. Fíjese, ha ido hacia ese edificio sin terminar...

En silencio, ambos hombres miraron al otro lado del callejón. Un abismo de unos siete metros de anchura separaba al hotel del enorme edificio para oficinas que estaban levantando al otro lado, una imponente armazón de vigas de acere, y travesaños que se elevaba hacia el cielo, perfilándose contra la radiación luminosa de la calle y los otros edificios.

Abajo, entre la oscuridad, se movían linternas eléctricas. Una brisa suave escapó de los labios del teniente.

—Usted le erró, Halloran, y nosotros también, ¡pero a pesar de eso, ahora lo tenemos! Warren y yo apostamos una docena de hombres al otro lado de la manzana y son los que se mueven allí abajo. Ellos saben lo que deben hacer cuando se presenta una situación como esta. ¡Sí, ahora le atraparemos!

—Vamos! ¡Ese hombre es quien cometió el robo y los tres asesinatos en Shangháí! Démonos prisa.

Volviéndose, Halloran salió del cuarto, seguido del teniente, que ordenó quedase uno de guardia para impedir la entrada de nadie en el cuarto.

Los policías estaban haciendo volver a sus habitaciones a la alarmada clientela del hotel y habían recogido ya a su compañero. Donde este cayó quedaban charcos de sangre...

Junto a los ascensores les esperaba un grupo de agentes y todos bajaron velozmente al vestíbulo. Los policías que allí estaban conteniendo a las gentes alarmadas y curiosas, se les reunieron a una orden del teniente. Todo el grupo salió a la acera, apartando sin contemplaciones a los transeúntes, y llegaron junto al edificio en construcción.

Un policía de uniforme montaba guardia allí y les informó:

—El fugitivo está allí arriba, rodeado por una docena de agentes. Nosotros le vimos cuando se balanceaba sobre el callejón y disparamos sobre él pero no le dimos.

—Está bien... Mucho ojo, es de lo más peligroso —le avisó el teniente, lanzándose hacia el almacén de la obra seguido, por sus hombres.

—El ascensor no tiene corriente —avisó alguien—. Tendremos que subir por las escaleras.

—¡Démonos prisa!

Treparon en pelotón por ellas, con las anuas preparadas en las manos. De arriba llegaban gritos y ruido de carreras...

—Aún no lo han hallado —dijo el teniente—. Todos esos son agentes en contacto unos con otros.

Al llegar al nivel del cuarto piso, la luz de una linterna dio de lleno sobre ellos y pudieren ver tras la misma a un robusto sargento de uniforme. La sangre manchaba su manga izquierda y detrás de él se divisaba el cuerpo caído de un agente de paisano.

—¡Cuidado con él, teniente! —advirtió el sargento a Larry—. Lleva una pistola con silenciador. Me hirió en el brazo y quitó de en medio al pobre Mack...

—¿Dónde está el resto de los muchachos?

—Más arriba, buscándolo.

—Está bien. Va...

—¡No! —protestó Halloran, vibrante—. ¡Yo seré quien vaya! Esta tarea es mía, Larry, yo lo cazaré. ¡Quédense aquí para recibirlo cuando lo traiga, o él baje dando tumbos!

Sin aguardar respuesta, subió escaleras arriba. En la mano izquierda llevaba la linterna que acababa de arrebatar al sorprendido sargento...

En el piso sexto un agente le paró, apuntándole con su arma, y luego se excusó al reconocerle.

—¡Ah, es usted...! ¡Bueno, ya estamos un tanto nerviosos con ese asesino!

—¡Quédese aquí! Junto a la escalera. ¿Cuántos hombres hay arriba?

—Ocho, señor...

—Está bien. Vigile por este lado y no vuelva a encender la linterna a menos que sea absolutamente preciso. Podría costarle la vida.

Más arriba fue hallando otros agentes, uno de ellos herido, a los que repitió su orden. Entre el noveno y el décimo piso se detuvo jadeante, para tomar aliento.

De arriba llegaba ruido de disparos; tres de las armas tenían el inconfundible sonido de las pistolas reglamentarias de la policía, la cuarta era casi inaudible, algo así como la tos seca de un asmático...

Siguió subiendo por entre el almacén de acero. Estaba ya en los últimos pisos pavimentados. Destellos de luz moviéndose a derecha e izquierda le indicaron por dónde iba la policía, pero ahora no llegaban ruidos de disparos. El asesino debía hallarse agazapado en algún sitio, tratando de buscar un blanco seguro, o tal vez ideando un plan de fuga.

—Pero esta vez no escaparás —se dijo Halloran entre dientes—. Es nuestro tercer encuentro en veinticuatro horas y ahora tú o yo caeremos para siempre.

Se guardó la linterna en un bolsillo. Unos cuantos pasos a su izquierda, como una masa más negra en la oscuridad, se hallaba el espacio abierto por dónde subía el montacargas durante el día. Ahora, de noche, resultaba tremendamente peligroso acercarse a aquel hueco por entre la acumulación de materiales. Un descuido, un paso en falso, y no podría evitar el ir rodando hacia la muerte al chocar violentamente contra los materiales de construcción y el piso, cincuenta, metros más abajo...

Pero también un hombre que dispusiera de la fuerza y pericia precisas podría utilizar aquellos cables del montacargas, como un marinero las cuerdas de su barco, para subir a lo más alto o deslizarse hasta el piso bajo.

Fue como una llamada intuitiva para Halloran, Rápida y silenciosamente, llegó al hueco del montacargas y dos trozos de tablón sobresalientes en el vacío le dieron una buena idea. Acomodó entre ambos la linterna, de modo que quedase mirando hacia arriba, apuntando a la oscura abertura, apretó el botón del encendido y, al mismo tiempo, saltó

hacia atrás, pistola en mano...

A sus oídos llegó un ruido como de tos ronca, ahogada. La linterna se sacudió a un costado al recibir el impacto de la bala y se apagó.

Halloran estaba ahora plantado sobre sus piernas abiertas, la izquierda algo avanzada, tal como si se hallara en el polígono de tiro, apoyando la muñeca en el brazo izquierdo. Lentamente, con deliberada calma, disparó todo el cargador, moviendo el cañón del arma en ligero arco, hacia la altura. Luego esperó, seguro de que no precisaba más disparos.

Había oído el ruido, sordo y apagado de los proyectiles al entrar en la carne y también el débil e instintivo grito agónico de un hombre herido mortalmente. Un momento después, algo oscuro y pesado cayó cerca de él, haciendo sacudirse los cables del montacargas y saltar los tablones, sueltos, para ir a terminar con un choque seco varios pisos más abajo.

Sonriendo, Halloran acarició el recalentado cañón de su pistola.

—¡Ahora si gané! —murmuró. Y en voz alta—: ¡Eh, los de arriba! Enciendan las linternas y bajen, ya está todo acabado.

Luego regresó a la escalera y bajó a toda prisa por ella hasta el segundo piso.

Lo menos dos decenas de policías se hallaban allí, rodeando algo; y al verlo, le hicieron sitio.

—Ahí lo tiene, Halloran —le indicó el teniente con un gesto.

El asesino estaba al borde del agujero del montacargas, en el mismo lugar donde cayera al rebotar de los cables. Se hallaba boca abajo, con un brazo y una pierna quebrados y doblados en ángulos grotescos. El teniente y Halloran se arrodillaron a su lado, examinándolo con interés.

Era un hombre bajo, de torso robusto, con brazos largos como los de un mono. La cabeza, cónica y pequeña, estaba afeitada al uso mongol. Por debajo de la chaqueta de cuero que le cubría se arqueaba extraordinariamente su espalda. Un enano jorobado...

En medio de un intenso silencio de los demás, Halloran y el teniente le dieron vuelta. Cuatro de los proyectiles disparados por el primero se habían hundido en el macizo cuerpo, de la cintura para arriba.

Larry le señaló sus manos.

—Fíjese en eso. Calza grandes guantes de cuero, como los usados por los marineros y estibadores.

—Sí —asintió Halloran con fría sonrisa—. Pero este hombre no fue nunca ninguna de esas dos cosas. En su tiempo fue uno de los más famosos acróbatas de China, favorito de Chan-Tso-Lin, y descendiente de toda una larga familia de acróbatas de la corte imperial. Sí, él era algo grande en la materia... Lo que no acabo de comprender son esas correas sobre sus hombros, quebradas por encima de las hebillas... ¡Dios! —agregó con voz súbitamente tensa, volviéndose de pronto sobre sus rodillas y encarándose a uno de los detectives—: ¡Apártese de ahí, usted! ¡Y suelte eso!

El hombre al que había dado la orden era un joven ayudante de Larry. Había avanzado desde las sombras llevando un pequeño objeto redondo, de cuero, y al oír la orden nerviosa de Halloran soltó la cosa como si quemara.

Del interior de aquello salían gritos agudos, fieros, raros, que iban elevándose de tono y que eran los que habían motivado la sorprendente reacción de Halloran. Todos los policías estaban mirando ahora a aquello con aprensión. Halloran era el único que sonreía... con una sonrisa de horror e incredulidad.

—¡Cielo Santo! —murmuró, con acento que puso escalofríos en los oyentes—. ¡Ahora comprendo...! ¡Maldito Li-Yung!

Volviéndose hacia el muerto, le quitó los guantes de cuero y se los puso, avanzando hacia el extraño objeto entre la intrigada expectación de los demás. Y lo tomó con el máximo cuidado.

—¡Iluminen con sus linternas!

Le obedecieron. Con rápidos movimientos desató unos lazos de cuero, y sacó la cubierta, dejando al descubierto una pequeña jaula de acero.

El aire se llenó de gritos extraños y salvajes. En el interior de la jaula, un raro pájaro cuyos ojos parecían chispas ígneas batió sus alas mientras sus aceradas garras y pico forcejeaban por romper las delgadas varillas y castigaban salvajemente el cuero de los refuerzos. La bestia alada atacó también las manos enguantadas de Halloran, que las retiraba prestamente con una expresión mezclada de aprensión, horror e incredulidad en el semblante.

Alrededor suyo, los policías parecían petrificados por lo que estaban viendo. Y fue el teniente Larry quien pudo hablar primero...

—¡Rayos! ¿Qué... qué demonios es eso... y qué significa?

—¿Esto? —replicó Halloran con ligera sonrisa—. Pues es el halcón chino. Y añadiré que es el medio que utilizó “La Secta” para asesinar a dos de mis camaradas en Shanghái y robar un tesoro en gemas y oro. El halcón chino es el ave más salvaje, astuta y fiera que haya vivido nunca. Los viejos mandarines los empleaban para la caza. Jamás dejan de atrapar una presa... y es preciso un largo entrenamiento para conseguir que no la destrocen. Siempre hubo muy pocos y en su mayoría se criaban en los palacios de los poderosos. Ahora, su número es reducidísimo. En realidad, siempre estuvo prohibida su pertenencia a las clases humildes, y solo los emperadores y los mandarines podían poseerlos. Durante el Imperio, se castigaba con la muerte su posesión por quien no lo fuera... Pero este en especial, no ha sido adiestrado para otra caza que la del hombre. Tanto su pico, como, sus garras están impregnados de una buena dosis de veneno sumamente mortífero.

Señaló al enano muerto.

—Ese hombre era su cuidador, su entrenador. ¿Ven ustedes cómo se

protegía contra su pico y garras? Un solo rasguño causado por ellos basta para matar en segundos a un hombre. Con esas cuerdas y ganchos recubiertos de goma fue cómo pudo llegar el enano hasta donde mis camaradas montaban guardia junto al tesoro. Una vez allí abrió la jaula y el halcón voló directamente hacia los ojos, el cuello, o las manos de la víctima, tal cómo pudo haber volado para atrapar un pato. Luego regresó a su jaula, como ave bien entrenada, tal como hacen esta clase de halcones. Esta noche yo era la víctima elegida, Falló el golpe y la última cosa que hizo este maldito enano fue aflojar las correas que sostenían la jaula sobre su espalda. Debió haber estado muy orgulloso de sus tretas...

## CAPÍTULO XVI

Los coches de la policía llegaron a la central conduciendo el cadáver del enano y al halcón asesino. También a Halloran y Susan Norton.

Poco después Warren, Halloran, Susan y tres especialistas en venenos del Departamento de Policía, a más de algunos jefes de esta y el F.B.I., se hallaban reunidos en uno de los departamentos para realizar varias pruebas con el halcón.

Primeramente, se preparó una gran jaula de varillas de acero con dos puertas-trampa. Luego, Halloran, tomando las máximas precauciones, quitó el capuchón de cuero a la jaula, dejando la peligrosa ave al descubierto.

Ninguno de los presentes pudo evitar un escalofrío al ver la fiera estampa del halcón, el salvajismo de sus ataques a los barrotes de la jaula y sus gritos espeluznantes. Halloran lo colocó de forma que las puertas de ambas jaulas se encarasen, abrió la de bambú y el ave asesina se lanzó violentamente hacia adelante. Rápido, y antes de que se revolviera al darse cuenta de que había cambiado un encierro por otro, Halloran dejó caer la puerta-trampa de la jaula de acero.

Todos quedaron contemplando la salvaje reacción del halcón con expresivos rostros. Susan se aferró al brazo de Halloran, intensamente pálida, y balbució:

—Es... es horrible.

—No debiste haber entrado.

—Quiero verlo... Saber cómo murió... el pobre Jack.

—Verdaderamente —terció Warren—, ese bicho es espeluznante. ¿Y dice que tiene las garras y el pico impregnados de veneno?

—De “curare”. El menor rasguño de ellas mata en el acto a un hombre. Y el halcón ataca con la rapidez de un rayo.

Los tres especialistas estaban contemplando al halcón tan interesados como recelosos.

—Es preciso comprobar su aserto, míster Halloran —dijo uno de ellos—. Ciertamente, este pájaro parece la cosa más salvaje que pueda existir, pero no concebimos cómo él mismo no se autoenvenene, si lleva el veneno en el pico, como usted dice...

—A eso no puedo contestarles, pero sí les diré que el halcón puede ser inmune a determinados venenos que matan fulminantemente al hombre. Allá en China se dice eso, al menos.

—¿Y dice usted que quedan pocos?

—Prácticamente, están extinguidos.

—Bueno, pues, vamos a hacer la prueba. Tendrá que arriesgarse usted, Halloran. Francamente, después de lo que nos ha dicho y ver al pajarito, yo prefiero quedarme a una distancia prudencial... —habló el inspector. Y los demás parecían abundar en su opinión.

Sonriendo, Halloran tomó al conejillo de Indias que le entregaba uno de los especialistas y se acercó a la jaula. El halcón se arrojó sobre él, intentando clavarle las garras y el pico, mientras emitía crueles gritos que erizaban el pelo a los espectadores de la escena. Con toda cautela y suma habilidad, Halloran esquivó sus ataques, abrió la portezuela y metió dentro de la jaula al conejillo...

Apenas el halcón notó su presencia, se lanzó sobre él batiendo las alas y chillando, atenazándolo con las garras y desgarrándolo cruelmente.

Apenas diez segundos después de haber recibido el primer arañazo, el conejillo estaba totalmente rígido sobre el piso de la jaula y el halcón se apartaba de él lanzando su grito de triunfo.

—¡Dios mío! ¡Es horrible...!

La exclamación de Susan pareció romper una cuerda invisible. Los hombres respiraron fuerte. Halloran fue a rodear con un brazo los hombros convulsos de la joven.

—Ya lo han podido ver —dijo con voz tensa—. Ni siquiera un cuarto de minuto. Un hombre, atacado por el halcón no tiene la menor probabilidad de sobrevivir ni aun yendo armado. No le da tiempo a disparar. Así es cómo murieron mis camaradas en Shanghái, el hermano de la señorita Norton. El enano equilibrista trepó al techo de la edificación, se descolgó luego hasta la ventana y soltó al halcón. Esto voló hacia sus víctimas, tomándolas probablemente de sorpresa. La segunda vez, el enano sabía que contaba con tiempo suficiente para su tarea, puesto que oyó toda nuestra conversación. Cortó los barrotes de la ventana, se escurrió al interior, tomó las llaves de la muñeca del capitán Norton, abrió las cajas, tomó las joyas, volvió a poner las llaves en su sitio y salió por el mismo, camino. En cuanto al halcón, está acostumbrado a regresar a la jaula apenas ha matado una presa. El enano esperó en el techo del edificio probablemente hasta que todos marchamos de allí, y luego escapó. Para un hombre de su habilidad no le sería difícil, máxime cuando, ninguno podíamos sospechar cómo se pudo cometer el robo.

—Un plan diabólico...

—Bueno, ahora conviene que vuelva a meter el halcón en su jaula, Halloran, para que podamos examinar al conejo de indias.

Aún se hicieron un par de experimentos más, y una vez que el ave estuvo a buen recaudo y oculta por la funda de cuero, todos, excepto los tres toxicólogos, abandonaron la estancia. Halloran llevaba del brazo a Susan Norton y la reprendió cariñosamente.

—No debiste haber entrado. Ya te advertí que era muy desagradable.

—Ha sido peor, horrible. Y pensar que el pobre Jack murió así... Pero no me arrepiento de haberlo visto.

En la otra habitación, Halloran llevó a Susan a una butaca y se enderezó, afrontando a los jefes de la policía.

—Bien, señores, habrán visto cómo se ha confirmado mi teoría. Es posible que hayamos estado gastando ahora un tiempo precioso, pero no lo creo. Ese maldito pájaro habría tardado, más de una hora en regresar a su nido, de cualquier manera.

Encendió un cigarrillo con manos firmes, mientras los demás le miraban en silencio. Luego, Warren preguntó:

—¿Qué es lo que piensa hacer ahora, Halloran?

El oficial le miró derecho a los ojos. Luego los desvió hacia la tensa Susan y otra vez al inspector.

—Se lo diré. Yo poseo el halcón, he resuelto el misterio de cómo fueron asesinados mis compañeros y pudo ser robado el tesoro allá en Shanghái. También ha muerto el hombre que los asesinó. Todo esto podría parecer un buen resultado y tal vez lo sea; pero a mí no me satisface en absoluto. A quien deseo echar el guante es al hombre que planeó y llevó a la práctica todo esto, a Li-Yung. También quiero recuperar el “Ojo de Buda” y el resto del tesoro robado...

Warren le interrumpió:

—Todo eso me parece muy bien, Halloran, pero no veo cómo lo va a conseguir. El hombre que buscamos debe poseer, por lo menos, una docena de escondrijos en la ciudad y también un montón de espías que lo informarán de lo ocurrido y de todos los pasos que demos en su persecución. Solamente en Chinatown... ya será tan difícil seguirle el rastro como hallar una arveja en un arenal movido por el viento. Esta noche pasada dimos con dos de sus escondrijos. Pero... ¿cuántos más tiene? Es cosa que ignoramos. Y localizarlo va a ser un ímprobo trabajo, ahora que no contamos con nada que nos guíe hasta donde él pueda hallarse.

Halloran sonrió.

—Se equivoca de medio a medio, Warren. Sí que tenemos quién lo haga.

—¿Quién?

—El halcón. Ese maldito animal nos ayudará y también un avión de la Policía, o del Ejército.

Hizo una pausa, aguardando la respuesta de los otros. Todos ellos habían comprendido su idea, como lo demostraron sus expresiones, y ahora parecieron sopesar sus probabilidades de éxito. Warren volvió a tomar la voz cantante.

—¿Por qué no nos expone por completo su plan?

—Eso pensaba hacer. Escuchen: Yo creo que Li-Yung está todavía en el

Chinatown. Pero sea como sea, es seguro que debe hallarse en alguna parte de Nueva York. Con el avión a que me he referido, o mejor aún, con un helicóptero, haré que el piloto vuele en círculos sobre el barrio en cuestión. Entonces dejaré suelto al halcón y cuando vea que el ave no tiene dudas acerca del lugar en que está habituado a vivir, me iré tras ella y me arrojaré en paracaídas sobre el sitio en cuestión. Lo he hecho otras veces y no correré ningún peligro. Si se me facilita un buen piloto él podrá descender a una altura prudente para si lanzamiento y también perseguir al halcón, Me parece que la mayor parte de los techos del Chinatown son planos y amplios, sin mucho desnivel entre ellos, por lo que he podido observar, ¿no es así?

—Sí, pero...

—No hay peros que valgan. He de hacerlo, pues no nos queda otro remedio de localizar rápidamente a Li-Yung y acabar con él. Aunque yerre al caer sobre el techo que me interesa, es seguro que no perderé mucho tiempo en llegar a él. Y ustedes pueden estar esperando en las calles con patrulleros, para rodear el lugar en cuanto se les señale desde el avión. ¿Disponen de algún helicóptero?

—Desde luego. Tenemos tres. Con uno de ellos no solo podrá seguir al ave en su vuelo, sino también casi posarse sobre los tejados. Y no digo posarse del todo porque los de esos edificios, en su mayoría, no creo sean capaces de resistir el peso de un helicóptero.

—No es preciso. ¿Llevan ametralladora?

—Todos. Y están siempre preparados para cualquier emergencia.

—Entonces no hay más que hablar. Desde luego, no podemos despegar hasta el amanecer, pues necesitamos plena visibilidad.

Warren miró su reloj-pulsera.

—Ahora son las cinco. Hasta las siete no contaremos con ella. Podría descansar un par de horas...

—Ya descansaré cuando todo haya terminado. Ahora, si tienen por aquí medios de conseguir una taza de café, completaremos los detalles de mi plan —se volvió a Susan, que había permanecido silenciosa—. Tú, querida, podrías irte a dormir. Ya has pasado toda la noche en vela.

—Ningún daño me hará pasar lo que queda de ella y no pienso dejarte solo, ahora que te dispones a realizar una de tus temerarias ideas —fue la firme respuesta de la joven, que hizo sonreír a los presentes y azaró a Halloran.

—Es preciso que lo hagas, Susan, compréndelo. Yo tengo...

—Ya lo sé, que cumplir un deber. Eres un militar, te encomendaron una tarea y has de llevarla a cabo hasta el final; no es preciso que me lo repitas. Pero métete en la cabeza que no voy a dejarte solo, ya que soy tan testaruda como tú.

Entonces pareció darse cuenta de las sonrisas de los otros y se azaró,

excusándose:

—Perdonen, yo... Bueno, han visto ya lo que ha pasado ahí dentro. Mi hermano —se estremeció al recuerdo—, murió así y temo que a Tom Halloran le pase algo.

—No debe preocuparse por haber exteriorizado sus sentimientos, *miss* Norton —le cortó, sonriendo, el jefe de la policía—. Es muy natural que piense así. Cualquiera mujer lo haría en su caso. Pero yo creo que debería darle a míster Halloran un margen de confianza.

La joven le miró, dubitativa, y luego al sonriente Halloran.

—¡Hum! Bueno, se lo daré. Pero como se exceda de él y le pase algo por su temeridad va a tener que oírme, si aún está vivo.

## CAPÍTULO XVII

Como Warren dijera, los helicópteros de la policía estaban siempre preparados. Y apenas quince minutos después de haber llegado el grupo a Iddlewild, Halloran, llevando al halcón enjaulado, se preparó a subir a uno de ellos, Antes de hacerlo, Susan le detuvo, nerviosa.

—No me gusta nada lo que vas a intentar, querido. Es demasiado peligroso...

—Es preciso hacerlo, Susú. Recuerda que el verdadero asesino de tu hermano está vivo aún, y esperando en cualquier parte de la ciudad. Ciertamente le hemos cortado la mano derecha al matar al enano y capturar el halcón, pero todavía le queda mucha fuerza y medios para escapar y hacer perder su rastro. Tengo que impedirlo y rescatar las joyas del tesoro manchú. Es la misión que se me encomendó. Y para conseguirlo, ningún plan presenta más probabilidades en éxito que este.

—Pero arrojarte en paracaídas... Podrán matarte impunemente mientras estás en el aire.

—Mucho lo dudo. Son malos tiradores y el piloto del helicóptero me cubrirá. Ya ves que lleva una ametralladora.

—Aun así no estoy tranquila. Prométeme, al menos, que no cometerás ninguna temeridad. Te conozco, Tom Halloran, y si te pasa algo... me...

Halloran la tomó por los hombros, acercándola a sí.

—Mírame, Susú —y cuando ella lo hizo con ojos brillantes y aprensivos —: Te prometo que esta noche te llevaré a cenar a algún sitio caro y no me faltará nada en el cuerpo. Ya sabes que siempre cumplo mis promesas. Y ahora, sonríe y dame un beso. He de irme ya.

Ella mostró su sonrisa y le besó con fuerza, separándose luego.

—Vete, Tom. Y por favor, no olvides tu promesa.

Warren se les acercó.

—Bueno, Halloran, todo está preparado. Tendré dos docenas de hombres en el Chinatown dentro de diez minutos, esperando a que ustedes aparezcan, aparte de los miembros de la Metropolitana. Procuren no llegar allí antes de que la visibilidad sea completa, para que podamos ayudarle en el momento oportuno.

—Descuide, que así se hará. Bueno, hasta dentro de poco.

Marchó al helicóptero, cuyas palas ya batían el aire de la mañana gris. Warren comentó, mirando a Susan Norton.

—Es todo un hombre, *miss* Norton, este Halloran.

—Ya lo sé, inspector. Siempre lo supe.

—Ya... Bueno, yo le conozco hace apenas treinta y seis horas, pero me bastaron para calibrarlo. Atrapará a Li-Yung y destruirá “La Secta”; de eso estoy seguro. Aquí ya nada tengo que hacer; he de ir al Chinatown a preparar las cosas y supongo que usted querrá acompañarme.

—Supone bien. No podría aguantar los nervios, sabiendo a lo que Tom se ha lanzado, si tuviera que quedarme aquí.

El autogiro estaba despegando lentamente. Hacia el mar, el sol comenzaba a apuntar entre las masas de nubes plomizas. Halloran les saludó con la mano desde la cabina y ellos le respondieron, marchando luego a través del siempre atareado aeródromo hacia donde habían dejado su coche. Una vez dentro de él, Warren sonrió a la muchacha.

—Me figuro que se casarán pronto...

—En cuanto acabe esta terrible tarea. Y no pienso dejarle emprender otra parecida. Ya es hora de que descanse y viva tranquilo.

—¡Hum! O mucho me equivoco, o la tranquilidad no es cosa que le agrade a Halloran. Pero tal vez usted consiga convencerle.

—Haré cuanto me sea posible. Mi padre y mis dos hermanos murieron lejos de mí, y no quiero que a mi esposo le ocurra lo mismo. Aquí puede encontrar también mucho campo para sus deseos de actividad... y, si es preciso, que deje el Ejército.

—¿Cree que lo logrará?

Tras un momento de silencio, Susan admitió con un suspiro:

—No... Estoy segura de que no. Lo lleva en la sangre... Pero al menos, sí conseguiré que se quede en los Estados. También yo soy tenaz...

El automóvil corrió veloz a través de las calles aún con escasa circulación, hasta penetrar en el casco ciudadano y llegar a los límites del Chinatown. Allí se detuvo en una plaza tranquila bajo la luz grisácea del amanecer y Warren y la muchacha descendieron, reuniéndose con el teniente Larry y un oficial de la policía metropolitana que allí les esperaba. El primero informó a su jefe:

—Cumplí sus órdenes. Los muchachos, y una veintena de miembros de la Metropolitana, están apostados en distintos puntos estratégicos de la zona donde con más probabilidades se halla Li-Yung. En cuanto vean al helicóptero tienen orden de seguir su vuelo y rodear la cuadra de edificios sobre la cual descienda Halloran. ¿Cuánto tardará él?

—Nada. Ya está ahí. Miren.

Miraron todos donde señalaba el inspector.

A unos trescientos metros por sobre los tejados, perfilándose contra el cielo nuboso y aún no muy claro, había aparecido el helicóptero volando despacio. Warren tomó unos gemelos de campaña del interior del coche y siguió sus evoluciones. De pronto avisó:

—¡Ha soltado el halcón!

Los demás también lo habían visto. El ave asesina, apenas un punto

oscuro contra las nubes, estaba aleteando unos cincuenta metros por debajo del helicóptero, como si buscara orientarse. De pronto enfiló recto hacia el sur.

—¡Vamos al coche!

Los policías y la joven subieron rápidamente al automóvil, que partió raudamente en seguimiento del helicóptero, el cual, a su vez, iba ya persiguiendo al halcón por los aires. Por el camino, otros dos coches llenos de agentes se les unieron. Y poco después, pudieron ver perfectamente cómo Halloran se tiraba del helicóptero en paracaídas.

—¡Va hacia esos edificios del fondo! ¡Maldición! ¡Le están disparando desde alguna parte de las azoteas!

A través de los ruidos mañaneros y aunque apegadamente, les llegaron los ruidos de muchos disparos. Susan palideció, sacando la cabeza fuera del coche y mirando con ojos dilatados por la angustia a Halloran, que se balanceaba, inerte, a cien metros por sobre tejados.

—¡Dios mío, que no le den!

En el mismo momento que sus labios formulaban la angustiada plegaria, el helicóptero picó hacia abajo y pudieron ver las intermitentes llamaradas de las balas trazadoras que surgían de su ametralladora surcando raudas el espacio.

—Bueno, Pitt está prestándole una buena ayuda —dijo, satisfecho, el inspector—. ¡Acelere, Robson, y dele a la sirena!

El automóvil se lanzó hacia adelante a toda velocidad, mientras la sirena aullaba estridentemente. Y las de los otros coches que les seguían hacíanle coro.

Los vehículos se apartaron rápidamente a los lados, dejando libre el centro de las calles, mientras en las aceras se detenían y agolpaban las gentes que iban a su trabajo, mirando la carrera con curiosidad.

Perdieron de vista al paracaídas, pero no al helicóptero, que les señaló por radio el lugar exacto donde Halloran había ido a descender. Otros coches llenos de policías uniformados y de paisano estaban llegando a toda velocidad, rodeando la manzana de casas sobre cuyos tejados se había lanzado Halloran. El inspector saltó al suelo apenas frenó el coche, y comenzó a impartir órdenes a los policías que, poderosamente armados, surgieron por todas partes.

—¡Rodeen la manzana y hagan fuego contra todo chino armado que aparezca! ¿Vieron dónde cayó Halloran?

Uno de los detectives se adelantó.

—El tiroteo parece haber sido en la terraza de esa casa alta de ahí enfrente —señaló una de cinco pisos y no demasiado moderna, cuya puerta estaba aún cerrada y sobre la que batían varios policías.

—¡Pues vamos allá! Usted, *miss* Norton, es mejor que permanezca aquí. Puede haber tiroteo.

—Yo voy con ustedes, haya o no tiroteo. Tom está arriba y...

—No tengo tiempo de discutir, Burke, cuide de ella; vamos, los demás.

Mientras la muchacha argumentaba con el detective, furiosa y angustiada por la suerte que Halloran pudiera correr, los policías llegaron a la puerta en el momento en que uno de los que la aporreaban descargaba su ametralladora sobre la cerradura, haciéndola saltar. Y el torrente de hombres de la Ley se lanzó hacia adentro, armas en mano.

De lo alto llegó ruido de disparos y luego un silencio ominoso. Dos chinos armados con pistolas aparecieron en el rellano e intentaron hacer fuego contra los que subían, pero fueron barridos por una descarga y sus cuerpos cayeron escalera abajo, rebotando macabramente en los escalones.

—¡Detengan a todo el mundo y tiren a matar si alguien se resiste! —gritó Warren a sus hombres mientras se lanzaba escaleras arriba—. ¡Nada de contemplaciones!

La avalancha policial se desparramó por escaleras y pasillos armas en mano, dando caza a los miembros de “La Secta” en su guarida y buscando a su jefe y a Halloran.

## CAPÍTULO XVIII

El autogiro comenzó a elevarse cuando el sol comenzaba a apuntar más allá de la Staten Island y la brumosa Brooklyn, tomando rápidamente altura. Junto al piloto, Halloran se ajustó las correas del paracaídas y luego se calzó los recios guantes de cuero. Sobre sus rodillas descansaba la jaula recubierta de cuero que guardaba al temible halcón, y sujetó con la diestra la parte superior de la misma, presto ya para la tarea que le esperaba.

Habiendo obtenido una altura conveniente, el joven piloto de la policía enfiló hacia el casco urbano a moderada velocidad. Por debajo de ellos, entre la bruma y el humo que formaban un falso mar sobre las grises torres del Wall Street, la ciudad fue pasando, con la extraña semejanza de un campo de arrecifes envueltos en espuma.

Dejaron el East River y los largos arcos de sus puentes a la derecha. Wall Street y los rascacielos de Manhattan también quedaron atrás. Volaban despacio y el piloto se volvió para decirle:

—Tengo orden de entretenerme cosa de un cuarto de hora por aquí arriba en espera de que todo esté a punto allá en Chinatown. Ahora es difícil de ver desde aquí por causa de la niebla, pero en cuanto el sol surja, se disparará y tendremos bastante buena visibilidad.

Pues esperaremos.

—¿No se encuentra un poco nervioso? Lanzarse en paracaídas por primera vez...

—No es la primera vez. Y no estoy nada nervioso, aunque la tarea que me espera no es nada fácil, desde luego. ¿Podrá seguir a un ave en vuelo con su aparato?

—Sin duda ninguna, aunque será la primera, vez que lo haga. La lleva ahí, ¿no?

—Lo que no entiendo es por qué va tan tapada la jaula. ¿Qué es?, ¿una paloma mensajera?

—Es un halcón chino, con las garras y el pico impregnados de veneno mortal.

El piloto dio un respingo.

—¡Caramba! ¿Qué me dice? ¿Quiere decir que si ese bicho araña a alguno...?

—Puede considerarse muerto sin remedio.

—¿Y... lo va a soltar?

—Sí. Ha de guiarnos a cierto sitio... Pero no tenga preocupación por él; lo soltaré de modo que al salir vaya a parar lejos de nosotros.

—Bueno, procure que sea así... No sería nada agradable recibir una caricia de ese bicho, la verdad...

El sol apareció sobre el mar, como una gran naranja, y casi al instante se rasgaron los velos de la niebla que envolvía la gran ciudad, permitiéndoles verla de un modo casi perfecto. El piloto enfiló el helicóptero hacia el sur y no tardaron en verse sobre la angosta y singular maraña de sucias calles y edificios que forman el barrio de Chinatown. Halloran miró al tablero de instrumentos del piloto.

Volaban ahora a ciento cincuenta metros de altura y con escasa velocidad. El silbido del viento contra las palas del aparato perdió intensidad y estas comenzaron a girar, casi inmovilizando al helicóptero en el aire.

—Cuando, usted quiera, señor —dijo el piloto, mirando a la jaula de reajo. Halloran se preparó.

—Bueno, ahora mismo. ¡Y que la suerte nos acompañe!

Abrió la portezuela lateral. Sus dedos enguantados abrieron el fuerte cierre de la jaula...

—¡Vuelque un poco, el aparato!

Obedeció el piloto hábilmente. Y en el momento en que el ave mortífera iba a salir, Halloran arrojó la jaula con todas sus fuerzas.

Tal como había calculado, la velocidad de la caída impidió de momento al halcón salir de la jaula. Pero pronto estuvo libre y con fuertes aletazos se cernió en el frío aire mañanero.

Halloran y el piloto le observaban ahora atentos desde el helicóptero. El sol subía ya, rojo y potente, terminando de desgarrar los velos de la niebla y mostrándoles debajo los techos planos y los bajos edificios del Chinatown. Contra su fondo, resultaba cosa fácil seguir el rápido vuelo del ave.

La línea de vuelo del halcón, tras unos momentos de indecisión, se hizo recta, sin desvíos. Y al cabo de un rato, los dos tripulantes del helicóptero vieron cómo se abría el tragaluz en uno de los tejados y comenzaban a salir hombres por él a una azotea. Hombres que debían haber estado esperando y observando el cielo durante horas y salían ahora a recapturar alpreciado halcón, el arma secreta de “La Secta”...

Halloran se envaró.

—¡Suba a trescientos! —ordenó roncamente al piloto—. ¡Suba lo bastante como para que yo pueda saltar sin peligro y cúbrame con la ametralladora!

El piloto elevó rápidamente al aparato hasta la altura exigida, mientras Halloran se preparaba para saltar.

Abajo, el halcón había cambiado de rumbo, enfilando directamente hacia el tragaluz abierto en la pequeña terraza. Los hombres que habían salido de ella habíanse tirado a los lados, escondiéndose lo más posible y

lo más lejos que les dable del mortífero halcón. Ahora se estaban levantando y miraban al helicóptero con sus amarillas caras contraídas por la rabia y el temor. Un momento más tarde extraían armas y abrían un nutrido fuego contra el aparato.

Halloran rio al ver los fogonazos y oír silbar las balas con pésima puntería alrededor del helicóptero. Levantóse y se dispuso a dar el salto...

—En cuanto me vea entrar en la sala —ordenó al piloto—, avise a Warren la posición.

—Descuide. ¡Y buena suerte!

Una dura sonrisa abrió la boca de Halloran. Luego, afirmándose un momento en la portezuela, saltó al vacío cuando se volcaba para aquel lado el aparato. Su hora había llegado...

Cayó rodando, mientras el viento silbaba en sus oídos, y las balas también. Luego sintió una brusca sacudida y el descenso se detuvo casi en seco. Las balas silbaban a su alrededor y algunas rompían la tela del paracaídas. Sentíase impotente, indefenso, no podía disparar, pues precisaba de ambas manos para guiar al paracaídas hasta la terraza. Y si aquellos monos le acertaban...

El helicóptero bajó a su altura, picando el morro, y pudo ver la cara sonriente del piloto. También los fogonazos intermitentes de la ametralladora barriendo el tejado donde le esperaban los amarillos. Mirando hacia abajo, vio correr como gamos a los que podían hacerlo, en busca de un refugio contra las ráfagas de balas.

Riendo con desdén, Halloran tiró de las cuerdas para caer lo más cerca posible de la terraza. Instantes después, un techo cubierto de alquitrán pareció avanzar negro y temible a su encuentro. Chocó contra él con violencia, rodó sobre sí mismo, medio enredándose con el paracaídas y rápidamente se desató las correas que se lo sujetaban, sacando la pistola.

Una pared baja de ladrillo separaba la terraza donde había caído de aquella en que se encontraban los hombres de “La Secta”, y ambas parecían estar a parecida altura.

En el momento en que se ponía de rodillas vio surgir sobre ella la cara ensangrentada de un chino blandiendo una automática. El hombre estaba medio cegado por la sangre y gritaba palabras guturales mientras se ponía a disparar contra él con muy poca puntería.

Halloran disparó una vez tan solo y el chino pareció tropezar contra algo invisible, vaciló, manoteó en el aire, soltando la pistola, y se cayó de costado sobre la tapia, con un escalofriante alarido de agonía.

Halloran saltó hacia adelante, desembarazándose los pies del paracaídas, y avanzó pistola en mano, cubierto por la ametralladora del helicóptero y oyendo el estridente chillido de las sirenas policiales abajo, a lo lejos. Saltó la tapia, encontrándose en una pequeña terraza llena de caídos orientales, todos acribillados a balazos, y sin preocuparse más de

ellos corrió hacia la claraboya con la pistola preparada.

Al llegar junto a ella, se desvió y, agarrando a uno de los muertos, le hizo enmarcarse ante el tragaluz.

Una sucesión de disparos vinieron de dentro, sacudiendo el cadáver. Halloran los contó y cuando vio que el otro había agotado el cargador de su arma, soltó al cadáver que le protegía, plantándose con él en el hueco de la claraboya con la pistola empuñada a la altura de la cadera, disparando contra el amarillo que acababa de alzarse para huir.

El hombre saltó hacia atrás con la cabeza atravesada, cayendo como un trapo. Otro amarillo, herido en un brazo, corrió chillando hacia la puerta que se abría en el extremo opuesto de la estancia. Halloran le metió una bala entre los hombros y el chino se cayó, cesando bruscamente sus chillidos y quedando encogido junto a la puerta, de un modo grotesco...

## CAPÍTULO XIX

Un silencio tenso, impresionante, reinaba ahora en la casa. El helicóptero seguía zumbando en lo alto y las sirenas policiales se estaban acercando a toda prisa.

Halloran descendió la pina escalera sonriendo duramente. Por fin llegaba la hora de su triunfo, largamente esperado. “La Secta” estaba recibiendo una paliza de verdad, y Li-Yung no tardaría en pagar todos sus crímenes.

Avanzó rápida y cautelosamente hacia la puerta, con los sentidos en tensión, pues le constaba que no había terminado, ni mucho menos, con todos los hombres de “La Secta”.

Al llegar a la puerta, se asomó cautelosamente, viendo un largo y solitario pasadizo, apenas alumbrado por una bombilla eléctrica. Dio un paso, adelante... y se tiró al suelo velozmente, disparando desde allí contra los dos lanzadores de hacha que aparecieron en aquel momento corriendo por el otro extremo del pasillo.

A menos de diez metros, y en el estrecho espacio, no había fallo posible para un tirador de la talla de Halloran. Los dos asesinos apenas si tuvieron tiempo de alzar las manos armadas por las mortíferas hachas y cayeron al suelo en revuelto y confuso montón sin poder lanzar sus armas.

Halloran se puso en pie de un salto, apretando la pistola, recalentada por los disparos.

—¡Li-Yung! —aulló—. ¡Sal a la vista, perro!

Se sentía ahora como enloquecido. La fiebre salvaje de la lucha, su propia ansia de venganza, pesaba fuertemente sobre él llenándolo de poderosos instintos ancestrales.

Su grito de llamada y desafío repercutió en el corredor, largo, oscuro y saturado de humo de pólvora. Pero no obtuvo ninguna respuesta.

Rápido, sacó un nuevo cargador, reponiendo el gastado en la pistola, y avanzó, saltando sobre los cuerpos exánimes de los hacheros, hacia el lugar por dónde ellos aparecieran.

A todo lo largo del pasillo no se veía ninguna puerta, la superficie de las paredes era lisa y sin obstáculos. Pero al final, donde se divisaba vagamente el arranque de una escalera, se hallaba una puerta estrecha cubierta por florida colgadura oriental.

En aquel sitio era nula la corriente de aire. Y no obstante, los ojos de Halloran notaron que la colgadura se movía suavemente. ¡Allí detrás había un hombre!

Se paró en seco y luego de un instante volvió a avanzar suavemente, presta la pistola.

Detrás de aquella puerta, podría haber una o varias habitaciones; no podía saberlo. Pero, desde luego, debía existir una vía secreta de escape, aparte de la escalera que llevaba abajo, porque el hombre oculto por la cortina estaba tratando de abrir la puerta en cuestión. O era eso o aguardaba, creyéndose bien oculto a la vista de Halloran, para atacar por sorpresa... Con todo, y por si era Li-Yung, Halloran no quería matarle, a menos que se viera forzado a ello. Antes, necesitaba hacerle decir dónde se encontraban el “Ojo de Buda” y el resto del tesoro robado en Shanghái, y este tendría que decírselo...

A diez pasos de la puerta se paró, lanzando un nuevo desafío:

—¡Fuera de ahí, perro! ¡Sal a dar la cara!

Al mismo tiempo, disparó alto intencionadamente.

El proyectil seccionó el cordel o varilla que sostenía la cortina, y esta cayó al suelo.

Agazapado detrás, se hallaba un hombre vestido con las ropas de un mandarín, y llevando una pluma de negros colores como adorno del negro casquete de seda que cubría su cabeza. ¡Li-Yung! Y su diestra esgrimía una negra “Luger”...

Las dos armas restallaron a un tiempo.

La bala disparada por Halloran alcanzó a Li-Yung por encima del codo, haciéndole caer la pistola de sus dedos inertes, mientras su propia bala se clavaba en la pared inofensivamente. Y mientras se enderezaba despacio, Halloran habló, sonriendo con tremenda dureza.

—¿De modo que, al final estamos solos tú y yo, eh? ¡Qué hermosa situación, Li-Yung, maldito asesino del infierno! Voy a matarte, aunque no debería hacerlo, perro maldito. Sí, sería mucho mejor que me sentara a ver cómo te llevaban a la silla eléctrica y contemplar cómo te fulminaban...

Agachóse rápido, tirándose a un costado. La rígida y tensa postura de Li-Yung se había trocado en una sucesión de veloces movimientos. Con rapidez fulmínea, su mano izquierda había extraído un largo puñal de entre los pliegues de su amplio ropaje de mandarín, arrojándoselo, y la larga hoja de acero silbó por el aire, cortando el hombro izquierdo de Halloran, desviando su puntería y haciendo que su bala se clavase en la pared a medio metro de Li-Yung. Mientras se enderezaba, olvidándose por el momento de todo lo que no fuera el intenso dolor que sentía en el hombro, el chino abrió la puerta contra la que se apoyaba y penetró en la habitación, desapareciendo de su vista.

Halloran no podía ver lo que pasaba en aquella habitación, y menos saber lo que en ella sucedía. Volvió a disparar y avanzó a la carrera hacia la puerta.

Pero cuando comenzaba a penetrar en la oscura habitación, se paró en

seco... y luego comenzó a retroceder mientras el color huía de su cara y le castañeteaban los dientes de terror indecible.

Porque de allí dentro acababa de surgir un grito agudo, tremendamente impresionante, quebrado y entremezclado por una sucesión de agudísimos sonidos de locura, como los que ya, por dos veces, había escuchado él mismo. El grito humano vaciló, pareció como si fuese ahogado por algo, y luego cesó de repente. Entonces se oyó un ruido, lento y sordo, como el producido por la caída de un cuerpo sin vida que rodara de bruces al suelo...

En seguida, un rápido batir de alas se escuchó en las ominosas y densas tinieblas, acompañado por una sucesión de gritos agudos y salvajes. Fue entonces cuando Halloran comprendió lo que allí dentro había sucedido y la piel se le erizó de horror.

El halcón, el halcón asesino, había llegado volando a aquella habitación, pasando por el pasillo sin puertas. Li-Yung lo sabía y por eso había cerrado la puerta; por eso él, Halloran, le había encontrado prácticamente indefenso allí, tapado por la colgadura...

Por eso, Li-Yung... Pero allí estaba la escalera, debió pensar, que con todo el peligro de captura y muerte que significaba, era, no obstante, una posibilidad de huida. Sin embargo, Li-Yung, que debía haber temido al halcón mucho más que al mismo Halloran, había regresado a aquella habitación yendo derecho a una muerte instantánea y segura. ¿Por qué?

Solo había una explicación. Allí dentro había algo de tanto valor para el archicriminal, que incluso no vaciló en arriesgar la vida para llevárselo. Y solo una cosa podía ser aquello: ¡El "Ojo de Buda"!

Muy lentamente, con todos los nervios en tensión, Halloran comenzó a retroceder de espaldas por el pasillo. Tenía que escapar de allí antes de que el temible halcón saliese del cuarto en plena oscuridad y le viera en aquel pasadizo sin defensas.

Aún no había retrocedido cinco metros cuando se paró ansioso, tenso, sintiéndole correr un frío sudor por todo el cuerpo.

Porque desde el interior de la oscura habitación, pequeño y veloz como una temible y viva flecha de muerte irremediable, el halcón avanzaba hacia él, atraído por sus pasos...

Agazapándose contra la pared, Halloran levantó la pistola al verle surgir por la puerta y apretó el gatillo, vaciando el cargador con mucha mayor rapidez que nunca en su vida... y acaso con mayor piratería también. Porque a un metro escaso de donde él se hallaba, el halcón fue abatido en seco por una bala y cayó al suelo, chillando casi como gritara Li-Yung. Batió las alas, levantó la cruel cabeza con el pico agudo y mortífero y, torciéndose bruscamente a un costado, quedó muerto.

Por unos instantes, Halloran permaneció quieto, aturdido y debilitado por la náusea de la reacción, mirando fijamente el ave asesina, ya

inofensiva. Luego avanzó, saltando sobre ella, y volvió para pisotearla en un acceso de furia irreflexiva. Le costó trabajo recobrar la ecuanimidad y entonces penetró en el cuarto de donde saliera el halcón, tanteando en busca de la llave de la luz y encendiendo esta.

La habitación era grande y guardaba muchas cosas. Era, en realidad, un depósito de tesoros de un valor incalculable. Muebles, estatuillas, porcelanas, alfombras... Y justamente en el centro, un objeto que en el acto atrajo su atención. Una enorme y ornamentada jaula de bambúes, el hogar del terrible halcón que fuera el arma de “La Secta”.

Li-Yung yacía muerto a sus pies, con la cara, la garganta y las manos destrozadas por las garras y el pico del halcón. Su rostro convulsionado, tenía una expresión horripilante.

La puerta de la jaula estaba abierta y en su interior había agua y alimentos. Evidentemente, el ave había vivido allí, en aquella jaula, semanas, e incluso meses enteros, y por eso voló recto hacia allí como una flecha cuando él la dejó en libertad.

Pero sus ojos estaban viendo algo más ahora, algo extraño, incomprensible. La sólida puerta aparecía medio arrancada de sus goznes y en la diestra crispada de Li-Yung el candado de sólido hierro que la aseguraba.

Un silbido lento escapó de entre los labios de Halloran. El halcón había sido vuelto a encerrar en su jaula cuando llegó, sin mayores dificultades, y dejado, en ella. Entonces, Li-Yung no entró para otra cosa que para abrirla de nuevo y...

—¡Por todos los diablos! —murmuró, excitado—. ¡Tan solo existe una explicación!

Un momento después, estaba apartando con manos nerviosas la capa de paja que cubría el fondo de la jaula y...

Allí estaba... El “Ojo de Buda”, el gran rubí rutilante que tantas vidas había costado. Y junto a él, una pequeña llave ganzúa de delicadas muescas.

Miró ansiosamente a ambos objetos, respirando con fuerza.

—¡Al fin se acabó! —dijo en voz baja—. ¡Al infierno “La Secta”! Li-Yung, el enano y el halcón eran su cabeza y sus brazos. Muertos los tres, los demás no valen, si es que queda alguno... Y yo cumplí mi promesa.

Sonrió levemente, mirando a su alrededor. De abajo subía un estruendo de disparos, pisadas a la carrera, órdenes, silbatos... Warren y Larry estarían allí dentro de un minuto. Y, bueno, que ellos se encargasen de encontrar el resto del tesoro, oculto, seguramente, en los paneles que cubrían las paredes. Él no era un policía, sino un torpe y cansado oficial de Infantería de Marina. Su tarea ya estaba terminada... Había vengado la muerte de sus camaradas matando a sus asesinos y había recobrado el tesoro robado. Sus superiores quedarían satisfechos... y él lo estaba ya.

Salió con pasos lentos al encuentro de los policías que subían a toda prisa. Warren iba delante y se paró al verle, con una exclamación de alivio.

—¡Vaya, menos mal! ¿Qué tal se le dio? ¿Dónde está Li-Yung?

—Muerto... ahí dentro. Lo mató el propio halcón, que estuvo en un tris de acabar conmigo —señaló a la pequeña masa de plumas en medio del pasillo—. Suerte que le acerté a tiempo...

—¿Está bien, Halloran? Veo sangre en su hombro.

—Es solo un rasguño, Li-Yung me tiró un cuchillo... Tome —le alargó el rubí, que destelló como un enorme coágulo de sangre fresca en la palma de su mano, haciendo guiñar los ojos impresionados a los otros—. Aquí está el “Ojo de Buda”. Esta llave debe ser la del escondrijo del resto del tesoro, seguro que estará en las paredes de la habitación.

—¡Diablos! Jamás vi nada parecido a esta piedra —murmuró Warren, tomándola y haciéndola girar ante sus ojos—. Casi comprendo a Li-Yung...

Luego miró recto a Halloran y le sonrió.

—Ha hecho una gran labor, Halloran... en todos los sentidos. Ahora, déjenos preocuparnos de lo que queda. *Miss Norton* está esperándole en la calle y muy ansiosa por lo que pueda haberle sucedido a usted, Creo que será buena idea que vaya a tranquilizarla, ¿no le parece?

## EPÍLOGO

Cuando Halloran cerró a sus espaldas la puerta de la sala donde durante un par de horas había estado reunido con varios de sus jefes inmediatos y algunos altos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores y representantes de Chang-Kai-Chek, todos los cuales se habían mostrado altamente interesados por el relato de sus peripecias durante los veintiséis meses de persecución de “La Secta” y la épica batalla final librada días antes en el Chinatown de Nueva York, aún le resonaban en los oídos las frases elogiosas por su labor. Pero no eran estas, ni tampoco las recompensas que le habían prometido, lo que llenaba su corazón de euforia. Había cumplido su deber, vengando a sus camaradas asesinados. Y ahora esperaba un premio infinitamente mejor...

Susan Norton le esperaba en una de las antecámaras y le salió al encuentro apenas le vio aparecer, interpeleándole:

—¿Cómo has quedado, Tom?

Halloran le sonrió, mientras la miraba satisfecho. Aquella era Susan Norton, la hermana de su gran camarada, y muy pronto su esposa. Bonita como la primavera y enamorada de él. ¿No era aquello una gran cosa?

La tomó por los hombros suavemente.

—Todo quedó perfectamente, Susú... Me han llenado de felicitaciones, y parece ser que el gobierno de Chang-Kai-Chek piensa darme una pequeña muestra de su agradecimiento por haberles recobrado el “Ojo de Buda”. Creo que unos veinte o treinta mil dólares... Por supuesto, mis superiores no se opondrán a que los reciba. Con ellos podremos comprarnos una casita y tener algo guardado para el porvenir. Además, me han concedido tres meses de permiso antes de que tenga que volver a incorporarme a mi unidad, y como la han destinado a San Diego, en California, pues te has salido con la tuya.

La soltó, metiéndose la diestra en el bolsillo de la guerrera y sacando una cajita que abrió, extrayendo un pequeño aro de oro. Ahora se mostraba bastante nervioso y habló con acento inseguro.

—Susan, yo... Bueno, tú sabes que nunca supe decir bellas palabras de amor. Soy un solemne torpe, pero yo... ¿Tú me entiendes, verdad?

Con los ojos brillantes y una hechicera sonrisa iluminándole el rostro, la muchacha le tomó el anillo y se lo puso. Después le puso, ambas manos sobre el pecho y le miró a los ojos.

—Te entiendo muy bien, Tom, querido. Tal vez no sepas decir bonitas frases de amor, pero sabes hacerlo y no pienso dejarte escapar.

FIN



# CONSPIRACIÓN PARA MATAR

por Clark Carrados

Saltó hacia adelante. En el mismo instante, sonó un estampido.

Las manos de Red soltaron su presa. El hombre retrocedió un par de pasos, llevándose las manos al pecho, con los ojos dilatados por el horror.

La pistola, todavía humeante, brillaba en la mano derecha de Bermory. De pronto, Red lanzó un aullido infrahumano y se derrumbó al suelo, pateando convulsivamente.

—¡Me ha matado, me ha matado! —chilló, mientras la sangre le salía a borbotones por la boca. Sus gritos se apagaron casi repentinamente: estiró los miembros y se quedó con los ojos y la boca horriblemente abiertos.

*Varias personas se habían reunido en una siniestra*

## CONSPIRACIÓN PARA MATAR

*y entre todas habían elegido una víctima... ¡que nunca imaginó lo cerca que estaba de la muerte!*

## CONSPIRACIÓN PARA MATAR

*es otra gran novela de CLARK CARRACOS*

*¡Léala en nuestro próximo número!*



eso tiene  
**VETERANO**  
un  
**VETERANO**  
sabor

VETERANO es de OSBORNE



**EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

<sup>{1}</sup> ¡Soy una pobre vieja, señor. ¡Por favor, una moneda!